



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En Esp. Na., 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campamora, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Guesla, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejo Pita, Felix Pizueta, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Jo e Fellu, Jo e Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larranaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañe y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Romero, Romero Ortiz, Ro triguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcazar, Teodoro Llorente, Trueba, Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general.—Ultramar.—Los progresistas en 1812, por D. Antonio Labriola.—La provincia de Asturias, por D. F. V. de Hevia.—Revista de teatros, por D. Antonio Labriola.—Estudio preliminar sobre la ley providencial del progreso, por D. F. J. M. y.—Abraham Lincoln, or D. Manu-i Corchado.—Italia, or D. F. Vaidés Hevia.—Estudios históricos.—Las pasiones de un gran rey, por D. Salvador M. de Fab e cues.—Informe dado a la junta de estadística sobre el modo de formar la estadística pecuaria, y redactado por el vocal Excmo. Sr. D. Agustín Pascual.—Caprichos del sentimiento, nov. 1.ª oridinal de D. J. e n.º Lab. ill. (con ilustr.)—La peregrina del Rhin, or la baronesa de Wil on.—La navegacion aérea, or X.—A mi hermana (letr.), or D. Miguel Sanchez Pesque a.—Amor de madre (poesía), por D. Carlos Renato.—Anuncios

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE OCTUBRE DE 1870.

REVISTA GENERAL.

I.

Alboreo de paz iluminan el horizonte sombrío de la guerra. La esperanza, ó la ilusión, que por distintas veces han acariciado los amantes del progreso y de la humanidad, vuelve á presentarse, y si no temiéramos que en un punto como este, donde la voluntad tan fuertemente domina, sea esta la que se sobreponga al juicio, añadiríamos que, esta vez, la base del porvenir pacífico es mas segura, que las que hasta aquí han tenido todas las negociaciones de inteligencia que se han entablado.

Y bien importa que sea así: una causa de general y constante aplicación, viene reclamando, desde el momento en que las hostilidades quedaron rotas entre Francia y Prusia, contra el injusto predominio del derecho de la fuerza, y haciendo necesario, en nombre de los fueros ultrajados, de los mas altos principios, el término de esa empresa sangrienta que ha sembrado de ruinas y cadáveres las extensas comarcas que limitan las aguas del Rhin por un lado, y por otro los muros de la ciudad de París. Pero además de esta razón eterna, hija de la ley natural que preside á los actos de todos los pueblos, otra igualmente poderosa han engendrado los sucesos, presentando á los ojos de la Europa contrastada, el tristísimo espectáculo de una gran nación, envuelta en los despojos de su pasado, y, lo que es mas duro, tambien en los de su presente y de su porvenir.

¿Qué es, sino la agonía de la Francia, esa á que asistimos con el ánimo apesadado y temeroso? ¿Que son, mas que los sacudimientos precursores de un horrible desplome, esas agitaciones, esos desastres, esa confusión, que lo mismo en sus actos internos, que en los relativos, experimenta hoy la desgraciada nación

del 93? Y la muerte de una nación, á efecto de una guerra, sería un gran remordimiento para el siglo XIX: la salvación de esa nación, cuyos elementos de vida se aletargan, constituye un solemne deber de todos los pueblos que cifran su dignidad y su gloria, en la profesión de las altas doctrinas, que en días de una grandiosa revolución, les enseñó ese mismo pueblo que hoy contemplan en estado de gravísimo peligro.

Hé aquí por qué hoy, mas que nunca, hé aquí por qué hoy, que aun es tiempo, es de todo punto necesario que los Gobiernos de la moderna Europa, precipiten la llegada de ese momento esperado por el mundo, desde que al primer cañonazo de guerra cayeron en las alturas de Sarrebruk, las primeras víctimas del odio entre dos naciones; hé aquí por qué hoy adquiere colosales proporciones la obligación en que las potencias se encuentran, de conducir á los dos enemigos por la senda florida de la paz, incitándoles á que abandonen la esfera en que hoy desatentados se agitan.

¿Se necesita, por ventura, algo mas que tender la vista por el suelo de la nación vecina, para comprender la dolorosa verdad de cuanto acabamos de decir? La situación de la Francia, ¿no reclama acaso patentemente ese concurso generoso de los pueblos sus hermanos, para que pongan término á la doble enfermedad que á aquel país aqueja, la guerra, con la derrota, y la anarquía con la debilidad para conjurarla?

Recordemos sinó los acontecimientos del último período quinquenal, que no son otra cosa que continuación de los que tuvimos que registrar en la última Revista, y en la que á esta precedió, y en cuantas hemos tenido que publicar bajo la terrible presión del convencimiento que adquirimos de la impotencia francesa, antes y despues de la capitulación de Sedan, durante el imperio y durante la vacilante República que se presentó á recoger su triste herencia.

La suerte de las armas no ha cambiado; que no pueden ser tenidas como alteración sustancial de los destinos que hasta aquí han presidido á los ejércitos franceses, las varias escaramuzas, coronadas por un éxito mas ó menos brillante, mas siempre impotente, sostenidas por las tropas de París, por las de Metz, por la Guardia móvil del Este ó por los francotiradores que, con generoso y patriótico ardor, se dedican á hostilizar los cuerpos del ejército alemán. En compensación de esas insignificantes victorias, nunca seguidas de resultados importantes, las tropas invasoras no detienen sus incursiones y continúan dirigiendo su huella victoriosa al corazón de la Francia, instalan en Versalles su cuartel general, se apoderan de Soissons y de Orleans, y sostienen su línea de circunvalación ante los

muros de París, sin que las salidas que hacen los soldados de Trochu consigan quebrantar aquella línea que les estrecha.

Y mientras tanto, la situación interior presenta de día en día síntomas de mayor gravedad, sin que haya posibilidad de combatirlos, mientras los azares de la guerra tengan embargada la atención de los hombres del Gobierno, y distraídas las fuerzas y concurso de los verdaderos patriotas y amantes del progreso hermanado con la sensatez.

La informe República del 4 de Setiembre, que no ha podido todavía legalizar su existencia por los votos de la nación, apenas si puede dar un paso que no tropiece con obstáculos, en estos momentos poco menos que invencibles. No puede por sí sola hacer la paz, porque esta, que siempre ha de tener por base ciertas condiciones onerosas para la Francia, concitaría el descontento y la ira del carácter francés hácia los hombres del partido republicano, que, con su institución favorita, quedarían sumidos en el descrédito y el olvido. No puede tampoco sostener la guerra, de suerte que los sucesos que con sus fuerzas obtenga, se distinguan en algo de los que tan desastrosamente consiguió el imperio.

La organización política interior, le es igualmente imposible. Si la demagogia no ha logrado, hasta aquí, sobreponerse en el Gobierno á los hombres de que se compone éste, no deja, en cambio, de conspirar íncasamente por alcanzar la perturbación y producir la anarquía, que son como el aire y la luz de esos agitadores que no vitorean la libertad, mas que para matarla con sus excesos y torpezas.

Blanqui, Flourens, Sapia, y otros jefes de los rojos, alimentando en París la alarma y la agitación, clamando contra la sensatez y patriotismo de los verdaderos republicanos, probando á desautorizar los nombres de Luis Blanc, de Víctor Hugo y de otros antiguos políticos, ora conducen á las masas ignorantes y crédulas al asalto del Hotel de Ville, al toque de generala; ora celebran borrascosos meetings, como el del mercado de Folies-Montmatre; ora, finalmente, no perdonando esfuerzo, ni locura, ni desacato, por conseguir el entronizamiento de la licencia y del desorden. Marsella, Lyon y Tolosa, igualmente dominadas por las masas embriagadas con las excitaciones de los rojos, viven rodeadas por ese caos, en el que no logra hacer penetrar un rayo de luz la delegación del Gobierno de París, residente en Tours.

¿Qué hacen, entretanto, los miembros de este último? Ni los patrióticos deseos de Cremieux y Glais-Bizoine, ni los extremos de energía de Gambetta, pueden hallar la fuerza que habría de levantar al país de la prostración en que le han colocado las victorias del enemigo y los

excesos culpables de sus hijos indignos. ¿Ha de ser Garibaldi, con sus 25.000 hombres de cuerpos francos, mas poderoso que los ejércitos que en los mismos sitios á donde hoy se dirige el caudillo italiano, quedaron vencidos y destrozados por el irresistible empuje de las tropas alemanas?

Y sobre todo, ¿es en los Vosges, es en la loca empresa de una imposible reconquista, en donde se halla el verdadero término que debían señalarse los que se proponen la libertad de la Francia?

Tristísima es la verdad, mas no la desconozcamos. No en la guerra, sino en la paz, debe buscar el pueblo francés el fin de sus desventuras, y los hombres que hoy en él gobiernan, ya lo hemos dicho, de igual impotencia se hallan asistidos para una cosa, que para la otra.

Ni es posible confiar, en un cambio de Gobierno, que venga á dar solución á este insoluble problema. No habrá Gobierno que acepte el porvenir de una próxima muerte, con tal de dejar un recuerdo glorioso de su brevísima existencia. Por otro lado, aun en el caso de que la Francia haya de ver una transformación de su actual República, no hay que esperar hasta que sus elementos de vida interior hayan recobrado su antigua fuerza. Punto oscurísimo es este, en el que apenas se describe algún indicio luminoso. Ni el duque de Chambord, representante del régimen absolutista, á pesar de sus manifestos inoportunos, ni el imperio, á pesar de su confianza injustificada y cobarde en la mediación de las armas prusianas, tienen, á nuestro ver, la menor seguridad en el porvenir, para llegar á ocupar el trono que codician.

La monarquía constitucional de los Orleans y la República: hé aquí las dos perspectivas que, como soluciones serias, se ofrecen á la Francia. ¿Cuál será la que llegará á realizarse? Dígalos quien sea bastante sagaz, para descubrir una tendencia fija en los ánimos franceses, llenos hoy de confusión, amen de ser siempre impresionables.

No ha faltado quien, al convencerse de la impotencia en que se halla el Gobierno de la defensa nacional para conseguir la terminación de una guerra, en la que es tambien impotente, ha buscado la esperanza de la paz, dentro de los muros de Metz.

Se ha hablado de la actitud singular del general Bazaine, de sus propósitos de restablecer en Francia el orden, por medio de la imposición de una monarquía, de su tenacidad en considerarse general y súbdito del caído imperio, de misiones y secretos confiados al general Bourbaki, de conferencias celebradas con el príncipe Federico Carlos, de explícitas protestas de adhesión y reconocimiento hacia el Gobierno republicano,

y, en una palabra, de todas cuantas versiones puede motivar la situación y aislamiento en que aquel jefe y sus tropas se encuentran, respecto del resto de la Francia. Pero es lo cierto, que nada positivo se ha averiguado en este punto, no siéndolo menos, que fuese cual fuese la conducta del general Bazaine, carecería de eficacia sobre el resto de la Francia, ya que esta no aceptaría de un general imperialista ó republicano, una paz basada en las condiciones que ha desechado ya el Gobierno.

Hé aquí por qué al escribir las primeras líneas de esta Revista, hemos dicho que la intervención de las potencias neutrales era hoy mas indispensable que nunca.

## II.

Si despues de habernos fijado en el estado de la Francia, que tan elocuentemente reclama la intervención europea, pasamos á considerar las disposiciones en que sobre este mismo punto, se encuentra la potencia contraria, igualmente hemos de ver revelada, sino por sus catástrofes, por su propia conveniencia y aun por sus actos, la facilidad y agrado con que recibirá aquella intervención.

La Prusia no ha cesado de protestar que sostenía una guerra obligada, ni de lamentar los daños que esta guerra ha estado ocasionando. Por otro lado, si exagerada en sus condiciones, jamás ha rehuido conferencia alguna, cuyo objeto fuera ó bien tratar un armisticio que ofreciera á las negociaciones de paz la necesaria tregua, ó bien establecer inteligencias previas para las bases de la futura pacificación.

El Memorandum últimamente dirigido por el Gobierno de Berlín á los Gabinetes de las demás potencias, llamándoles la atención sobre las horribles consecuencias que había de tener la resistencia de París, y declarando que los jefes de la Alemania no podrían remediarlas, no es, á nuestro ver, mas que un medio indirecto para impulsar á los neutrales á intervenir en el conflicto y de inducirles á recapacitar sobre el deber en que se encuentran de evitar los gravísimos sucesos que en el Memorandum se predecían.

Ni es menos elocuente para asegurar las probabilidades de buen éxito á las negociaciones que se emprendan, la última circular de Bismark, encaminada á desmentir los propósitos que se le atribuan, sobre el aniquilamiento de la Francia.

La política prusiana empieza también á necesitar de la calma, que ha de procurarla el término de la guerra, para dedicarse á la realización de los planes que principia á dar á conocer.

La Prusia, que ha reportado de la presente guerra, además del resultado de su engrandecimiento militar, el grandísimo beneficio de confraternizar y establecer solidaridad de intereses con el resto de la Alemania, acaricia hoy proyectos de mayor engrandecimiento, que redundaría también, en honor de la verdad, en provecho y grandeza de toda la Alemania. La unificación de esta última, quedando colocada bajo los auspicios de la Prusia, sería ciertamente el mas grande resultado de las complicaciones pasadas y actuales: del seno de la guerra veríamos salir una gran nación, cuya influencia, poder y grandeza no tendrían rivales en el viejo continente.

Poco se ha debatido sobre este punto, y mal podemos, en consecuencia, juzgar la forma y principios sobre que se asentaría la nueva nacionalidad que se intenta producir. Pensamos, con todo, que la gloria no cegará á la Prusia, hasta el punto de que infiera agravio á los principios de libertad y justicia por los que no pueden dejar de regirse las modernas sociedades.

Repetimos, empero, que no podemos hoy mas que hablar de los pasos y diligencias encaminados á aquel fin, sin que podamos presentar su resultado.

Los diarios oficiales de Wurtemberg han publicado una declaración, diciendo que el rey está pronto á hacer todos los sacrificios para la unión de la patria alemana, porque sabe que solo así se consolidará la paz y la prosperidad de la Alemania. Un Parlamento y un ejército nacional son necesarios según sus ideas, pero fuera de esto cada Estado debe conservar su autonomía y su monarquía secular, como los de los Estados-Unidos

conservan su independencia dentro de la gran unidad de la República.

Para conciliar los deseos de la patria y de cada Estado, se siguen negociaciones muy activas en Munich, y los Gobiernos de Baviera y Wurtemberg esperan entenderse lealmente con el rey de Prusia, atendido que sus ejércitos victoriosos luchan juntos por la grandeza de la Alemania.

El Monitor de Wurtemberg se ha ocupado también en este trascendental asunto, citando las siguientes bases, como las que han de sostener la organización del imperio germánico. Las bases son estas:

1.ª Relaciones constitucionales en lugar de internacionales entre el Norte y el Sur.

2.ª Unidad constitucional de la Alemania con un poder central.

Y 3.ª Parlamento legislativo único, con un solo ejército.

Sin embargo, no todos los Estados alemanes demuestran igual disposición á aceptar la idea unificadora de Guillermo III y de Bismark, y entre los que oponen reparos se encuentra el Gobierno bávaro, que ha casi desairado á M. Delbruck, comisionado de Prusia, para negociar con los Estados del Sur, el modo de constituir la unidad alemana.

M. Delbruck no ha conseguido arrancar del Gobierno bávaro todas las concesiones de avasallamiento que del mismo ha exigido en su visita recientemente hecha á Munich, donde el Gabinete presidido por el conde de Bray, no entiendo someterse en lo sucesivo á mas condiciones, que las que le imponga un tratado de alianza ofensivo y defensivo, teniendo por base semejante pacto, una administración militar que habrá de ser idéntica á la establecida desde 1866 en toda la Confederación del Norte.

De todas maneras, sea cual fuere el sesgo que se piense dar á este asunto, es innegable que la Prusia necesita ya poder tratarlo con la calma de la paz, mejor que en medio del estrépito y confusión de una guerra.

Por todas estas razones, acojemos, confiados en su buen éxito, la resolución que por fin han tomado las potencias neutrales, saliendo de una apatía que ya tenía mucho de culpable. Inglaterra, asistida del concurso de Austria é Italia, por una parte, y de Rusia por la otra, amén de los Estados-Unidos, que no han dejado de trabajar en idéntico sentido, han empezado ya á ejercer su influencia sobre la situación violenta en que se hallan ambos países contrarios.

Grandes probabilidades existen, por de pronto, de que el primer paso dado por el Gobierno inglés en el camino de la pacificación sea eficaz. El armisticio que dicho Gobierno, como encargado de tomar la iniciativa en nombre de las otras naciones que le apoyan, ha presentado á los delegados del Gobierno de París en Tours, ha sido aceptado por este último, designado M. Thiers para ir á ponerse de acuerdo con el Gobierno de París y representarle luego en la conclusión del armisticio, junto con las potencias mediadoras y los jefes de la enemiga.

No son totalmente conocidas, en el momento que escribimos, las condiciones del armisticio propuesto por la Inglaterra, sabiéndose, tan solo hasta el presente, que una de ellas es la reunión de un Congreso en la capital de la Francia, cuyo objeto, evidentemente, ha de ser la discusión del estado en que han de quedar ambas naciones contrarias, como base de una paz duradera y estable.

Por mas que el asunto de la paz definitiva deba ser tratado con posterioridad al armisticio, se ha adelantado mas en él por lo que hace á noticias.

Según el Morning-Post, las condiciones para la paz presentadas á M. Julio Favre por medio del general americano Burnside, aun cuando los ministros del Gobierno de París las consideraron aceptables, fueron, sin embargo, rechazadas por razones que son hasta ahora desconocidas. Decíase que las condiciones eran: 1.ª Una indemnización de 80 millones de libras esterlinas. 2.ª Neutralización de la Alsacia y de la Lorena por diez años, al cabo de los cuales serían consultadas dichas provincias por medio de un plebiscito á qué país desearían pertenecer. Y 3.ª Entrada de los Prusianos en París para firmar la paz.

Como se comprenderá, falta á esa noticia una confirmación positiva, desde

luego, que supone una tan profunda alteración en la actitud y pretensiones de la Alemania, y casi debemos dudar de que la presentación de tales condiciones sea otra cosa que un acto oficioso del general americano, sin contar aun para nada con el asentimiento ni siquiera con las indicaciones de Bismark.

Sea como fuere, al paso que satisface al ánimo deseoso de la paz, el observar que el buen deseo de los países encuentra nuevas soluciones, que, sin disputa, son aceptables, salvando la dificultad de la desmembración territorial que á la Francia tanto repugnaba; no deja de ser sorprendente que el Gobierno de París aun haya dudado en asentir al proyecto del general Burnside. Ignoramos ya qué es lo que podría satisfacer á la Francia, que al fin y al cabo es la derrotada, en una lucha que provocó.

Ha hablado también el Times sobre este particular.

Las bases de negociaciones para la paz que propone el Times, y que se creen inspiradas por el Gabinete inglés, son estas:

«Desmantelamiento de las plazas fuertes de la Alsacia y de la Lorena, promesa de parte de las potencias neutrales de aliarse con una de las dos naciones rivales contra la primera que rompa la paz.»

A ser estas las condiciones que presenta la Inglaterra, poco extensas nos parecen para que satisfagan á la Prusia, y harto provechosas para la Francia, que, desgraciadamente, no puede aspirar á tantas ventajas.

Consigase, empero, la estipulación del armisticio, lleguese á una tregua, suspéndase por algún término la empresa guerrera en los contendientes, y si de buena voluntad prestan estos oídos á las exhortaciones de las potencias amigas, deseosas del término de su lucha, mucho debemos esperar de la misión civilizadora y humanitaria de las potencias europeas.

¡Ojalá el término de esa nueva época, que empieza para la guerra, termine para gloria de la Europa, con el abrazo de los dos pueblos, cuya fraternidad hemos visto ahogada en mares de sangre!

## III.

Despues de la proclamación del plebiscito, Roma, la Ciudad Eterna, que todos los italianos han considerado y codiciado siempre como su legítima capital, sigue siendo lo que fué desde el momento en que hubieron penetrado en ella las tropas italianas. La misma vacilación del pusilánime Gobierno italiano, que tanto retardó el acto de la anexión, hoy está retardando la hora de la constitución definitiva.

¿A qué se espera? El ministro Sella, único amante de las medidas breves y radicales del ministerio de Víctor Manuel, en vano lucha por destruir la apatía de sus colegas. Entre tanto, estos, se dedican á proporcionar al Papa un nuevo poder temporal, ofreciéndole la ciudad leonina, y reconociendo así, por completo, que el poder pontificio necesita de aquel requisito para su fuerza y seguridad, punto negado, cuya falsedad que entre otros, legítima el paso últimamente dado por la Italia.

Insistiendo el ministerio italiano, y con él su partido, que es el moderado, en que debe trabajarse á toda costa en obtener desde luego una conciliación con el Papa y con el Colegio de cardenales, mediante negociaciones y concesiones de orden político y moral, en oposición á las ideas del partido democrático, que cree y sostiene que las negociaciones son imposibles por el momento, y que no deben hacerse concesiones políticas privilegiadas, ha lanzado las frases de *inviolabilidad real y garantías territoriales* en favor del soberano que ha perdido su dominación temporal.

Y es conveniente, ni político, ni justo, establecer una nueva soberanía temporal cuando la Constitución del país no reconoce mas que la del rey? Y no se diga que se trata de soberanía espiritual, porque ésta no se establece ni reconoce en un decreto real; ésta existe y existía sobre todos los creyentes católicos, y aunque un decreto la aboliese permanecería siempre y hasta que haya fe religiosa en el mundo.

¿Y qué se consigue con tantas debilidades? ¿Qué alcanza el Gobierno italiano, desconociendo la voluntad y las esperanzas de su nación y de la Europa liberal? Ni el Papa, ni los que le rodean, dejan de considerarle por esto como ene-

migo. A pesar de los extremos y protestas de respeto de Víctor Manuel, Pío IX se ha considerado su prisionero, y desdeña todas las promesas y garantías que aquel le da.

Precisa ha sido una circular del ministro de Negocios extranjeros, Visconti Venosta, para evitar al Gobierno la mancha que quería arrojarle la ex-corte pontificia en agradecimiento á sus cuidados.

El partido demagógico utiliza mientras tanto estas demoras y estas vacilaciones, y el reaccionario se envalentona, aunque sin motivo, creyendo contar con una fuerza que no tiene.

Mucho se prometen, sin embargo, los que ven claro en política de la convocación del Parlamento, que parece tendrá lugar el 15 de Noviembre, puesto que la oposición, reforzada por los diputados piemonteses, que todos están por la traslación inmediata, y por algunos de los que elegirán las nuevas provincias anexionadas, empujará al Gobierno, y así como pasó la frontera, también saldrá de la posición vacilante en que hoy se encuentra, y que podría crearle mas tarde gravísimos inconvenientes.

—La crisis ministerial portuguesa aun no se ha resuelto. Las discusiones que en la Cámara legislativa han tenido lugar sobre nombramiento de las comisiones, han disipado toda esperanza de acomodamiento entre opositoristas y ministeriales, lo cual viene á complicar mas y mas la situación, y á dificultar la reconstitución del Gabinete.

—Las elecciones que han tenido lugar en los Estados-Unidos son de mucha importancia y trascendencia para aquel país, porque se trata de elegir un nuevo Congreso.

En las elecciones de distritos ha triunfado la democracia contra el partido republicano en la mayor parte de los collegios, y ya se sabe que allí el partido republicano se llama lo que aquí llamaríamos partido conservador, puesto que no hay otra fórmula de gobierno que la republicana.

Las divisiones están deslindadas por cuestiones de Hacienda y por cuestiones de nacionalidad.

El partido demócrata sostiene la bandera de la reforma económica en sentido de libertad industrial y de comercio contra el principio proteccionista, y este artículo del catecismo gubernamental es el que origina las grandes luchas en los distritos electorales.

## ULTRAMAR. 1858

### LA CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

#### IV.

Larga vá siendo ya la digresión en que entramos, incitados por nuestro deseo de exponer, ya que no por completo, siquiera por indicaciones bastantes á nuestro propósito, la conveniencia y bondad del sistema autonomista aplicado á una colonia de cierta importancia. Preciso es, pues, que demos fin á ese aplazamiento de la cuestión principal, y aunque no por remordimiento de habernos detenido en un punto inútil, si porque nuestra prolijidad no nos haga pesados, vamos hoy á terminar, dando contestación á una doble pregunta que indudablemente nos dirigirá todo el que haya tenido la constancia de seguir el curso de nuestros humildes escritos.

¿Convendría á España la aplicación del referido sistema, á sus Antillas y particularmente á Puerto-Rico, ya que de este solo nos ocupamos hoy con especialidad? ¿Convendría á Puerto-Rico ver establecido aquel régimen?

No es, en verdad, difícil la respuesta á ambas interrogaciones: lo que se ha escrito y debatido desde la Revolución acá, sobre el predilecto asunto de la organización política de nuestras Antillas, y el conocimiento que esta circunstancia ha generalizado de los intereses, carácter, relaciones é historia de aquellos pueblos, nos permiten que prescindamos aquí de un gran número de consideraciones, que deberíamos exponer, como base y justificación de lo que vamos á decir.

¿Qué intereses vé representados una metrópoli en general, y España en particular, en la conservación de sus colonias? Bien evidente está; no pueden, en manera alguna, ser otros, que los que de ordinario representa cualquiera provincia del continente, en mayor ó menor importancia, según las partes que en su suelo, clima, situación y carácter de sus habitantes se reúnan.

¿Mira acaso algo mas la nación española en su provincia porto-riqueña? No por cierto, ni aun pudiera, sin hacer traición á los altos principios que tiene proclamados, desde que hubo reconquistado su honra y su confianza en el porvenir. Ahora bien; si ya son nobles y levantados los propósitos de este país, con respecto á sus provincias ultramarinas, si ni el esquilmo, por lo que hace á la riqueza de estas últimas, ni

la dominación, por lo que hace á los elementos activos de las mismas, entran, ni pueden entrar como parte del plan político que se tenga; si no necesita España, por consiguiente, establecer más relaciones que las naturales entre lo la administración y sus administrados, ¿qué reparo ha de haber en adoptar una conducta y actitud, que dadas las precedentes circunstancias, no ofrece peligro alguno, antes lo aleja, de provocar conflictos más ó menos graves, para la integridad y demás extremos que afectan á la nacionalidad española?

Supóngase al pueblo porto-riqueño dotado de la organización política que responde al sistema de que nos ocupamos; supóngasele ejerciendo los derechos y atribuciones que en tal virtud, se hubiesen concedido, ¿qué alteración podría sufrir la marcha regular de la política central?

Mercantil y económicamente considerada esta cuestión, no ofrece punto de duda. España vería su comercio en igual estado que hoy lo contempla, si es que no mejoraba en una grandísima parte. Es á la vez asimismo respetado su derecho de pedir á la riqueza antillana el debido contingente para atender á sus necesidades generales.

Es recíproco el interés de dos naciones, de dos provincias y aun de dos poblaciones comarcanas, por dar vida, fuerza y pujanza á sus elementos mercantiles y por llegar al perfeccionamiento de sus relaciones bajo este concepto; es recíproco también el interés de dos pueblos hermanos por favorecerse mutuamente, ante la idea de que la preponderancia de uno de ellos, se refleja sin tardanza en la fisonomía de todos los demás. Y sobre esta consideración, si es que no basta y si es que aun quedan suspiraciones y temores de escuela, obsérvese, ahora para siempre, que el sistema autonomista, según nosotros lo comprendemos y consideramos conveniente para Puerto-Rico, no excluye, antes reclama, la mediación inteligente en todos sus puntos, de una parte que represente los sagrados principios é intereses de la entidad nacional.

En este mismo extremo basados, afirmamos, que el riquísimo filón que, siempre dentro de lo justo y legítimo, ofrece la producción de aquel país á la satisfacción de las necesidades patrias, ni desaparecerá, ni tampoco ha de sufrir la menor disminución, ya que es de utilidad y justicia que también, en este particular tenga, como en todos, su intervención, la entidad representante del elemento unificador ó nacional.

Queda el punto de vista político. ¿Qué se puede temer, según él? Tal vez den lugar á algún recelo, los primeros efectos que la reforma pueda producir en los que sean objeto de ella.

Es cierto que la historia y el actual estado de la menor Antilla, según tuvimos ocasión de conocerlo al sentar los preliminares de nuestro estudio, no pueden racionalmente dar lugar á tal sospecha; es cierto que la disposición de aquel elemento social es completa para usar de la libertad que se le atribuya, en su bien, mejor que en su daño; cierto es también que sus vínculos con la patria común, por lo que hoy son estrechos, deben estrecharse más, en proporción de las muestras de afecto y simpatía que la patria les dé; más á pesar de todas estas razones, y á pesar de ser tan verdaderas, queremos prescindir de ellas, y escuchar por un momento la voz de los suspicaces y cavilosos.

Demos que el dominio de su libertad y la posesión de sus derechos, en la forma que una y otros se manifiestan, dentro del sistema autonomista, produce en los naturales porto-riqueños el desvanecimiento ó la embriaguez, que se traducen siempre en exageraciones y extravagancias. ¿No hemos dicho por ventura, mención de un contrapeso, que vendría á limitar los inconvenientes de aquellos extremos? Precisaremos más, aunque faltamos á nuestro propósito de entrar en detalles, en un punto que no reclama, por ahora, soluciones prácticas; expondremos, siquiera ligeramente, algunos puntos del sistema que en nuestra mente concebimos, inspirados por el ejemplo de otros países. Así haremos á comprender que la seguridad del orden, de la sensatez, de la justicia y de la oportunidad en las medidas, no están reñidas con las prácticas liberales de los pueblos ultramarinos.

Llámeselo veto del poder legislativo central, (ora extenso, ora limitado), llámeselo delegación del poder administrativo en la misma isla, ó sea el concurso de los dos á la vez, en los negocios de su respectiva naturaleza; nosotros creemos necesaria —ya lo hemos dicho— la mediación del Estado, en la vida de una colonia ó provincia ultramarina, puesto que pedimos autonomía, y no independencia; lo que creemos hoy indispensable, tratándose de las provincias continentales, no iremos á olvidarlo, refiriéndonos á un territorio insular. Ahora bien; con semejante intervención, que nadie pensaría en tachar de inútil é injusta, se conseguiría evitar todos los riesgos que puedan temerse, cuya probabilidad, por otra parte, ya hemos negado.

Asegurados de esta suerte, y mas que todo por la disposición patriótica é ilustrada de los insulares, los intereses de la nación, en todos los sentidos que estos se manifiestan ó existan; ya poco nos queda por decir, en resolución del segundo extremo de la duda que mas arriba dejamos apuntada.

En Puerto-Rico domina la corriente liberal, que en un pueblo donde no ha habido propagandas, ni sugestiones, ni manejos ocultos, mas que en muy pequeña escala, no puede menos de ser hija de la ilustración y del espontáneo fenómeno de los espíritus.

Y así es, con efecto; y así queda dicho, que la implantación de un sistema que dejara á sus elementos propios el libre desarrollo, sin mas

limitación que la natural, de que no perjudiquen la seguridad del medio social en que evolucionaran, sería en la isla bien recibida y de indudable eficacia.

Esa misma innegable ilustración es preda segura de que el empleo de los medios y atribuciones que se concedieran para el logro del fin social de aquella Antilla, lejos de ser para ella una causa de desorganización y conflicto, lejos de ser el arma peligrosa con que un pueblo pudiera suicidarse, sería, á no dudarlo, el incentivo poderoso, la luz brillante que realizarían algo mas perfectamente, que según otros sistemas, el deseo de la metrópoli y el de la Antilla: el progreso cumplido, que no es tal mas que cuando á él se llega por la senda que cada pueblo tiene trazada.

Hé aquí cuanto se nos ofrece consignar, antes de ocuparnos ya de la cuestión práctica, del problema que está próximo á resolverse. Si que dejemos de tenerlo por liberal y por acorde con las imposiciones del principio revolucionario, el proyecto de Constitución para Puerto-Rico, que retiró el Sr. Moret de la mesa de las Cortes, para estudiarlo nuevamente, nos parece, con todo menos afinado y menos conducente á los mismos fines que se propone. Dada la adopción de un ideal, y después de concebido un propósito, somos amantes de verlo traducido con toda su verdad y aceptando todas las consecuencias, que si el ideal es bueno, no pueden nunca ser perjudiciales.

La organización política de una colonia, sobre bases de libertad y justicia, no tiene mas verdadero sistema, ni mas poderoso auxilio que el de la autonomía.

Esto hemos querido dejar sentado; una vez cumplido este objeto, réstanos aun por hacer el examen del Código que se proyecta dar á Puerto-Rico, salvas las modificaciones que en él estime oportunas el liberal é ilustrado criterio del actual señor ministro de Ultramar.

## LOS PROGRESISTAS EN 1812. (1)

### I.

El levantamiento de España en 1808 es tan admirable como justo. Los pueblos abandonados á sí mismos, tienen grandes deberes que cumplir y el espíritu de nacionalidad que en grado superlativo poseen las masas populares, es una poderosa salvaguardia de las leyes y costumbres que forman el contingente de fuerza y pensamiento con que todas las naciones contribuyen á la obra del progreso. La marcha de la civilización, la elaboración lenta, pero continua de la felicidad humana, puede compararse á una composición química para la cual se necesitan sustancias naturales.

De ahí que los hombres divididos en estados nombren Gobiernos propios é inspirados por las necesidades nacidas del país en que viven: de ahí el espíritu autonómico de las naciones; sus luchas, sus provincias, sus municipios: de ahí, en fin, el nacimiento de escuelas filosóficas y artísticas que se inspiran en el color del cielo que les cubre, en las montañas que rodean su cuna, en las llanuras que contemplan y en el mar que bate las costas de la patria.

Siglos enteros trascurren, y encerrados en sus fronteras los pueblos trabajan en su perfeccionamiento; pero llega un día en que intuitivamente comprenden la necesidad de practicar lo que han pensado, y de comunicarse con sus hermanos de otras naciones para darles el fruto de su pensamiento en cambio de los adelantos que sus hermanos les den. Entonces la revolución se inaugura en un pueblo, como los fundamentos de una sociedad, y en presencia de este acontecimiento las demás naciones se levantan también, y el espíritu revolucionario anima todos los pueblos.

Nunca, en el transcurso de los tiempos, se ha visto una revolución aislada.

Pasado el supremo momento, reformadas las naciones y lograda la esperanza de los hombres, entran en cauce las fuerzas que han tomado parte en la lucha, y las fronteras, disminuidas ya, vuelven á encerrar las agrupaciones de los Estados. El espíritu de nacionalidad vuelve á imperar en el ánimo de las masas.

A veces la revolución se personifica en un hombre, y toma entonces el carácter de conquista.

Alejandro, César, Atila, Napoleón y toda esta cohorte de dominadores tuvieron otro destino en el mundo que conquistar territorios y dominar pueblos: su misión, cumplida con la espada, cimentada con la sangre, tuvo el mismo resultado, aunque no el mismo objeto, que la de Lutero, Cromwell y Robespierre. Su dominación es demomento: muertos ellos, los pueblos se separan, pero

no tiene lugar esta separación sin que cada uno tome del hermano las ideas y los adelantos.

El siglo XVIII presenció en su último tercio dos de estas revoluciones. 89 fué la conmoción de un pueblo, 92 fué el terror de todos los poderes moribundos y el levantamiento de la nueva idea, 93 fué la idea en la práctica y hasta la vuelta de Egipto la revolución consumó su obra.

Napoleón apareció y combatió el radicalismo republicano, venció, ató á su carro de triunfo los restos de la convención, fué déspota y fué rey; pero la caída de la República no fué una derrota para la libertad.

Al vencerla Bonaparte se había convertido en su propagandista y al desplegar su bandera en los campos de batalla caían de los pliegues del estandarte tricolor las semillas que en él había depositado la gloria y la libertad de un pueblo.

Siguió su camino Napoleón I, y á su paso se opusieron los pueblos; luchó con ellos, y les hizo comprender que luchar podían; los venció, y les hizo conocer la dicha de la libertad completa. Napoleón I fué un convencional con título de emperador.

Cuando había llegado al zenit la gloria del imperio, el vencedor de Europa pensó en España.

La vió débil y exhausta, y empezó por ayudar á Fernando VII en su tarea de carcomer las bases del honor español. Cuando creyó llegado el momento, llenó de tropas nuestra patria, llamó á Bayona á los dos reyes, y la vileza de los Borbones entregó millones de súbditos á José I.

Era necesario que así fuese, era necesario que despertase el león dormido.

España era monárquica, y vió cautivos á sus reyes; España era supersticiosa, y fué herida en su superstitiosidad; su religión insultada, puesto en relieve su fanatismo y á sus hijos cautivos en sus mismos hogares.

Revivió entonces el espíritu de nacionalidad, y España se lanzó á la lucha. Su levantamiento, hemos dicho, fué tan admirable como justo; pero al levantarse indignada, se reformó á sí misma, y en 1812 encontramos fuerte, noble y digno al pueblo de Godoy y María Luisa.

### II.

No era nuevo en España el caso de una invasión completa, ni acaecía por primera vez en la Península faltar el Gobierno y dársele á sí misma; Aragón había tenido su Consejo de Caspe, y la antigua conquista de los godos podía recordar la invasión de los árabes.

Jamás escribiremos para hablar de odios nacionales y rodearlos de atmósfera de gloria. Tiempos hubo en que fueron necesarias, tiempos hubo en que solo en ellos consistía la hora de los pueblos; pero para bien del mundo estos tiempos han pasado, y su recuerdo sería una vergüenza, si no fuese una experiencia dolorosa.

Cumple á nuestro objeto, al hablar del levantamiento de 1808, recordar el valor y el heroísmo de los mártires, pero no maldecir á sus verdugos ni discutir inútilmente sobre traiciones y batallas. Honramos la memoria de los que murieron, pero este culto no ha de ser tan exagerado que fanatice á los que viven.

Hecha esta advertencia necesaria, para que no se extrañe nuestro silencio al tratar de la epopeya nacional, continuemos hablando de la regeneración política.

El partido progresista fué dueño de la situación con solo presentarse: tantas veces había clamado contra la conducta, que logró hacer posible la invasión francesa que al tratarse de curar los males debió recurrir á los que habían propuesto los remedios, y era el partido progresista quien se había adelantado á indicar la conducta salvadora.

Muchas veces han sido objeto de censura los progresistas de aquellos tiempos por las concesiones que á su tiempo hicieron. Cargo es este que se ha hecho con mas buen deseo que reflexión y fundamento.

La anómala situación de la Península imponía á sus legisladores el deber, ya que no la necesidad de no descartar la influencia de una lucha emprendida en nombre de ideas conservadoras y desconocer la existencia de los partidos reaccionarios habría sido una falta de patrio-

tismo y un error político. No eran, por lo tanto, concesiones las vacilaciones que en su apoyo tenían la incertidumbre de una guerra y las pretensiones de un pueblo.

En primer lugar, las reformas debían ser legales para ser poderosas, y adoptadas á la situación para ser admisibles. Necesario era que pudiese consultarse á la nación sobre sus destinos, y para ello el único medio legal era la convocación de unas Cortes.

Por sí solo el hecho de convocar diputados para que hicieran las leyes cuando el rey estaba en el extranjero y entregada á sí propia la nación, era un acto de liberalismo que chocaba abiertamente con la rutina de nuestra sociedad, pero urgía el nombramiento de un Gobierno provisional y era cada vez mas necesaria una cabeza que dirigiese el levantamiento.

Ante esta necesidad todos los partidos callaron é hicieron mutuas concesiones que en último caso favorecieron al partido progresista, pues hacían aceptar la soberanía popular á sus eternos enemigos y consagraban el derecho del pueblo á gobernarse conforme á sus deseos y necesidades.

Unas Cortes convocadas bajo tales auspicios daban fundadas esperanzas de reformas liberales, y el conocimiento que todos tenían de la causa de los males contribuyó á que estas esperanzas no se viesen desairadas.

### III.

España estaba ocupada casi en su mayor parte por las tropas extranjeras, y el heroísmo del pueblo, junto con los socorros de Inglaterra, solo lograban ganar lentamente algunas ventajas, pero no decisivas victorias, cuando la convocatoria de unas Constituyentes vino á reanimar los ánimos decaídos. A mas de las esperanzas que daba á los que sostenían la lucha, la convocatoria produjo otro resultado de gran importancia para la causa nacional.

Gran parte de los libre-pensadores que á fines del siglo XVIII empezaron á propagar sus ideas por España, habían sido inspirados por la enciclopedia, y sus primeras manifestaciones tuvieron lugar simultáneamente con los primeros actos de la revolución francesa. Esto había dado por resultado, que para este grupo formado por las teorías francesas, engrosado por una revolución francesa, y cuyo evangelio consistía en el diccionario filosófico, Francia fuese la viva encarnación de la libertad y del progreso.

Napoleón, á cuya vista no se ocultó una sola de las ideas de su época, previó la existencia de este partido en toda Europa, y al tratar de organizar el Estado conquistado, recurrió siempre á estos hombres, que solo en el nombre dejaban de ser franceses.

Los *afrancesados* españoles no supieron distinguir entre el régimen republicano y el terror imperialista, y dedicaron todos sus esfuerzos á combatir la causa nacional. Obrar así era un crimen imperdonable en aquellos tiempos; pero si reflexionamos los males que los Borbones habían atraído sobre España, no extrañaremos que los partidos liberales prefiriesen la influencia extranjera.

Pronto este grupo se sintió desengañado y pesoroso; el Gobierno imperialista estaba muy lejos de satisfacer las esperanzas que en él se habían fijado, y los liberales *afrancesados* daban ya inequívocas muestras de su descontento, cuando la convocación de Cortes les hizo desprenderse de sus afecciones y volver á entrar en la causa liberal española, que ya no era la causa de un rey, sino la promesa de una completa regeneración política.

Cádiz fué la ciudad destinada para reunirse los diputados, y las discusiones empezaron.

Al llegar á este punto de nuestra historia, el relato del historiador y la reflexión del pensador ceden el puesto al entusiasmo. Necesario es dominar la imaginación forzosamente á recordar y discutir, para que esta no nos domine por completo, y llenando de sueños y gloria la memoria, no nos impida toda reflexión y cálculo.

¡Qué espectáculo tan grandioso presenta entonces la Península! Desde el Pireneo al Calpe un río humano agitando la tea de la destrucción,

Corre gritando al mar: «Guerra y venganza.» Ruinas quedan de las ciudades y he-

(1) Véase el número anterior.

róicas defensas detienen el paso de los invasores: un círculo de hierro y fuego rodea nuestras más hermosas provincias: la conspiración está en todas partes, delante y detrás del extranjero, á sus piés, en el aire que respira: el francés atraviesa temblando las llanuras conquistadas: una montaña es una fortaleza, un recodo oculta quizá la muerte: ejércitos poderosos se ven diezmados por soldados invisibles, y cuando cae un defensor de España sus compañeros no se aterran, solo piensan en la venganza. El soldado extranjero vé aterrorizado que todo le es enemigo en tierra de España, le vende quien le mira, le vende quien le acoge, le vende quien le acompaña, y temblando, lleva el alimento á la boca, pues el veneno también se ha conjurado contra él.

Y en tanto que esto sucede, en tanto que caen las bombas sobre las murallas gaditanas, en tanto que Europa solo piensa en obedecer y en huir los monarcas, un puñado de hombres, inspirados por la libertad y elegidos por la patria, continúan la tarea eterna de los pueblos.

Estos fueron los progresistas de 1812.

ANTONIO LLABERIA.

#### LA PROVINCIA DE ASTURIAS.

En la región septentrional de la Península ibérica, existe una provincia cuyas condiciones industriales y el carácter laborioso y pacífico de sus moradores, la hacen en extremo á propósito para el establecimiento de no escaso número de industrias, que tendrían, á no dudar, el más favorable y brillantísimo éxito.

La provincia de Asturias, que es á la que nos referimos, abundante en magníficas cuencas hulleras, en preciosos saltos de agua, en materiales de construcción y de fábrica, con habitantes que, por sus excelentes facultades intelectuales, morales y físicas, se prestan admirablemente, tanto al desempeño de las faenas de la fabricación, como á las que exige el trabajo mecánico; la provincia de Asturias, donde se goza, por otra parte, de una paz profunda y permanente, de un orden siempre inalterable, y en la que las conmociones políticas apenas dejan sentir su perturbadora influencia; la provincia de Asturias, actual y diariamente en comunicación por mar con todas las regiones marítimas de la Península, por medio de las numerosas líneas de vapores que arrancan del puerto de Gijón, cuya matrícula se aumenta cada día, hasta el punto de contar ya hoy más de veinte grandes y pequeños buques de aquella clase que conducen á todos los puertos del litoral de España los valiosos productos industriales elaborados en Langreo y Gijón, en Mieres y Lena, en Avilés y Oviedo; la provincia de Asturias, decimos, dotada además de un clima sano y benigno, reúne cuantos elementos son indispensables para el establecimiento de grandes y pequeñas industrias, que al propio tiempo que esparcirían por su pintoresco y alegre territorio el movimiento, la vida y la abundancia, proporcionarían á los capitales que se invertirían en la fabricación y en la industria, pingües y considerables réditos.

¿Cómo, pues, los grandes centros industriales de España, en donde los capitales tanto abundan, en los que los hábitos industriales constituyen el modo de ser de su existencia y el espíritu de asociación está tan arraigado; cómo, decimos, no procuran estudiar, y en esto nada creemos que arriesguen, los negocios fabriles, mercantiles é industriales que el suelo de Asturias de seguro les proporcionaría?

¿Cómo los capitales de las demás provincias que se hallen en idéntico ó semejante caso, no aspiran á ensanchar el círculo de su riqueza, influencia y relaciones, aplicando á la provincia de Asturias, donde los capitales escasean, el mágico resorte de sus fuerzas metálicas, que se centuplicarían, á no dudar, en beneficio suyo y al propio tiempo del país, que solo espera para desarrollar los gérmenes de riqueza que guarda en sus vírgenes valles y montañas, el poder salvador y omnipotente del capital y del espíritu de asociación unidos, digámoslo así, en fecunda y pródiga amalgama?

¿Temen que los datos que aquí les exponemos no sean ciertos ó pequen acaso de inexactos? ¿Temen perder el tiempo,

el capital, la actividad y el trabajo en la inversión que de estas diversas fuerzas industriales hagan en el país cuya descripción hacemos y de cuya prosperidad y bienestar nos ocupamos?

¿O es que se encuentran satisfechos con los beneficiosos resultados que el empleo de sus fuerzas pecuniarias en la actualidad les produce?

En el primer caso, les diremos, lo que antes apuntamos, esto es, que en estudiar los negocios y el país nada se arriesga, y además, que el floreciente estado en que se hallan muchas de las industrias de Asturias, es un elocuente é irrecusable testimonio, y una prueba palmaria é irresistible de que no hay en nuestras palabras y aseveraciones nada que la experiencia no abone, que los hechos no prueben y que la verdad no garantice.

En el segundo extremo, es decir, en el supuesto de que los capitales, cuya atención llamamos, no aspiren á ensanchar la esfera en que hoy se mueven por encontrarse recompensados suficientemente con las utilidades producidas por las negociaciones que cultiven, entonces, sin que esto sea, como vulgarmente se dice, meternos á redentores de nadie, nos permitiremos observar que es un axioma de economía comercial, reconocido universalmente, que al menos una parte del capital circulante debe estar dispuesta á todas horas, no solo á invertirse en los negocios que constituyen su empleo ordinario, sino también á inquirir y aprovechar incesantemente todas las ocasiones en que se pueda trabajar, aunque solo sea con utilidad probable.

De este modo se multiplican los negocios; la órbita industrial y mercantil se ensancha; el riesgo que los capitales corren disminuye, porque se divide; las relaciones se estrechan y generalizan; se perfeccionan los productos; el consumo se despierta y crece; la actividad toma cada día mayor y más fecundo vuelo; las inteligencias se aguzan; los resultados de las diversas y múltiples negociaciones se compensan ó equilibran; las industrias, nuevamente explotadas, dan lugar á otras desconocidas hasta entonces, y, después de todo, los hombres que vayan con sus capitales á impulsar el desenvolvimiento de la riqueza pública en el país elegido por sus grandes condiciones para el empleo de sus fuerzas metálicas, tienen la seguridad de hallar en él una nueva patria que les resarcirá con excepcional usura de sus sacrificios y desvelos, proporcionando además, al mismo tiempo, á sus respectivas familias nuevos medios de labrarse un porvenir digno de sus antecedentes industriales y con dobles garantías de las que, en caso contrario, pudieran los capitales propulsores ofrecerles.

Todas cuantas reflexiones hasta aquí dejamos consignadas, son hijas legítimas del íntimo convencimiento que abrigamos de que un país como la provincia de Asturias, en donde el precio de la hulla y el de los salarios, bases cardinales de toda empresa industrial, están á poco más de la mitad del que alcanzan en los grandes centros industriales de España; no es posible deje de ofrecer ventajosos resultados y pingües ganancias á los capitales que se dediquen con inteligencia, y previo el oportuno y concienzudo estudio, á la explotación de los negocios industriales de que aquella provincia, por sus condiciones especiales, es en tan vasta escala susceptible.

Quizá nuestra inexperiencia se equivoque; quizá nuestros buenos deseos no nos dejen ver las cosas como ellas son en sí mismas; quizá también nuestros escasos conocimientos industriales nos engañen; pero, de todos modos, podemos presentar, en apoyo de nuestros asertos, ejemplos prácticos elocuentísimos, y solo cuando se nos demostrase lo contrario con ejemplos análogos de mayor elocuencia y significación, bajaríamos resignados y humildes la cabeza, confesando, sin que que por eso se ofendiese en lo más mínimo nuestro amor propio, que estábamos deplorable y lastimosamente equivocados.

No abrigamos la necia presunción de que este artículo haga fijar las miradas de los capitalistas españoles ni extranjeros, ni nos lisonjemos tampoco de haber puesto con él, como suele decirse vulgarmente, una pica en el Flandes de nuestras doradas ilusiones y lisonjeras esperanzas; pero amamos á nuestro país,

y á la verdad, sobre todo, ardorosa y entrañablemente; y como una pobre muestra del interés que por uno y otra nos tomamos, nos ocurrió trazar estas desaliñadas líneas, por si podemos contribuir con ellas, aunque no sea más que á despertar en un solo lector, el interés ó el deseo de conocer prácticamente, bajo el aspecto industrial, á la noble, pacífica, laboriosa y olvidada Asturias.

F. VALDÉS HERVIA.

Madrid 18 de Octubre de 1870.

#### REVISTA DE TEATROS.

Teatro Español.—Lope de Rueda.—Zarzuela.—Bufos.—Mayeroni.

Pocas veces ha empezado la temporada teatral con tanta animación como en el presente año; verdad es también que raras veces se han visto tan concurridos los teatros.

A poco de haber empezado, hemos tenido ya tres estrenos en el Español, dos en Lope de Rueda, dos en la Zarzuela, tres en los Bufos, y por fin de fiesta, también ha venido á visitarnos este año una compañía de declamación italiana, digna, por cierto, de mejor suerte de la que le cabe en el Circo de Rivas.

En el Español se inauguró la temporada con *El socorro de los mantos*, comedia de nuestro teatro antiguo. Esta obra no es de las que forman en primera línea en la escena de nuestro siglo de oro, pero su enredo sencillo y verosímil, su versificación fluida y elegante, y algunos chistes la hacían digna de que la compañía de la Plaza de Santa Ana la escogiese para dar comienzo á sus trabajos.

Seguía á esta comedia *El Encapuchado*, leyenda en acción con que el autor de *A buen juez mejor testigo*, volvía á presentarse en Madrid.

Zorrilla está inspirado todavía por el espíritu que le dictó todas sus obras. Sueña aun en los agimeces y rosetones, su imaginación vive en otros tiempos y otros tiempos canta y retrata. ¡Lástima grande que uno de los mejores poetas de nuestro siglo no haya creído que su época era mejor, sino tan digna como otras, de ser ensalzada por sus vates.

Por esta razón, *El Encapuchado* tiene el color local de las revueltas de Búrgos; los personajes no discrepan un punto de lo que debieron hacer y decir en su época, y para que nada falte al cuadro, las supersticiones vienen á completarlo. Los versos son de Zorrilla; y todo queda dicho: hay algunas situaciones eminentemente dramáticas, y abundan los pensamientos poéticos y elevados, pero, en resumen, *El Encapuchado* es un cronicon.

Después de la obra de Zorrilla, púsose en escena *Los dos Napoleones*, y el teatro Español pudo escuchar los aplausos que se tributaron al desgraciado Narciso Serra.

La obra vacila entre la musa que inspiró el *Don Tomás*, y la que sugirió *A la puerta del cuartel*. Los caracteres están admirablemente retratados, y hay algunos chistes que á veces pecan por lo subido del color. En cuanto al argumento, nos parece que mucho más podía hacer el autor del *Don Tomás*, pero, así y todo, la obra está bien escrita, y el inimitable gracejo de Serra suple algunas veces la frialdad de la acción.

En todas estas obras la compañía ha sido digna intérprete de los poetas. Valero, Catalina, Oltra, Casañer y Fernandez han probado sus grandes dotes, ayudados por la Matilde y la Boldun que es ya algo más que una esperanza, es una promesa realizada.

*Lope de Rueda* ha presentado este año una cosa, que ya va siendo una novedad en el teatro; un actor de genio.

Vico ha recibido los aplausos de todo Madrid con solo presentarse en la escena; el primer actor de *Lope de Rueda* tiene un talento admirable, un poder de imitación que asombra, y como todos los buenos actores estudia en la naturaleza.

Le hemos visto ya en dos géneros completamente distintos, ha representado diferentes pasiones y diferentes edades, y en el *Diego de Los amantes de Teruel*, en el *Guzmán el Bueno*, en *Los Flacos*, en todo cuanto ha representado ha

estado inimitable. Vico es una de las esperanzas del arte nacional: ojalá no se pierda en flor como tantas otras.

*Las Quintas y Los Flacos* son los dos estrenos de que hemos hablado: la primera alcanzó muchos aplausos, con una acción sencilla y verosímil, y muy buenos versos: su joven autor ha entrado con buen pié en el teatro.

El Sr. Marco fué aplaudido también en *Los Flacos*, comedia á que no encontramos otro defecto que el de tener un final algo inverosímil.

García, con su inimitable manera de decir ha recibido también buena cosecha de aplausos, y el resto de la compañía ha estado á la altura de sus compañeros.

*Zilda y Los Brigantes* han dado buenas entradas á la Zarzuela. Este teatro, que ha tenido el buen talento de quitar las exageraciones al género bufo, y el buen gusto de no pasar de ciertos límites, nos ha presentado ya este año una obra de Flotow, digna de su autor, y una *opérette* de Offenbach que se hace aplaudir por su música fácil y original.

Todos los actores forman un magnífico conjunto, y especialmente las señoritas Bernal y Zamacois y los Sres. Salas, Dalmau, Escru, Caltañazor, Miró y Marimon, son dignos de mención especial.

La señorita Bernal con el *Jugar con fuego*, se ha conquistado un nombre envidiable, así como la señorita Velasco en la *Zilda*.

Arderius ha adelantado mucho este año; ha logrado poner en el teatro una plaza de toros.

*Pepe-Hillo* le dará muy buenas entradas, y hará bien en ponerlo en escena tantas veces como se le ocurra. Es muy natural que cuando falta el público en los toros de veras, haya alguien que se los presente de mentirijillas.

Con la representación de *La fuerza de la conciencia*, volvió á abrir sus puertas el Circo de Madrid. Mayeroni ha venido á Madrid para continuar la tradición artística que tan bien sentada habían dejado Rossi y Salvini, y digno es en todo de sus inspirados compatriotas.

Mayeroni es un actor de gran talento, que conoce todos los recursos del arte dramático, y su naturaleza es tal, que llega á hacer creer al espectador en la verdad de la ficción escénica. Su escuela dramática es la verdad, el realismo del mundo: sus golpes de efecto no son exageradas contorsiones ni disonancias de acento, nacen del argumento y consisten en una mirada, en una entonación, en un gesto que resume admirablemente la situación.

Los demás actores que forman parte de la compañía no desdichan del talento de Mayeroni. Boldrini, el director cómico, es una notabilidad en su género, y en la comedia *Ingenio y especulación* supo conquistar merecidos aplausos. Brunetti y la señora Pompili-Trivelli, que ya habían pisado el teatro de Madrid, no han perdido nada de sus cualidades, y especialmente el primero adelanta más y más cada día. En *El suplicio de una mujer*, Brunetti representó admirablemente su papel, y pocos aplausos hemos oído tan merecidos como los que dicho actor alcanzó en el final del primer acto.

Sentimos no recordar los nombres de los demás actores, pero ocasión tendremos de nombrarlos en otras revistas. Al concluir solo añadiremos una felicitación entusiasta á la señorita Tesaro, que es una de las esperanzas de la escena italiana, y haremos constar nuestra extrañeza por el poco merecido abandono en que ha dejado la sociedad madrileña á la compañía del Circo de Rivas.

Esta ha sido la quincena teatral: la próxima promete estar también animada.

Nuevos estrenos se anuncian, y la Opera abre sus puertas el jueves. Entre los primeros hemos oído hablar del *Juan Estrener* drama en un acto, arreglado en verso por un distinguido escritor.

ANTONIO LLABERIA.

## ESTUDIO PRELIMINAR

SOBRE LA LEY PROVIDENCIAL DEL PROGRESO (1).

## I.

## De la ciencia.

## INTRODUCCION.

Síntomas que no podían engañarnos hace veinticuatro años (2), anunciaban que se aproximaba la hora de una gran revolución, no sólo en España, donde el despotismo había echado profundas raíces, sino en el resto de Europa. Hoy mismo, realizada, iniciada por lo menos en España esta gran revolución, el hombre pensador presiente que la generación contemporánea está llamada a grandes destinos.

El estudio de los progresos que ha llevado a cabo el espíritu humano a través de los siglos, nos demuestra que el *statu quo* es imposible, y que en vano intentan conservar los abusos del antiguo régimen los interesados en la prolongación del inicuo derecho de la fuerza.

El progreso constante, indefinido, sin más término que el prefijado por la naturaleza a la duración del globo, independiente de todo poder material que quiera fijarle límites, es la ley del mundo moral, la ley que preside al movimiento de la humana especie, impulsada y de varios modos estimulada a perfeccionar sus facultades intelectuales, la ley providencial, en una palabra, para expresar con más precisión su índole: es lo necesario, lo ineluctable; lo fatal, el *fatum* de los latinos, lo decretado por el destino, lo que no puede menos de ser en la sucesión de los tiempos.

Los adelantos del espíritu humano en los diversos ramos del saber, que se llaman ciencia, los asombrosos descubrimientos que a todos ellos se deben; la propagación de las doctrinas filosóficas, políticas y económicas, y el rápido vuelo de la instrucción, emancipada en definitiva de las redes del privilegio, y extendida por las diferentes capas de nuestra sociedad, aun dividida en clases, deben servir de poderoso estímulo para cultivar con predilecto afán el estudio del derecho.

Aun cuando la ciencia sea una sola, por más que el vulgo de las gentes la suponga múltiple, y lo es, porque todos los ramos del saber humano, como la serie de conocimientos que constituyen el tesoro de la civilización, conspiran al propio fin, no teniendo más objeto todas las investigaciones, ni más móvil la inteligencia en su actividad prodigiosa, que el perfeccionamiento de los medios que han de asegurar al individuo y la especie el mayor grado de bienestar posible; aun cuando sea un tanto impropio dividir lo que es indivisible en su esencia, aceptamos la nomenclatura corriente en las escuelas, y convenimos también nosotros en llamar ciencias políticas y sociales a las que tratan de inquirir cuál es el mejor sistema de Gobierno, qué método es más adecuado para resolver el problema de conciliar la libertad con el orden, y de establecer la relación entre los derechos particulares y los colectivos, ó sea entre los derechos y los deberes, en su acepción más absoluta.

Toda la ciencia social y política puede reducirse a la educación, que abraza en sí cuanto debe prepararse al hombre a cumplir su destino, sus deberes, que son infinitos, tantos como sus medios de acción, proporcionados a los derechos que la asociación de que es miembro le garantiza, y de cuya práctica puntual, inteligente y atractiva, dependen el orden en el Estado, la armonía en la familia, y la felicidad general, que es el producto de todas las individuales. En esta nomenclatura, pues, se comprenden la religión, que es la expresión convencional del culto externo a la divinidad, la teoría de la asociación humana, ó de la Constitución política, la economía política, cuyo objeto es la producción de la riqueza y su distribución entre los asociados, la jurisprudencia, que enseña a definir el derecho y dá reglas para su defensa, y si se quiere la llamada ciencia

militar, que no reconocemos como tal, sino como un arte ó recurso de circunstancias, extremo doloroso á que la humanidad ha sido arrastrada por la sistemática violación de sus derechos, y que desaparecerá en cuanto la ciencia, propiamente dicha, restablezca sobre la tierra la justicia. No pudiendo abrazar todos estos diversos ramos de la ciencia social en el presente cuadro, limitaremos nuestra atención á la teoría de la asociación y del Gobierno, ensayando únicamente sentar las bases de una obra, cuya importancia es tan grande, que quien la lleve á feliz término podrá gloriarse de haber completado, por medio de fórmulas positivas, el pensamiento de la Redención.

Es indudable que aqueja á la civilización en estos supremos instantes de la historia un violento malestar, hallándose en gestación de un orden nuevo. No es un misterio para nadie que la fuerza es el primer elemento de orden para muchos Gobiernos en Europa, como en la mayor parte de América, donde, sin embargo, alumbra la esplendente luz del Evangelio, y que la revolución, ó lo que es peor y más grave, el motín, amenazan de continuo la tranquilidad de todas las posesiones.

Allí donde no impera la civilización cristiana, todavía es más triste el espectáculo de las desdichas humanas. En las infortunadas regiones de África, Asia y la Oceanía véanse inmensos territorios ocupados por razas groseras, estúpidas, gimiendo en la ignorancia del derecho, en la degradación de la servidumbre; el despotismo más odioso envileciendo al sér privilegiado de la creación; la idolatría divinizando al hombre en detrimento de la dignidad de su especie, y la justicia de tal manera desconocida, que ni siquiera existe allí el odio á tan brutal tiranía, ni se siente el deseo de mejorar de condición. Semejante abyección dá una idea bien triste de los medios hasta de ahora empleados por las naciones cristianas para extender los beneficios de su civilización á esos países salvajes.

La negligencia de que nos quejamos tiene su origen en la viciosa constitución del poder público en Europa, de donde debiera haber partido, así como la civilización de América, la del resto del mundo, si hubiese cumplido su misión regeneradora esta región depositaria del dogma cristiano, revelado á la humanidad por el Verbo divino para acelerar la obra de perfección á que está consagrada, enseñándole la fórmula de su Constitución futura.

Nos parece superfluo detenernos á probar que el hombre es un sér organizado para la asociación, pues bien lo demuestran las facultades y aptitudes de que providamente se halla dotado. Sin los auxilios de la familia, primera manifestación de la sociedad, y sin el desarrollo que la educación proporciona á sus fuerzas físicas y morales, no podría el hombre haber adquirido el grado de poder que hoy le permite servirse de todos los elementos de la creación para aumentar su bienestar y ponerse en íntimo contacto con el Hacedor Supremo. Pero si es incuestionable que el hombre ha sido creado precisamente para la sociedad, y que en realidad no sea libre en el acto de asociarse, porque desde sus primeros pasos en la vida se halla asociado á sus padres y hermanos, no por eso es menos cierto que implícitamente contraaquella al recibirlo en su seno grandes deberes, que para el individuo representan otros tantos derechos.

La incapacidad absoluta que distingue al hombre en su infancia de otros animales, fuertes y poderosos por el precoz desarrollo de su instinto; la necesidad que experimenta de recibirlo todo para adquirir los medios de proveer á su subsistencia, y la sensibilidad que en su razón se manifiesta á medida que reconoce los servicios que se le prestan, son, sin duda, datos apreciables para fundar en ellos la teoría compleja del derecho y del deber, y para deducir con acierto la relación de afectos é intereses que unen al individuo con la familia y la sociedad. La necesidad, pues, y el sentimiento, ó sea la conveniencia y el amor, son los principios constitutivos de toda asociación, los móviles que determinan el progreso de la humanidad por medio del simultáneo concurso de todos sus miembros á un fin providencial, que la razón de cada

uno presiente cuando piensa en Dios y sorprende en el admirable orden de la naturaleza la infalibilidad de su justicia.

El hombre obedece á una atracción misteriosa viviendo en comunicación con sus semejantes, y llena sus más importantes deberes, aquellos que entrañan el germen de todas las obligaciones sociales, sin más estímulo ni coacción moral que el placer, ó la necesidad si se quiere de cumplirlos. Las funciones de la reproducción y de la conservación se desempeñan sin violencia, como necesidades, como deberes, más bien que como derechos, y de ellas, sin embargo, procede la serie de todos los que el interés de la familia y de la sociedad exige al individuo para asegurar el orden universal.

En tan ancha base descansa la teoría de la asociación, que los Gobiernos han fundado hasta ahora en el absurdo principio de la autoridad, suponiendo arbitrariamente que el hombre y los pueblos han sido creados para servir á los poderes preestablecidos, y por consecuencia de ese error, preocupación funesta que la ignorancia ha sostenido, puestos en contradicción la razón y el sentimiento, en lucha el deber con el placer, ha sido necesario apelar á la fuerza, organizar la violencia y erigir en ley el abuso de la usurpación sobre el derecho.

F. J. MOYA.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto, por su mérito y por su oportunidad, el siguiente trabajo que insertamos, sobre la vida de uno de los mas eminentes hijos del trabajo de nuestro siglo, debido á la pluma de nuestro querido amigo, el modesto, cuanto distinguido publicista, D. Manuel Corchado.

Hoy mas que nunca hacen falta páginas donde el pueblo aprenda que su aspiración á engrandecerse y á redimirse, puede cumplirse por medio de su probidad y constancia, mejor que dando oídos á las seducciones que le pintan su gloria y su dicha, como frutos del delirio y del extravío.

La vida de Abraham Lincoln es un ejemplo de esta verdad:

ABRAHAM LINCOLN.

PRIMERA PARTE.

## I.

El nombre de Abraham Lincoln evoca tres gloriosos recuerdos: el del obrero que, sin otra ayuda que su trabajo y su talento, ascendió desde las mas humildes ocupaciones, hasta el destino supremo del país que le vio nacer; el de una guerra determinada por una idea noble y generosa, y el de la desaparición, en la unión americana, de esa mancha de los tiempos y de los pueblos, que se llama esclavitud. A Lincoln estaba reservada la imperecedera gloria de borrarla para siempre del suelo de la República, haciendo desaparecer uno de esos contrastes, que la inteligencia rechaza como manifestaciones insostenibles, y á los cuales presta sin embargo, crédito; porque á los ojos se presentan con toda la realidad de su existencia. La de la esclavitud en los Estados-Unidos envolvía una contradicción harto flagrante, estaba demasiado contrapuesta á los principios admitidos y sustentados en aquel baluarte de la dignidad humana, para que no cesara en este nuestro siglo, tan dado al sostenimiento de la justicia.

Así debía comprenderlo Lincoln, y así lo comprendió, en efecto. Trabajando, pues, sin darse punto de reposo, sin que nada fuese bastante á detenerle, sin que nadie lograra atemorizarle, tuvo la dicha—único premio valedero—de ver coronada su obra, con admiración del mundo entero que no dejó, sin embargo, de llamarle temerario, al principio.

Pero aunque dotado de genio superior y de espíritu nada vulgar, hubo Lincoln de emplear, en la realización de sus nobles proyectos, los medios groseros é imperfectos que por ahora tenemos á nuestro alcance. Las armas fueron llamadas á redimir aquella multitud de individuos, que arrastraban la pesada y degradante cadena del esclavo. Para despertarlos á la vida, fué preciso acudir á la muerte, sustituyendo de tal modo con una mancha de sangre el borron de la esclavitud.

Dios nos es testigo de que con estas palabras no intentamos empañar la memoria, ni amenguar en un ápice el triunfo del varon eminente, cuyo recuerdo veneramos y á quien, en nombre de la humanidad, porque de ella somos parte, tributamos el agradecimiento de nuestra existencia toda. Deploramos únicamente que hubiera de acudir al recurso de la guerra, odioso siempre y siempre perjudicial; pero, lejos de censurar incondicionalmente semejante conducta, nos la explicamos, reconociendo que no han llegado aun los tiempos, en que puedan los hombres prescindir de tales y tamañas imperfecciones.

Por otra parte, conocido el carácter siempre benévolo de Lincoln, sabida la secta religiosa á que pertenecía y las creencias por esta sustentadas, no es aventurar una conjetura destituida de todo fundamento afirmar, que odiaba el estruendo de las armas y sus deplorables resultados, y que solo, falto de otros medios, acudió á ellas, desesperado quizá, y quizá llena el alma de dolor por la sangre que iba á verterse. En confirmación de este aserto, recordamos que, habiendo en su mocedad tomado parte en una expedición contra los indios, se apresuró á abandonar las armas, concluida aquella, pues persuadióse íntimamente de que no era el del soldado el papel que estaba llamado á representar. Pero en la cuestión de la esclavitud, el amor á la libertad dominó al sentimiento humanitario, según expresión de uno de sus biógrafos.

Añadamos, para completarla idea, que al indicado amor se adunaba otro, por lo menos, tan poderoso; el de la patria. La existencia de ella dependía de la cesación de la esclavitud, que, andando los tiempos, hubiese indudablemente originado consecuencias idénticas que la guerra, si no peores, y estribaba de un modo notable en la perfecta unión de todos los Estados que forman la República. La dislocación de esta en dos, hubiese sido irremisiblemente la debilidad de ambas, al principio, y después su ruina. Así lo comprendieron los rivales de aquel poderoso Estado, y por eso daban pábulo á la guerra, mostrándose, aunque embozadamente, propicios á las injustas pretensiones de los *sudistas*. Así lo comprendió también el virtuoso Lincoln, y olvidando por un instante sus creencias religiosas, acallando su repugnancia respecto de las armas, echó mano de ellas para salvar la patria, evitando su desmembramiento y haciendo extensivo, al mismo tiempo, á todas las razas de la unión el inapreciable presente, que constituye la esencia de nuestro sér; la libertad. Añadamos también á su disculpa lo que nadie podrá negar, porque mas de una vez salió de sus propios lábios, y porque mas de una vez probó con sus propios actos; añadamos que no entraba en sus cálculos cortar el nudo, sino desatarlo, que no fueron nunca sus intenciones las de dar al problema de la esclavitud la solución brusca, que se vio obligado á darle. Pacíficamente y causando el menor número posible de perjuicios, pensaba hacerlo, y hubiéralo así realizado, si no le hubiesen impelido hácia el extremo á que hubo de acogerse mal su agrado.

La vida del hombre es siempre un punto equidistante de dos grupos de circunstancias diametralmente contrapuestas. Observarlas, estudiarlas y meditarlas, para optar después por aquellas á cuyo favor militen la justicia y el interés general y propio, es consecuencia; hé aquí lo que constituye nuestro deber. Tomado el partido de la justicia, que nunca deja de ser el de la conveniencia, no debemos detenernos nunca, y fuera de los inmorales, nos es lícito acudir á todos los medios para la consecución del fin. Esto había de hacer Lincoln, y esto hizo. La posteridad le hará la justicia á que es acreedor, y la historia, en su irrevocable fallo, le colocará indudablemente entre los grandes bienhechores de la humanidad.

Esta tiene muy fundado derecho á enorgullecerse de la existencia de aquel, pues mucho dice en favor de ella y en contra de esas inteligencias—pocas afortunadamente—empeñadas en sentar y demostrar que la vida del hombre es un tejido de infamias é iniquidades. ¿Qué valor tienen, en efecto, sus locubraciones todas, examinadas á la luz que se irradia de una existencia, como la de Lincoln, toda abnegación, toda trabaja en pró de sus semejantes? Propender cons-

(1) Este estudio ha sido regalado por el autor á la dirección general de instrucción pública con destino á las Bibliotecas populares, y le damos publicidad en una serie de artículos con autorización de dicho centro superior.

(2) Hace veinticuatro años que escribí y publiqué en el *Eco del Comercio* una parte de este estudio.

tantemente al bien de estos, luchar sin descanso por realizarlo, desafiando y hasta sufrir, para conseguirlo, la muerte, ¡es propio acaso de un sér incapaz de grandes hechos y de rasgos sublimes? Si semejante proceder no revela una naturaleza noble, una índole susceptible de abrigar las mas admirables y heróicas virtudes, si la vida del hombre eminente de quien vamos á ocuparnos, no patentiza que la humana naturaleza puede, queriéndolo firmemente, elevarse á la esfera del bien, nosotros no comprendemos, ni comprenderemos nunca, cuáles son las pruebas que deben llamarse concluyentes.

Y adviértase que no solo fué noble y honrado Lincoln, en la posicion ostensible y desahogada del hombre de Estado, sino que honrado y noble fué tambien en su oscura y estrecha vida de leñador. Huérfano, pobre y cuidando de su madre enferma y de sus hermanos, que á causa de sus pocos años no podían auxiliarse, jamás realizó accion alguna censurable, jamás cruzó por su mente designio alguno de que pudiera ruborizarse la virtud. Esta le indicaba el camino que en tales casos debe seguirse, y él nunca se mostró sordo á semejantes insinuaciones. El trabajo era el único medio á que debía acogerse dignamente, y para Lincoln no hubo trabajo infamante, por humilde que fuese; no hubo ocupacion ante la cual bajase con humillacion la frente, siempre que fuera licita en sí misma. ¡Cuánto mas cómodo le hubiese sido, y cuánto mas en armonía hubiera obrado con la que llaman algunos depravada naturaleza humana, prescindiendo de su desvalida madre, olvidando á sus tiernos hermanos y acudiendo, para la propia subsistencia, á medios ilícitos y reprobados!

La Providencia, empero, sabia y grande siempre en sus creaciones, ha dispuesto las cosas de otro modo, haciendo que, á pesar del gérmen del mal que en nosotros existe, porque móviles ilícitos hay que solicitan nuestro libre albedrío, y á pesar de la actual presencia del error en el mundo, que es otro de los agujeros del progreso, podamos realizar, cuando decididamente lo queramos, acciones que con el bien se hermanan.

Repítámoslo, pues, sin temor de que con razon se nos desmienta: la humanidad tiene muy fundado derecho á enorgullecerse de la vida de Lincoln. Y no es trabajo infructuoso el empleado en la consignacion de esta verdad, ni deja de ser ella de sumo provecho para el hombre que á meditar las cosas se detenga. No; porque no ha de considerarse á Abraham Lincoln como una rara excepcion, ni como uno de esos modelos que para edificacion de la humanidad aparecen de vez en cuando en la tierra. Lincoln era un varon ilustre, un ejemplo digno de encontrar imitadores; pero no habiá recibido privilegio alguno de aquella suprema voluntad que gobierna los mundos, asignando á todos los mismos medios, para llegar á las mismas condiciones. Los hombres todos, por el mero hecho de ser hombres, poseemos el gérmen de las virtudes que adornaban á Lincoln. Su ulterior desenvolvimiento depende del empleo que hagamos de las circunstancias que nos rodean. Las voluntades enérgicas é inquebrantables, los espíritus rectos las dominan, y encaminándolas al bien, logran el triunfo reservado á los buenos. Las voluntades débiles, ceden á las sollicitaciones del mal, y viviendo entre angustias y pesares sin abnegacion sobrelevados, inutilizan para sí y para la humanidad el período de la vida. Preciso es que de ello nos convenzamos; nosotros somos los artifices de nuestra propia existencia en su desarrollo; nosotros mismos la elaboramos, dilatando los gérmenes con que se nos entrega. Luchar, hé aqui la vida; triunfar en la lucha, hé aqui su fin. El que esto haga, vive realmente.

Pero, volviendo á nuestro intento, digamos que, si es cierto que la humanidad puede enorgullecerse de la existencia de Lincoln, este derecho corresponde muy especialmente á la clase obrera. De la clase obrera salió aquel, no contó con otros recursos que con los que cuenta ésta, en medio de ella vivió, y ella fué quien, dándole siempre pruebas de afecto, le infundió el valor suficiente para llevar á buen término los hechos que hoy aplaude el mundo entero. Lincoln, pues, y su gloria pertenecen muy en

particular á la clase obrera, y por esta razon le dedicamos el presente libro. La vida que vamos á narrar contiene profundas y elocuentes lecciones. Medítelas el obrero y deduzca las consecuencias que de ellas se desprenden naturalmente.

## II.

El dia 12 de Febrero de 1809 nació Abraham Lincoln, en el condado de Hardin—Kentucky. Sus padres eran pobres y honrados.

Si en nuestro deseo de conocer el origen de las cosas, queremos indagar el de la honradez de los esposos Lincoln, hallaremos que dos fueron sus causas. El gérmen del bien—lo hemos dicho ya—es nativo; y él fué la primera de las dos causas que investigamos. Con él venimos á la tierra, y uno de nuestros mas sagrados deberes consiste en desarrollarlo. Los padres de Lincoln cumplieron religiosamente este deber, sometiendo siempre á la ley que preside al desenvolvimiento de las facultades nativas; á la del trabajo. La aficion, pues de aquellos á éste es la segunda de las dos indicadas causas.

El trabajo, no cabe dudarlo, en nuestros tiempos, es manantial inagotable de virtudes y beneficios. Entre el hombre que, acatando la ley de su perfeccionamiento, á él se dedica, y el que, por reputarlo carga infamante, lo desprecia, la diferencia es visiblemente notable. La robustez del cuerpo, la virilidad del espíritu y la morigeracion de costumbres, todo lo cual constituye la iniciacion en la verdadera perfeccion, forman el valioso patrimonio del primero. El desmedro, el decaimiento moral y la corrupcion, desviacion patente del perfeccionamiento, son, por el contrario, la dote del segundo.

Los padres de Lincoln, honrados y amantes del trabajo, solo en él confiaron para satisfacer sus necesidades, prefiriendo sus desazones y fatigas á la humillacion inseparable de la existencia basada en la proteccion y amparo de nuestros semejantes. Para ellos, como para el Dante, era *amargo el pan ajeno*, y arrosaban valerosamente la pobreza, en la que sin embargo, conservaban su independencia, antes que doblegarse á la servidumbre de aquel bienestar, que no procede de los propios esfuerzos. ¡Plegue al cielo que tales ideas y sentimientos lleguen un dia á penetrar en todas las inteligencias y corazones! Habremos dado entonces un paso de gigante hácia la perfeccion, y empezarán á alborear los tiempos de la regeneracion de la tierra, que nos brindará mayor felicidad de la que actualmente poseemos.

Cuando amamos el trabajo y cuando lo consideramos segun debe ser considerado, como ineludible ley del humano desenvolvimiento, ninguna de sus manifestaciones lícitas nos parecien denigrantes é indigna de nuestra condicion, cualquiera que sea esta. Entonces apreciamos la rigurosa exactitud del siguiente principio, digno de constante repeticion, á pesar de su vulgaridad: Siendo probado el que la desempeña, toda tarea es honrosa.

Las ocupaciones de la familia Lincoln eran rudas, manuales y ajenas, como la que mas, de las nobles y enaltecedoras combinaciones de la inteligencia; pero en modo alguno denigradoras de la dignidad humana. Consistían en la roturacion de tierras vírgenes. Semejante ocupacion poco frecuente en Europa—donde todas las regiones que no rechazan al hombre de su seno, han podido ser roturadas, gracias al mayor número de años con que ha contado aquel para luchar con la naturaleza—es muy practicada en la jóven América, donde quedan aun muchos llanos por roturar. Sucede esto muy especialmente en los Estados-Unidos, cuyos habitantes profesan verdadero amor al trabajo, y arden siempre en deseos de mejorar la posicion social que ocupan.

La roturacion de tierras vírgenes, la tarea del *pioneer*—que este nombre recibe quien á tal oficio se dedica—sobre ser muy ruda y pesada, va siempre acompañada de numerosos é inminentes peligros. Para poder alcanzar los medios de subsistencia, el *pioneer* ha de luchar con las fieras; cuerpo á cuerpo, y para alzarse con el dominio del suelo, donde ha de edificar su cabaña, y con el de los alrededores, que serán su campo de labranza, ha de combatir con otro enemigo, mas temible y encarnizado

quizá que las mismas fieras. El indio, viéndose obligado á ceder el terreno ocupado por el blanco, le odia desapiedadamente, y no pierde ocasion de molestarle y procurar su ruina. Una distraccion cualquiera, la mas leve imprudencia puede muy facilmente poner en peligro la vida del hombre, que á tan azarosa ocupacion se consagra. Una de semejantes distracciones causó la muerte al abuelo de Lincoln, que sucumbió á manos de los indios, quienes le profesaban odio implacable; porque era uno de los mas famosos roturadores del Kentucky.

Este acontecimiento, ó quizá la repugnancia que sentimos hácia todo lo que, en la limitabilidad de nuestros juicios, consideramos como causa de la muerte ó desgracia de las personas que apreciamos, determinó á la familia Lincoln á salir de Kentucky, para fijar su residencia en la Indiana. Acaso en esta resolucion entró tambien por mucho el deseo de atender á las necesidades de la vida, por medio de otra ocupacion mas llevadera y menos peligrosa. El país elegido para el caso no era por cierto el mas á propósito, pues el condado de Spencer, donde fijó su residencia, era en aquella sazón poco menos que un desierto, y no es ciertamente en tales lugares donde podemos atender con desahogo á nuestras necesidades. En vano trabajó sin descanso, acogiéndose á todos los medios, para salir de la situacion en que se encontraba. La miseria arreciaba lo mismo en la Indiana que en el Kentucky, y el porvenir, lejos de ofrecerse despejado y risueño, aparecía cada vez mas terrible y oscuro.

El trabajo excesivo, la estrechez de la miseria y las angustias de no entrever situacion menos penosa, ocasionaron en la familia Lincoln una pérdida mas sensible que la indicada; porque habia de dar creces á la pobreza y á las penalidades de que siempre va acompañada. En 1819 falleció el padre de Lincoln, dejando á su esposa enferma y sin mas amparo que el de Abraham—quien contaba por entonces diez años—pues ningun recurso podia esperar de sus otros dos hijos, porque á ninguna ocupacion podían aun dedicarse. Sobre Abraham pesaba, pues, la obligacion grande y santa de atender á la familia toda, y el modo como lo hizo constituye una de las mas brillantes páginas de su historia. Acerca de este período de su vida, del cariño que siempre profesó á su madre y de los asiduos cuidados que dispensó á sus tiernos hermanos, llamamos muy especialmente la atencion de la clase á quien dedicamos esta obra.

El amor á la familia, procurándole con incesantes afanes todos aquellos medios que á la mayor felicidad conspiran, es, entre nuestros deberes, el primero y el que con mas asiduidad hemos de cumplir. Antes que todo y sobre todo lo de la tierra, está la familia, y descuidarla ó no afanarnos en la consecucion del mayor bienestar que podemos proporcionarle, es dar pruebas de ingratitude ó de dureza de alma, cosas que implican siempre descrédito y menoscabo de la dignidad humana. Y esto sin contar con que debemos cumplir esta santa obligacion, no ya por tan elevado interés, sino por el material que resulta de la paz y tranquilidad domésticas.

Que á pesar de las circunstancias que la rodean, y de la falta de recursos y proteccion en que se encuentra, puede la clase obrera cumplir este sagrado deber, no hay que dudarlo, y Lincoln, con la elocuencia de los hechos de su vida, confirma nuestra aseveracion. El, pobre y falto de ayuda, lo cumplió siempre. ¿Y acaso no somos todos, como él, hombres? ¿No disponemos de los muy escasos medios que tuvo á su disposicion?

Pártase del incontrovertible principio de que una voluntad inquebrantable y bien dirigida, lo consigne todo, hasta la perfeccion por el adelanto siempre progresivo; grábese en el corazon la idea de que el alma humana contiene en sí misma los gérmenes de todas las condiciones, indispensables á la realizacion de los derechos y al cumplimiento de los deberes; persuádase cada uno de que de él depende desenvolverlos, para lograrlos, y caerán destruidos los obstáculos, apareciendo entonces llano el camino que hemos de recorrer. Cuando el hombre se convenza de que no es un sér incompleto, abandonado al acaso, sino una cria-

tura perfectible, capaz de todo bien, porque para todo bien tiene condiciones embrionarias; cuando se convenza de que los conflictos de la vida, que en nuestra irreflexion llamamos males, son elementos de desarrollo de las fuerzas nativas, es decir, verdaderos bienes; cuando todo esto suceda, repetimos, nada parecerá imposible al espíritu decididamente resuelto á la consecucion del fin de la existencia, que no es otro que la perfeccion. Tranquilícense las almas pusilánimes, pues no entendemos hablar aquí de la perfeccion absoluta, que solo en la causa primera es concebible, pero sí de mucha mayor de la que por ahora poseemos en la tierra. Muchas de las *utopias* del presente se realizarán en un porvenir mas ó menos remoto, quedando así demostradas todas las excelencias del vasto organismo, que llamamos el mundo de la tierra.

Pero volviendo á nuestro principal asunto, al cumplimiento de los deberes para con la familia, hemos de hablar de una circunstancia de la cual depende aquel. Nos referimos á la educacion que, por la práctica de la vida doméstica, ponen los padres al alcance de los hijos, y que, aunque no lo parezca, se relaciona íntimamente con los deberes para con la familia. Procurar que todos y cada uno de los actos realizados en el hogar puedan mañana ser públicamente reproducidos á la faz de la sociedad sin suscitar la reprobacion de esta, predisponer á los miembros de toda la familia á la ejecucion de acciones laudables, haciendo que lo sean las que á su vista ejecutamos; hé aqui uno de los mas trascendentales deberes y acaso uno de los menos observados.

Créese generalmente, y á menudo se repite, que el niño, siempre voluble, enemigo de fijar por algun tiempo la atencion, cuando á ello quiere obligársele, no siente la influencia de los hechos que en torno suyo se realizan. Nada mas erróneo y destituido de fundamento que semejante principio. El niño, por razon de su misma volubilidad, es capaz de reparir su atencion entre lo que le ocupa y lo que sucede á su alrededor en un momento dado; entre los grotescos movimientos del autómeta que se agita en sus manos, y la conversacion que junto á él se tiene. Casi nos atrevemos á asegurar de un modo absoluto que nada de lo que acontece en el horizonte de su atencion y vista pasa desapercibido para el niño, cuando para el adulto es, por decirlo así, indiferente todo lo que no se relacione directamente con el punto, objeto de su reflexion. Véase, pues, la indispensable necesidad de procurar que nuestra vida doméstica sea siempre irreprochable, y susceptible siempre de ser imitada con elogios por los que nos rodean.

La conducta del hombre, su porvenir, por lo tanto, dependen, sin duda alguna, de los ejemplos que, durante la niñez, se le han dado. Las circunstancias y contrastes de la vida individual pueden modificar, y modifican, en efecto, la vida que en la familia donde nos hemos desarrollado lleváramos. Pero examínense á fondo y con la debida atencion las acciones del hombre, y siempre se encontrará en ellas, cuando no otra cosa, el gérmen de lo que vió hacer ó aplaudir en la edad en que empezaba á despertarse su inteligencia.

Lincoln fué afortunado bajo este concepto. Sus padres, luchando siempre con la desgracia, trabajando sin descanso por mejorar su posicion social, le enseñaron aquel amor al trabajo que á tan grandes y laudables acciones le condujo. Cariño y armonía observó incesantemente entre ellos, y Lincoln, reproduciendo, mas tarde, lo que habia observado; poniendo de manifiesto lo que en su alma habia grabado el ejemplo, no turbó nunca la armonía de la familia que tuvo que dirigir en lo sucesivo, y siempre le profesó todo el amor de que era susceptible su pecho. Estas excelentes prendas del jefe de familia fueron las que caracterizaron al jefe del Estado. La esfera, permaneciendo la misma en la esencia, se habia dilatado; era, pues, preciso dilatar algun tanto los afectos, y así lo hizo Abraham Lincoln, al regir los destinos de la República. Su familia fué entonces la sociedad norte-americana, por la cual trabajó sin descanso y sin fatigarse nunca. Por la union, nervio de la fuerza y prestigio de aquel admirable pueblo, lo arrostó todo, hasta la muerte, y por la

libertad del esclavo luchó incesantemente, hasta conseguirla.

Otra de las circunstancias que influyen en la vida del hombre, son las creencias religiosas, sin las cuales no ha existido, ni puede existir pueblo alguno, quedando así evidenciado que son una de las necesidades del espíritu humano.

El hombre, siendo lógico y consecuente, obra siempre de acuerdo con los preceptos de la religión que profesa. Si aquellos son materiales y groseros, groseras y materiales serán las acciones del hombre. Si la religión, cegando las fuentes de la esperanza, conduce a la desesperación, el hombre, falto de constancia y de energía, se detendrá ante los más insignificantes obstáculos. La abnegación, la resignación, las virtudes todas, en una palabra, nos parecerán en tal caso, vaciedades sonoras, partos de imaginaciones calenturientas.

Mucho tino y mucha cordura son necesarios en punto á máximas religiosas. ¿Quién no se juzga un creyente modelo? ¿Qué religión no se vanagloria de poseer exclusivamente la única verdad salvadora? Y sin embargo, pocos son los buenos creyentes, y muy escasos es el número de los que practican la verdadera adoración. En este nuestro siglo, en que la materia amenaza invadirlo todo, la materialidad de la forma se ha sobrepuesto al espíritu, y abundan, por lo tanto, los hipócritas y fanáticos, los *seculares blanqueados* de que hablaba el Divino Maestro. El que ha cumplido escrupulosamente las exterioridades que *matan*, cree haberlo hecho todo. El espíritu que *vivifica* es considerado por la generalidad como un accesorio de escasa importancia. Hoy contamos tantas religiones como cultos, y sin embargo, una sola es la religión. Aquel que adora en espíritu y en verdad, aquel que posee y pertenece de derecho á la única religión verdadera; á la cristiana.

¿Y queréis saber en qué consiste la adoración en espíritu y en verdad, esa adoración sencilla y que inmediatamente se comprende y se identifica con el alma, como todo lo verdadero? Pues no consiste en ninguna otra cosa más que en el cumplimiento de todos y cada uno de nuestros deberes de hombre y de ciudadano. Poder decir con verdad, al reclinar nuestra frente:—He triunfado en la lucha con las sollicitaciones del mal, he hecho todo el bien que me ha sido posible; hé aquí la verdadera oración, la más acepta indudablemente al celeste Padre, que mira siempre las obras, y no las palabras dichas entre bostezos y vacías de sentido. La práctica constante y desinteresada del bien; esta es la oración verdadera, el verdadero lazo que une á las humanidades con el Hacedor supremo.

Mucho tino y mucha cordura, volvemos á decirlo, son necesarios en punto á máximas religiosas; pero conocidas las mejores, no debemos cesar de aplicarlas. El escepticismo, en esta materia, es de todas las condiciones, la peor en que puede encontrarse el hombre. Preferible es una religión errónea á la carencia absoluta de ella, si es dable lo absoluto en un asunto de tan imprescindible necesidad.

Las creencias religiosas de Lincoln eran las de la *Sociedad cristiana de los amigos*, ó la de los *cuáqueros*, creencias basadas en un principio fecundo en buenos resultados, cual es el de la fe razonada en la divinidad. Partiendo de él, los *cuáqueros* deducen conclusiones que se califican de heréticas; pero que, hasta el presente, han producido excelentes resultados. Los *cuáqueros* son modelo de virtudes evangélicas. ¿Qué más puede pedirseles?

Lincoln, fiel á sus creencias, no cedió jamás ante los contratiempos. Puestos los ojos en el cielo, llena el alma de esperanza, ayudándose para merecer ser ayudado, todo lo sufrió con resignación, esperando mejores días, que no dejaron de llegar.

### III.

Hasta la edad de veintinueve años, permaneció Lincoln en la Indiana, luchando con la fortuna que no se cansaba de serle adversa, y sin perdonar medio alguno para alcanzar el triunfo en tan reñido combate. Durante esta época, no hubo para él, según dejamos dicho, oficio lícito que le mereciera el concepto de infamante. Todos, por humildes y manuales que fuesen, eran dignos del hom-

bre que en nada más que en su propio trabajo confiaba. Fiel á esta teoría, que es la única verdadera, se dedicó sucesivamente á la labranza, rigiendo el arado en la Indiana, con la misma constancia y afición con que manejaba el hacha en el Kentucky; concurrió más tarde á un aserradero, donde en clase de aserrador mereció siempre elogios de sus principales y entró, por último, de aprendiz en una carpintería.

Persuadido en 1830 de que no era la Indiana país á propósito para el mejoramiento de su posición, emigró á Illinois, orillas del Mississippi, donde volvió á entregarse á las faenas de la labranza. Pero como por un insignificante salario se le exigía un trabajo considerable, y como, por otra parte, y á consecuencia de la densidad de la población, sobraban los brazos, resultando de esto la baja, siempre creciente, de la retribución; Lincoln creyó oportuno marchar á la frontera, donde se consagró nuevamente á la azarosa vida de sus primeros años. Por espacio de dos, vivió de la caza y labrando las tierras que, como *pioneer*, había disputado y conquistado á los indios. Trascurrido aquel tiempo, salvó las fronteras del Illinois, y fué á establecerse á orillas del Ohio y del Wasbach, donde, falto de otra ocupación, se dedicó á la conducción de harinas, convirtiéndose en barquero.

De todas las ocupaciones á que hasta entonces se había dedicado Lincoln, la últimamente mencionada era, sin duda alguna, la más cómoda y sosegada. Sentado en su balsa, cruzados los brazos y entregado por completo al reposo, podía cumplir sus obligaciones, sin otra molestia que la de abandonarse á la corriente. Muchos en su situación se hubieran contentado con aprovechar el auxilio que buenamente le ofrecían las aguas, entregándose con entera libertad á los ensueños de la imaginación, tan en armonía con aquel oficio y con las comarcas lozanas y risueñas del Nuevo-Mundo. El *Yankee* tiene, sin embargo, la envidiable fortuna de hacer caso omiso de la imaginación cuando así le conviene; todo lo somete al riguroso exámen de la inteligencia, y á las gratas, pero casi siempre inútiles expansiones de la primera, prefiere las áridas, aunque siempre provechosas combinaciones de la segunda.

Lincoln creyó indigno del hombre perder un tiempo que, bien empleado, podía darle excelentes resultados, y entre ellos el de abandonar su oficio de barquero que, aunque muy cómodo, nada tenía de elevado, nada en que pudiese intervenir la razón, elemento que constituye la alteza de todas las ocupaciones en que toma parte activa é inmediata. Recordó que los contratiempos de su vida no le habían permitido aun ocuparse de la parte más noble de su ser; notó que su inteligencia estaba completamente inculca; reflexionó sobre las grandes ventajas de su cultivo, y se resolvió á estudiar. Dedicóse, pues, á la lectura, mientras su balsa se deslizaba por la superficie del Ohio, no con ánimo de pasar el tiempo agradablemente, sino con la firme resolución de sacar todo el provecho posible de los periódicos y revistas, únicos escritos que podía leer entonces, pues no llegaban otros á sus manos. Este medio de instrucción, tan en armonía con la literatura de los Estados-Unidos que, según la feliz expresión de un autor, es un telégrafo eléctrico, empleado tan solo en la rápida transmisión de la noticia, de la imagen y de la idea; este medio de instrucción, aunque no baste por sí solo al concienzudo estudio de las cuestiones, no es, empero, una pura ilusión, como pretenden algunos escritores respetables.

Es indudable que los periódicos no lo dicen, ni pueden decirlo todo, sobre las personas y las cosas. Tratándose de las primeras, ciertas consideraciones y la separación de la vida en pública y privada, son obstáculos que actualmente se oponen á la exposición del verdadero carácter de las personas. La ceguedad de las pasiones, por otra parte, y los elogios interesados, son motivos bastantes á que tributemos alabanzas exageradas.

Por lo que á las cosas se refiere, está asimismo fuera de duda que los periódicos dicen hoy más ó menos de lo que realmente piensan y creen. Nada de esto es erróneo, nada carece de fundamento; pero, ¿puede ser eterno? ¿Sucederá siempre lo mismo? ¿Es irremisible la exage-

ración de la prensa? Creemos firmemente que no, y abrigamos la profunda convicción de que, comprendiendo el periodismo su misión importantísima y trascendental, será con el tiempo un verdadero eco de la legalidad y de la rectitud, destinado á impedir las arbitrariedades y las extralimitaciones. La pasión, que puede ser y será indefectiblemente reprimida, no interviene para nada en la libre manifestación del pensamiento por medio de la prensa, y entonces tendremos un periodismo intachable, y en él una fiel manifestación de lo que *debe ser*, en oposición á lo que *es*.

Pero aun en los tiempos que alcanzamos, presta la prensa no pequeños servicios. El periodismo hace mucho, diciendo algo, aunque no sea todo, indicando las cuestiones y tratándolas en globo y rápidamente. Bástale á la humana inteligencia semejante estímulo; bástale la simple indicación del punto en que debe fijarse, para que acuda á otras fuentes más claras y capaces de proporcionar mayor solidez y amplitud á los conocimientos, que solo en germen nos ha dado el periódico. La curiosidad es instintiva, y una indicación es suficiente, por lo tanto, para que entre en deseos de satisfacerse, poniéndose así el hombre en camino de recorrer, casi sin percibirse, los eslabones de la cadena toda. Considerado de este modo el periodismo, lejos de ser una ilusión, es, por el contrario, un poderoso auxiliar y móvil de la instrucción. Y las consideraciones expuestas no son meramente especulativas, pues la observación de los hechos nos indica que se realizan con frecuencia en la práctica.

Concretándonos al caso presente, Lincoln observó que los periódicos que leía hablaban á cada instante de la Constitución y del respeto con que debe ser guardada, del Código y de la estricta observancia que han de merecernos todos sus artículos.

Aquellos ni copiaban los del Código ni insertaban los de la Constitución; pero indicaban que ambas cosas existían y que debían ser respetadas y guardadas, estimulando así la inteligencia al conocimiento de aquello que, vista la consideración y respeto con que se le trataba, había de ser muy digno de estudio y meditación. El impulso estaba dado, y poco después, el barquero del Ohio se entregaba al estudio de la Constitución y del Código de su patria. La Providencia, por medio del periodismo, se complacía en indicarle el camino por donde llegaría, primero á ser uno de los más distinguidos juriconsultos de la República, y más tarde, su digno presidente. La abnegación y la esperanza, el trabajo y la constancia, se acercaban al merecido premio.

Ciertos libros de geometría elemental, que por acaso vinieron á sus manos, despertaron en Lincoln la afición á semejantes conocimientos, y habiendo adquirido buen caudal de ellos, abandonó la vida de barquero y fué á establecerse en calidad de agrimensor al condado de Sagamon. La fortuna empezaba ya á sonreírle, y su nueva profesión le proporcionaba medios suficientes para satisfacer sus necesidades, y hasta para hacer algunos ahorros, cuando desgraciadamente sobrevino la crisis financiera de 1837, que disminuyendo en sumo grado el valor de las propiedades, contrajo su ofrecimiento y venta.

La profesión de Lincoln vino á serle punto menos que inútil, pues pocas ó ninguna vez se acudía á sus conocimientos sobre la medición de terrenos. Algun tiempo después había consumido sus ahorros, y lo que es más triste y doloroso aun, habiase visto en la precisión de vender los instrumentos de su oficio para atender con su precio al sostenimiento de la vida.

Detengámonos un breve espacio, y reflexionemos sobre esta nueva situación del hombre eminente, cuya biografía trazamos, para apreciar, como ella merece, la grandeza y sublimidad de su conducta.

La miseria está rodeada de pesares y contratiempos. Es sensible y doloroso tener que trabajar sin descanso; tener que afrontar las mayores fatigas, para adquirir un pedazo de pan, que ha de servir, no de solaz consumiéndolo, sino para restablecer las fuerzas que hemos empleado en obtenerlo; fuerzas de que, al día siguiente, hemos de valerlos del

mismo modo para alcanzar lo mismo, y ninguna cosa más. Semejante situación, volvemos á repetirlo, es tan triste y dolorosa como se quiera.

Pero hay algo peor aun, algo menos soportable y que produce más tristeza y desconsuelo. Entre la pobreza, cuyos efectos no nos impresionan tanto, por lo mismo que ningunas otras comodidades hemos conocido, y la miseria á consecuencia de un golpe de fortuna, y después de haber disfrutado las delicias del bienestar, lo primero es menos desconsolador; lo segundo es casi irresistible, y son precisas mucha fuerza de voluntad y mucha confianza para no entregarnos á la desesperación.

No son pocos los que, careciendo de ambas, se dejan dominar por la melancolía, que tarde ó temprano origina la perturbación mental, ó por la desesperación, siempre irreflexiva, que conduce á uno de los más grandes delitos; al suicidio. Estas frases no necesitan prueba, porque desgraciadamente se ven probadas con frecuencia por los hechos que á nuestra vista se realizan.

Abraham Lincoln tenía bastante virilidad de espíritu y elevación de inteligencia para no doblegarse á las circunstancias, y no se doblegó, en efecto. Luchar con ellas, hasta vencerlas, es el deber del hombre, y él, que jamás faltó á ninguno de los suyos, supo cumplirlos todos en aquella ocasión. Lleno de vigor y de salud, teniendo disponibles los brazos, sabiendo manejar el hacha y dirigir una balsa, amando el trabajo, sin temer sus desazones, y contando además con un caudal inagotable de abnegación y de esperanza, ¿había de entregarse á la desesperación? ¿Ceder á los obstáculos, él que tan acostumbrado estaba á despreciarlos y á vencerlos siempre! ¿Era esto digno del hombre, del ser fuerte y robusto; porque es libre é inteligente? No ciertamente.

Lincoln, pues, no tuvo que hacer esfuerzo alguno para olvidar sus instrumentos de agrimensura, que la suerte contraria le había arrebatado, y empuñar el hacha, que había sido reemplazada por aquellos.

Convertido en *rail splitter* se dedicó á la venta de travesaños para las vías férreas, y de aquí que, como fuesen ya conocidos su talento y las aplicaciones que de él había hecho, le quedase el sobrenombre de *rail splitter* con que, aun siendo presidente, era designado.

Recordando más tarde las delicias de su vida de barquero en el Ohio, y ofreciéndosele ocupación en los vapores del Mississippi, que hacen el servicio de Nueva-Orleans, se colocó en ellos. Parecía que las peregrinaciones fluviales estaban destinadas á que pudiese atender al cultivo de su inteligencia, y nuevamente le vemos dedicado á la lectura de libros y revistas, después de haber cumplido sus obligaciones.

Algun tiempo después intentó probar fortuna, y abandonó su oficio de barquero por otro menos pesado y más lucrativo. Lincoln anhela una posición desahogada; deseaba el bienestar, no para entregarse á sus embrutecedoras delicias, sino para adquirir aquel grado de independencia que nos hace dueños de nosotros mismos en cuanto puede serlo. En un país donde, como en los Estados-Unidos, se goza de la mayor libertad posible, solo la pobreza constituye inferioridad entre los hombres igualmente instruidos; inferioridad exclusivamente privada, por otra parte. Como ciudadanos, todos son iguales en la República.

Estas ideas animaron al *rail splitter*, que estimaba la independencia en lo muchísimo que ella vale, y prescindiendo de los vapores de Nueva-Orleans, se estableció por su cuenta y riesgo, abriendo una tienda en la ciudad de Decatur. Pero de este modo no le era dable utilizar más que una parte de su capital, y precisamente la más pingüe, la que mejores resultados podía proporcionarle, quedaba sin empleo alguno. Sus conocimientos y el producto de sus meditaciones, acerca de la Constitución y del Código, sobre permanecer ignorados, no le prestaban la utilidad de que eran susceptibles. Un *yankee* no se resuelve nunca á dejar inactiva parte alguna de sus fuerzas; partiendo del saludable principio de que todos los medios que tiene el hombre á su alcance, son elementos del desarrollo de la vida, por lo cual es un deber sagrado aprovecharlos, pone en

constante actividad todo lo que lícitamente pueda serle útil. Lincoln, á fuer de buen yankee, juzgó acertadamente que, sin dejar de ser comerciante, podía ser maestro de escuela, creyó que era perder un tiempo precioso no emplear en algo útil el que le quedaba libre, después de cerrada la tienda por la noche, y haciéndolo como lo pensaba, se dedicó á la enseñanza.

Los mismos principios y reglas de conducta, que tan buenos y fecundos habían sido para él, y los mismos preceptos religiosos que le habían dado el vigor y constancia que á los obstáculos oponía, explicaba á sus discípulos con la claridad y sentido práctico, que le caracterizaron en la resolución de los complicados y difíciles negocios del Estado.

Apenas sabían aquellos leer, les exponía, comentándolos, los artículos de la Constitución, é indicándoles los derechos y deberes del ciudadano, les hacía comprender la inmensa utilidad del justo y perfecto conocimiento de ambas nociones. ¡Cuánta prevision y qué profunda apreciación de la humana naturaleza revela este hecho, sencillo en apariencia!

El derecho y el deber, hé aquí el resumen del hombre. Comprender bien el derecho, formarse una idea exacta del deber, y explicarse claramente la correlación de estas dos nociones, es tener muchísimo adelantado en la ciencia de la vida. El hombre sin derechos, ó que no comprende su valor—lo cual es casi lo mismo—está á muy corta distancia del bruto. El hombre que, por el contrario, se resiste al cumplimiento de los deberes, va camino del crimen y, aunque por distinto sendero, llega á la esfera de los irracionales. A pesar de la contradicción aparente, el deber, lo mismo que el derecho, nos hace fuertes. Cumpliendo aquel, nadie puede negarnos justamente el goce de éste, pues acatando el primero, proclamamos tácitamente nuestra inviolabilidad en la realización del segundo. El derecho no es posible sin el deber, como no lo es el deber sin el derecho. En el primer caso, tendríamos la licencia, la tiranía de muchos; en el segundo la esclavitud, la tiranía de unos cuantos, y siempre el desorden, la perturbación y el anonadamiento de la sociedad.

Es preciso tenerlo muy presente, el hombre es hombre, cuando goza de sus derechos, que son todas las condiciones necesarias á su mayor y mas rápido desenvolvimiento moral é intelectual, y cuando cumple sus deberes, que son todas las condiciones indispensables al desarrollo de sus semejantes. La libertad no puede, ni debe tener otro límite que la libertad. Todos los otros que se le oponen son artificiales é ilegítimos, por lo tanto. Así debía reflexionar Lincoln, y lo primero que, en consecuencia, trataba de cimentar en sus discípulos era la noción del derecho y del deber, que constituye á un mismo tiempo nuestra dignidad y nuestra fuerza. El ciudadano digno, siempre es fuerte. Los tiranos de todos los tiempos lo saben, y no pierden las ocasiones de enervar la dignidad. Conviene, pues, que digamos otra vez, que el límite de la tiranía es la dignidad de los ciudadanos.

M. Aquiles Arnaud, biógrafo de Lincoln, ha dicho, que del maestro de escuela al procurador no hay mas distancia que la representada por el espesor del Código. Para Lincoln, que conocía ya perfectamente el de su país, no existía ni siquiera esta distancia. Con desear ser procurador y con que le ofreciese la casualidad una ocasión propicia, pasaba Lincoln de la cátedra del maestro al bufete del procurador. No faltó ni lo uno, ni lo otro. Quiso la suerte que vacara en el oficio, de que era dueño un vecino suyo, una plaza de pasante, y habiéndole sido propuesta á Lincoln, la aceptó desde luego. Su constancia y afición á los estudios jurídicos hicieron de él, á la vuelta de muy pocos años, un profundo conocedor del derecho, de modo, que pudo sin contradicción establecerse por su propia cuenta. Su honradez en los negocios, su asiduidad en llevarlos á buen término, el talento que desplegaba en conducirlos, y la afabilidad que dispensaba á sus clientes, le granjearon una reputación que quizá sobrepujó á sus esperanzas.

En 1837, contando veintiseis años de edad, juzgó que la pequeña ciudad de Decatur era horizonte poco dilatado, y,

buscando otro mayor, pasó á Springfield, donde se estableció en sociedad con Jonh T. Sewart. Las mismas cualidades que tanta nombradía le habían valido en Decatur, le granjearon, en Springfield, el puesto mas distinguido entre los abogados allí residentes.

Pongamos término en este punto á la primera parte de la vida de Abraham Lincoln. En dos solas palabras podemos compendiarla: TRABAJO Y ESPERANZA. Trabajo como único y exclusivo medio legítimo de vencer todos los obstáculos; esperanza siempre en el resultado, no desconfiando nunca de las propias fuerzas y del poderío de la voluntad.

Hasta ahora, hemos visto á Lincoln ignorado y oscuro, cumpliendo sus deberes con firmeza inquebrantable. En adelante, descubriremos en él las mismas cualidades y el mismo carácter en la resolución de mas árdnas cuestiones. Si se nos pregunta en cual de estas dos contrapuestas situaciones es mas admirable, respondemos que en absoluto lo es igualmente en ambas. Hagamos notar empero, una circunstancia digna de mencionarse. Parece que el hombre de Estado, el hombre público, por lo mismo que sus acciones están sujetas á la pública censura, por lo mismo que obra ostensiblemente y á la faz de todos, no merece los elogios que aquel, que pudiendo obrar sin mas testigos que su propia conciencia, no se aparta, sin embargo, del estrecho camino del deber. En el primer caso, hay motivos para sospechar que, junto al amor que por el bien se siente, existe el temor á la censura; en el segundo, el amor al bien es la causa única, aparente y real de la rectitud en las acciones. Así consideradas las cosas, es preciso convenir desde luego, en que Lincoln, honrado leñador, es mas digno de elogios que Lincoln, honrado presidente de la República.

Quede sentada esta teoría para estímulo y recompensa de muchos, muchísimos obreros que, sin obtener alabanza alguna, oscuros é ignorados, cumplen sus deberes sin otro móvil que el amor á ellos. No importa que la sociedad, esa sociedad que se desdén de mirar hacia abajo, pase de largo sin contemplar un instante tamaños ejemplos de virtud y abnegación. Sobre la sociedad, que se cree, en su nécia vanidad, superior á todo, está la conciencia, y sobre ambas, aquel Juez supremo, justicia por escelencia, que dá á cada uno segun sus obras y merecimientos. Adelante, pues, camino de la virtud, que la virtud es lo único inmutable y verdaderamente grande en el mundo. Todo lo demás es humo, que puede complacer á los espíritus poco adelantados; pero que, bien examinado, queda reducido á nada. Vanidad de vanidades, como dice el libro de los libros.

MANUEL CORCHADO.

(Se continuará.)

## ITALIA.

Hace algunos años hemos tenido el singular placer de visitar la parte central y meridional de Italia. Causas ajenas completamente á nuestra voluntad, nos impidieron recorrer la region septentrional de la poética Península, que no es, segun nuestras noticias, menos interesante y bella que las visitadas por nosotros.

Bajo cualquier punto de vista que el viajero considere á Italia, la encuentra grande, interesante y magnífica. Ya sea bajo el aspecto histórico, ya bajo el artístico; ora considerándola geográfica y climatológicamente, ora estudiándola como país productor (agrícola, industrial y mercantilmente hablando), bien examinándola bajo el triple aspecto de la política, de la legislación y de la filosofía, bien por el prisma social y religioso, qué país en la historia del mundo nos ofrece un campo tan extenso, importante y variado como el que á los ojos del historiador y del filósofo, del artista y del hombre de ciencia, del economista y del hombre de gobierno, presenta ese pedazo de cielo caído sobre las poéticas y magestuosas ondas del Mediterráneo? ¿Qué país de historia tan brillante, de caracteres tan artísticos, de cielo tan esplendoroso, de legislación tan sabia, de agricultura tan perfeccionada y rica, de monumentalidad tan sorprendente y grandiosa; qué país, en fin, existe en donde hayan tenido, además, lugar acontecimientos tan

supremos y trascendentales en todas las épocas históricas, como el que lleva por epigrafe el presente artículo?

Historia, ciencia militar, política, legislación, artes, literatura, música, oratoria, poesía; todo esto ha brillado, pero brillado sin rival, en el suelo encantador que parece haber sido fabricado por las manos de la Providencia, con los materiales mas esenciales y escogidos que su divina mente preparara, como para que sirviese al mundo de depósito, en donde pudiera encontrar en cualquier tiempo todas las fórmulas, tipos y modelos que la satisfacción de sus múltiples necesidades y aspiraciones diversas requiriese.

Además de todo esto, Italia viene á ser, si así puede decirse, la patria natural del genio. Allí han nacido ó se han formado capitanes tan esclarecidos como César y Napoleón; historiadores tan ilustres como Tácito; políticos tan grandes y profundos como Maquiavelo; legisladores y filósofos tan sabios como el español Séneca; artistas tan sublimes como Rafael y Miguel Angel; literatos y poetas tan distinguidos y admirables como el Dante; eminencias musicales tan inimitables como Bellini, Rossini y Donizetti; oradores tan grandilocuentes como Cicerón; y, en fin, hombres de ciencia tan notables como Galileo. En todos los ramos del saber humano y casi en todas las épocas, como acaba de verse, lo mas escogido, lo mas selecto, lo mejor.

Y para que en este país todo se agrandioso y sorprendente; para que todo responda á su maravillosa historia, acaba de realizarse en él el prodigio político mas grande de los tiempos modernos: su admirable unidad. Nosotros no creemos que haya nada en la historia política del universo que pueda igualarse á la unidad de Italia, bajo el punto de vista de la facilidad, unanimidad y rapidez con que se ha llevado á feliz término.

A pesar de que con la unidad se han sentido lastimados muchos intereses, perjudicadas muchas poblaciones; burlados muchos cálculos, destruidos muchos planes, fracasados muchos proyectos; ello es que, salvas algunas pequeñas dificultades y conflictos, la unidad política de la hermosa Península es hoy un hecho consumado, contra el cual creemos que protestarán en vano todas las oposiciones, todas las rivalidades, todos los antagonismos.

Pero observamos que estamos haciendo un artículo político, y ni esa es nuestra misión ni nuestro objeto, ni esas tampoco nuestras intenciones.

Aquí solo tratamos de estampar las impresiones que hemos recibido al recorrer á la ligera la tierra clásica de Italia, y consagrar de paso un recuerdo á la noble matrona de la historia, cuyo augusto y magestuoso continente no puede menos de inspirar respetuosa admiración á los que, como nosotros, han tenido la fortuna de apreciar de cerca sus glorias y grandezas, sus inmortales caracteres y sus magníficos é imperecederos monumentos.

Entre las mas bellas y notables particularidades que esmaltan, por decirlo así, el clásico suelo de Italia, sobresale, á no dudar, el gran número de poblaciones de primer orden que le hermosean y embellecen.

Quizá no haya nación alguna de la magnitud y población de la Península itálica, que cuente tantos y tan magníficos centros donde la naturaleza y los recuerdos históricos, las artes y las ciencias, la ilustración y los adelantos modernos, unidos en fecundo y fraternal consorcio, hayan acumulado tal suma de encantos y bellezas, como las que brillan en Turin y Milan, Venecia y Génova, Florencia y Liorna, Roma y Nápoles.

De Turin, Milan y Venecia no nos ocuparemos, pues son poblaciones que conocemos por referencia únicamente.

De los otros cinco grandes centros, Roma es el que mas nos ha impresionado. Pero, ¿qué podremos decir nosotros de Roma, de esta ciudad tan grande en todo, tan interesante bajo el triple punto de vista del arte, de la religion y de la historia? ¿Qué podremos nosotros añadir que sea digno de fijar la atención de nadie, después de las numerosas y elocuentes descripciones que de esta población maravillosa han hecho plumas tan sobresalientes como las que en diversas épocas se han ocupado en referir su prodigiosa historia, su clásica grandeza, su excepcional fisonomía y sus

gloriosos y sin iguales monumentos? Allí no se da un paso sin encontrar restos eternos, eternas muestras de su antigua grandeza y poderío; no se vuelven los ojos á ninguna parte sin que les salgan al encuentro señales inequívocas de la pretérita existencia de un poder político, único en la historia por su grandeza, influencia, extension, duracion y cosmopolitismo.

Pero es forzoso visitar á Roma para apreciar, en parte al menos, toda la colosal grandeza del poder romano; es preciso, con la guía á la vista, recorrer detenidamente sus augustas ruinas, y desde lo alto del Coliseo ó bajo el magestuoso pórtico del Panteon de Agrippa, evocar las sombras de aquellos géneos gigantes, que con el triple poder de sus armas, de sus leyes y de sus costumbres, avasallaron por tantos años al antiguo mundo; es necesario, teniendo delante de los ojos la gigantesca civilización romana, traducida en imperecederos monumentos de granito, recordar que aquellos hombres, autores de tantas maravillas artísticas, ó inspiradores de ellas por lo menos, y esto en una época tan atrasada y remota, fu ron tambien los que realizaron el prodigio de la unidad geográfica, militar y administrativa del mundo; los que, durante un período considerable de años, supieron mantener á todo el universo entonces conocido en octaviana paz, después de haber enriquecido su existencia política con el inestimable beneficio de la idea unitaria, administrativa, social y filosófica.

Al hablar de Roma, no es posible dejar de decir algo del templo de San Pedro, esto es, del monumento que mejor caracteriza á la ciudad católica por antonomasia.

La primera vez que el que escribe estas líneas penetró en su inmenso recinto, no experimentó, si ha de hablar francamente, esa sensación religiosa que se apodera de todo nuestro sér cuando nos encontramos bajo las aéreas bóvedas de catedrales, como la de Toledo ó Sevilla.

La línea horizontal de la arquitectura greco-romana, por su falta de esbeltez, ligereza y gallardía, ó por otras causas de que los profanos al arte no sabemos darnos acabada cuenta, no produce en nosotros ese encanto místico que la forma ojival de nuestras, bajo este aspecto, incomparables catedrales góticas, nos causa. Así es que, cuando uno se halla bajo las soberbias y macizas bóvedas de San Pedro, ó bajo los riquísimos artesonados de San Pablo, mas que en un templo católico cree uno encontrarse en un espléndido museo, en donde las Bellas Artes todas á porfia se gozaran, digámoslo así, en derramar á torrentes los inagotables tesoros de sus primorosos encantos.

Pero este artículo se va haciendo demasiado largo, el espacio de que podemos disponer es corto, y, por otra parte, la índole de esta clase de escritos, no se presta á que entremos en minuciosos detalles sobre un asunto que necesitaría extensos volúmenes para ser tratado digna y concienzudamente, y además otra pluma algo mejor cortada que la nuestra. Así, pues, procuraremos condensar, en las dos ó tres cuartillas de que podemos disponer, las reflexiones que el admirable país de que nos estamos ocupando nos sugiere y las conclusiones que naturalmente se desprenden de todo lo que dejamos consignado.

Italia está dotada por la naturaleza de condiciones envidiables; su posición geográfica entre dos mares, el Mediterráneo y el Adriático, y su especial configuración en forma de bota de montar, hacen sus comunicaciones, tanto interiores como litorales é internacionales, fáciles, baratas y cómodas; y la reciente apertura del canal de Suez le proporcionará además, si sabe aprovechar su suerte, un lugar preeminente en la escala de las naciones mercantiles, industriales y agrícolas.

La agricultura en Italia se encuentra, á juzgar por lo que nosotros hemos observado, en un estado floreciente, máximo en las regiones toscana y lombarda.

La navegación mercante, segun las estadísticas, aumenta, y por consiguiente el comercio.

La industria es considerable y florecerá, como no puede menos, al compás de los otros ramos de riqueza.

Ahora bien: historia brillantísima; suelo y cielo inmejorables; posición geo-

gráfica excelente; industria, navegación, comercio y agricultura prósperos; tradiciones artísticas sublimes; unidad política realizada con una facilidad asombrosa, lo que prueba que todos los elementos que la constituyen estaban perfectamente preparados para ella. Ahora bien, volvemos á decir: ¿qué le falta á Italia para llegar á ser en corto tiempo una nacionalidad gigante y poderosa? ¿Las costumbres públicas acaso?—Entonces, mírese á tiempo en el espejo de la Francia; pero mirémoslos todos, y nos ahorraremos tardíos desengaños é irremediables decepciones.

F. VALDÉS HEVIA.

Madrid 11 de Octubre de 1870.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### LAS PASIONES DE UN GRAN REY.

#### I.

#### Catalina de Aragón.

1503—1532.

En la veloz carrera de los años, vemos á veces acontecimientos cuyo origen oscuro y hasta desconocido, nos hace perder en conjeturas acerca de las causas que los han promovido. La mas pequeña causa produce en algunas ocasiones los mas grandes efectos, y bien sea ley de la fatalidad ó hijo de circunstancias imprevistas, mas de una de las grandes revoluciones sociales que han conmovido el mundo, han dimanado de causas tan insignificantes, que ni aun los mejores políticos, las han considerado con su verdadera apreciación para poder combatir sus resultados. Casi siempre las grandes pasiones de los gobernantes hacen sentir sus efectos á la nación cuyos destinos dirigen: el amor ó la ambición han sido siempre la causa primordial del espíritu guerrero-caballeresco de los antiguos reyes de la Edad Media. Reminiscencias de estas costumbres quedaron en todas las naciones á pesar del tiempo y de los progresos de la civilización. En el siglo XVI, Inglaterra, una nación eminentemente católica, sufre un gran cambio á impulsos de la desordenada lascivia de su rey. Examinaremos, aunque rápidamente, el estado de este reino, á principios de dicho siglo, cuando subió á ocupar su trono Enrique VIII.

Tras la sangrienta guerra de las *dos Rosas*, que terminó en 1485 con la batalla de Bosworth, en que pereció el usurpador Ricardo III y quedaron vengados los inocentes hijos de Eduardo, Enrique VII consiguió la fusión de las dos ramas que aspiraban al trono, en su enlace con la princesa Isabel. La casa de York y la de Lancaster, con su unión, fueron el principio de la dinastía Tudor, cuyos reyes habían de legar á la nación las guerras religiosas de que fué teatro nor espacio de cerca de dos siglos. Enrique VII, cuya pasión dominante era la avaricia, solo buscaba en las guerras, tanto civiles como extranjeras, un medio de enriquecerse. Atropellando las leyes que el mismo promulgaba y los derechos que concedía á sus súbditos, fingía atender á sus reclamaciones, y hasta se valía de otros medios, para obligar á su pueblo á que se levantara y tener así un pretexto para oprimirle mas y mas, haciendo pasar su oro á las ya henchidas arcas reales. La crueldad reemplazaba á la avaricia, cuando no veía en la persona en la que fijaba sus ávidas miradas otra cosa que talento ó esclarecida nobleza. Así hizo subir al cadalso al joven conde de Warwick, último vástago de la valiente raza de los Plantagenet. Inspirado siempre por el afán de atesorar, concertó el matrimonio de Arturo, príncipe de Gales, con Catalina de Aragón, hija de los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, solo por el dote de doscientas mil coronas de oro que le habían señalado sus padres. Tan efímera unión, pues el príncipe solo contaba doce años, dió por resultado la muerte de éste á los cuatro meses de celebrado el matrimonio, atribuido, según algunos, á concusión, y según otros á los rigores de invierno que el débil temperamento del príncipe no pudo resistir. Catalina de Aragón quedó viuda y virgen, debido á la prescripción de los médicos, que aconsejaron á su esposo la tratase como á una hermana, absteniéndose de usar de sus derechos. Era natural que volviese al lado de sus padres, puesto que ningún lazo la ligaba ya á la corte de Enrique VII; mas éste, para no tener que devolver la dote, propuso á D. Fernando casarla con su hijo Enrique, declarado príncipe de Gales á la muerte de su hermano Arturo. Fácilmente convino el político D. Fernando á esta nueva unión, porque le interesaba sobremanera el ver sentada á su hija en el trono de Inglaterra; así fué que previas las bulas que excomulgó el Papa Julio II dispensando el parentesco, se celebró el nuevo desposorio el 25 de Junio de 1503. Seis años después falleció Enrique VII, y ya cansado el pueblo de su opresor gobierno, saludaba con júbilo el advenimiento al trono de su sucesor Enrique VIII. Caledónase en ochocientos millones de libras esterlinas lo que dejó en las arcas reales, suma considerable que nunca había poseído el Tesoro inglés, y que al enriquecer á la nación representada en su monarca, empobreció á la misma nación que era sus vasallos.

A un rey, con circunstancias que le hacían tan poco apreciado de su pueblo, sucedió un joven cuyo retrato vamos á transcribir, según lo

hace un historiador, (Michelt).—«Era uno de los príncipes mas bellos de su época; su figura reproducía el tipo anglo-sajón, pues tenía la frente unida, las cejas arqueadas, los ojos de un azul claro, el rostro guarnecido de una barba rubia, las espaldas anchas y las manos de mujer: á su vista conocíase que tomaba de su persona un extremado cuidado; su gorra de terciopelo, adornada con una pluma de avestruz, se inclinaba hácia la oreja con coquetería; su capa caía sobre sus hombros á la moda española, y su jubón apretaba fuertemente su cuerpo. Enrique gustaba de la seda, del terciopelo, y de los colores vistosos; era citado como uno de los mejores ginetes de Inglaterra, y se distinguía en todos los ejercicios del cuerpo; ya en la caza, en la que cansaba hasta diez caballos; ya en el juego de bochas, en el que ganaba al jugador de mas puntería; ya en el de pelota, que sabía despreciar con admirable destreza; ya en el tiro de ballesta, en el que raras veces erraba el blanco. Al divisarle en medio de la multitud de jóvenes caballeros que formaban su séquito acostumbrado, era imposible no reparar en la salud y en el vigor que se pintaban en su tez, en sus modales fáciles, en su marcial actitud; sin embargo, mirándole de cerca observábase en él cierta impaciencia febril que se manifestaba por movimientos áspers; como su padre, no podía mirar cara á cara á los que se le acercaban; sus ojos se habrían incesantemente, y brusco y fantástico, contestaba con monosílabos á los largos discursos con que le aburrían.»

Este era Enrique VIII que con tan recomendables cualidades, hijas de la educación clerical que había recibido, hubiera llegado á ser el ídolo del pueblo, si sus pasiones no le hubiesen convertido en un monstruo de crueldad, al que no vacilan algunos historiadores modernos de calificar con el dictado de Tiberio inglés. Dotado de un admirable talento, era un teólogo profundo, un hábil compositor y el primer humanista de su reino. Destinado á la Iglesia cuando aun vivía su hermano, pues la avaricia de su padre quería dotar á su hijo segundo á expensas de la nación, con el primado de Inglaterra; sus ideas religiosas eran las mas puras y hasta si se quiere fanáticas. El mismo que fué el promotor de la reforma, había antes combatido las doctrinas de Lutero en un magnífico opúsculo que mereció la probación de la Europa católica, que llevaba por título: *Asterium septem sacramentorum contra Martinum Lutherum, ó sea Defensa de los siete sacramentos contra Martín Lutero*. Todo era buen augurio al feliz Enrique, pues principiaba su reinado ganando las dos célebres batallas de Guinegate, ó de las Espuelas, llamada así porque en ella la caballería francesa hizo mas uso de aquellas que de los hierros de sus lanzas; y la de Flodden á los escoceses, ambas en 1513, en 16 de Agosto la primera y 9 de Setiembre la otra. Todo era próspero al nuevo rey, y su reinado hubiera sido una nueva página de gloria en la historia, si su sensualidad, vivamente excitada, no le hubiese hecho desconocer las virtudes de su esposa, y admirar solo la belleza de una de sus damas, de Ana Boleyn, que contestó á las galantes pretensiones de Enrique, aquellas conocidas palabras:—Soy demasiado para ser vuestra querida, poco para ser vuestra esposa.—Catalina de Aragón llevaba á su esposo diez años de edad, pero sus virtudes, su amabilidad y generosos sentimientos la hacían digna de ser la compañera de un rey tan poderoso como Enrique VIII. La religiosidad del rey había aumentado los piadosos sentimientos de su esposa, que era un verdadero modelo de ascetismo. Dedicada continuamente á prácticas religiosas, las mismas costumbres cristianas que antes había aplaudido y ensalzado Enrique, contribuyeron á que mirase con desprecio á una reina que no bailaba y cantaba como su dama, y que nunca vestía, como aquella, elegantes y provocativos trages, por no abandonar su sayal franciscano. El rey caustico, el rey teólogo sintió despertarse en su conciencia los escrúpulos por su unión con Catalina, al abrir un día la Biblia y leer el versículo 16 del capítulo XVIII del Levítico que dice: «No descubriéis á la mujer de vuestro hermano lo que debe estar oculto, porque carne es de vuestro hermano.» Estas palabras de la ley de Moisés acrecentaron los deseos de poseer á Ana Boleyn legítimamente, y aunque sabía muy bien aquel otro punto de que se trata de lo mismo en el capítulo XXV, versículo 5 del Deuteronomio que tambien dice:—«Cuando dos hermanos vivan juntos y muera alguno de ellos sin hijos, la mujer del difunto, no casará sino con el hermano de su marido, el cual la tomará por esposa y dará hijos á su hermano:» se atuvo á lo primero, y principió á concertar lo que él llamaba *negocio secreto*. Wolsley, ese faustoso prelado pero hábil político, aunque en un principio apoyaba la opinión del rey acerca de su ilegítimo matrimonio, y fundada razon con que solicitaba de la Santa Sede el divorcio, mas tarde, comprendiendo los extraños cambios que sobrevendrían á la nación por mudar el rey de esposa, llegó hasta pedir á éste de rodillas (lo que tal vez fué su perdición), no realizase su matrimonio con Ana Boleyn. Atendida por Clemente VII la petición del rey de Inglaterra, nombró por legados pontificios para examinar la causa del divorcio á los cardenales Wolsley y Campeggio, que abrieron su tribunal citando á él á los reyes, que contestaron primero Enrique á la ordinaria intimación del bedel pronunciada en latin:—*Henrice Anglorum rex adesto in curia. Adsum*, contestó el rey saludando; y al repetir la fórmula de: *Catalina Anglorum regina adesto in curia*, ésta en vez de contestar se levantó de su asiento y echándose á los pies del rey, como-

vida y sollozando le habló en estos términos.

—«No soy mas que una pobre mujer, una extranjera en vuestros dominios, y no me es dable esperar ni buenos consejos, ni jueces imparciales; pero, señor, he sido por mucho tiempo esposa vuestra, y deseo saber en qué os he ofendido. He sido vuestra consorte durante veinte años y mas; habeis tenido de mí varios hijos; siempre he tratado de complaceros, y en los primeros dias de vuestra unión os convencísteis, apelo de ello á vuestra conciencia, de que mi matrimonio con vuestro hermano no llegó á consumarse. Nuestros padres tenían fama de ser los príncipes mas sábios de su siglo, y rodeábanlos prudentes consejeros y eruditos causticos; de modo que debo creer en la justicia de su opinion. No puedo, pues, someterme al tribunal, y mis abogados, que son vuestros súbditos, no pueden hablar libremente en favor de mi causa.»

No pudo continuar, porque copiosas lágrimas se le impidieron, sin embargo que expresó su formal apelación al tribunal del Pontífice.

Demasiado comprendió Enrique la poca justicia de su demanda cuando no acudió al tribunal del Papa, que por sí ó por representante le intimaba la comparecencia. Recurrió entonces á la opinion de las Universidades de Europa, donde se consideraba la existencia de todas las ciencias; porque á éstas se les podía ganar mejor que al Papa y al Sacro Colegio, escudados por el invicto emperador Carlos V. Este consejo, sugerido por Tomás Cranmer, doctor de la Universidad de Cambridge que despues consiguió gran privanza, valió á su autor la hoguera cuando María Tudor, hija de Enrique y de Catalina, ocupó el trono. Fallaba, empero, la sanción de la Santa Sede, á la opinion de la mayor parte de las Universidades, que pronunciaron el fallo de *si ha lugar al divorcio*, despues de haber sido intimadas para ello ó veníndose vergonzosamente. Enrique mandó á Roma al mismo Cranmer y al conde de Wiltshire, padre de Ana Boleyn. El emperador Carlos, presente á la recepción de los embajadores, apostrofió al conde, que iba á hablar.—«Deteneos, exclamó con indignación, dejad hablar á vuestros colegas; vos sois parte interesada.»

La oposicion del Papa era evidente. Enrique se hallaba indeciso sin saber qué partido tomar, á pesar de su voraz deseo, que le incitaba á atropellar por todo y hacer suya á la hermosa Ana; cuando Tomás Cromwell, digno antecesor del feroz protector, inició al rey, en una audiencia que le había pedido, de los medios que podía emplear para eludir la autoridad del Papa. Estos no eran otros, mas que negar al sucesor de San Pedro la supremacía religiosa que le concedían todos los monarcas, y declararse el jefe de la iglesia Anglicana, primer paso que conducía á adoptar las doctrinas del reformador Lutero, el mismo que las había impugnado. Despues de varios debates sobre esta idea, que se había discutido en las Cámaras, propuesta por Cromwell, miembro de la de los Comunes, con el asentimiento del rey y valiéndose de medios coactivos para obligar al clero, reconoció éste á Enrique VIII como jefe supremo de la Iglesia en 22 de Marzo de 1531, con la restricción *quantum per lege Christi liceat, en cuanto lo permite la ley de Cristo*. Este cambio, que lo allanaba todo á los deseos del rey, surtió deplorables efectos, sin que ni aun pudiese escapar á sus consecuencias la misma Ana Boleyn, causa de la situación en que había colocado á un gran rey y á un pueblo digno de mejor suerte.

#### II.

#### Ana Boleyn.

1532—1536.

Día desgraciado es para un pueblo aquel en que abandona la religion de sus padres. La revolución de ideas conseguida en un cambio semejante, es el caos en que se estrella la civilización y donde los mas atinados políticos sucumben al t. astorío general, que son las subsiguientes consecuencias en que caen los mas apreciables intereses de la nación que se halle en este caso. Sin apelar á otro ejemplo, nos remontaremos solo á los tiempos antiguos y veremos al pueblo de Israel, que por un momento olvidó á su Señor, presa del mas espantoso desorden y castigado por las justas iras de su Dios.

Inglaterra, nación floreciente, que por amor á sus reyes se hizo cómplice en su apostasía, tuvo que expiar su falta y sufrir que ese mismo rey que tanto amaba, se convirtiese en verdugo y derramando la sangre á torrentes fuese ciego instrumento de la justicia de Dios.

El cambio de religion trajo el de política, pero como nuestro objeto no es seguir los pasos de una ni de otra, y solo sí exponer la causa que lo produjo, nos limitaremos á hablar solo de Ana Boleyn.

La familia de este apellido, originaria de Francia, se había establecido en Londres por los años de 1443 á 1447, siendo su jefe Gofredo Boleyn, el director principal de la compañía de mercaderes franceses en aquella capital. A pesar de contar los antepasados de Ana algunas generaciones de nacionalidad inglesa, existía en la familia grandes afecciones por el país de que procedían. Así es que, Tomás Boleyn, conde de Wiltshire, y caballero de la Orden del Baño, enlazado con Isabel Howard, hermana del conde de Surrey, que por la victoria de Hodden fué nombrado duque de Norfolk; consiguió la embañada de Francia, gracias á los encantos de su mujer, que por su belleza era uno de los ornamentos de la corte. Ana pasó sus primeros años en París, galanteada por Francisco I, del que al-

gunos han llegado á suponer fué querida, por lo que su educación y sus costumbres fueron puramente francesas. Los retratos que existen de esta célebre mujer é infortunada reina, debidos casi todos al pincel del Holbein ó de sus mejores discípulos, nos la representan un tipo verdaderamente francés, con fisonomía expresiva, ojos negros y rasgados y formas perfectísimas. Además se sabe por los escritores de su tiempo que han hablado de ella, que la dulce mirada de sus negros ojos expresaba tanta pasión, que encendía el amor aun en los corazones mas insensibles. Poseía tal gracia y viveza en su conversación y usaba una coquetería tan incitante, que era el ídolo de todas las sociedades, á mas de que su talento, muy bien cultivado, la permitía el componer versos bastantes regulares, tocaba la flauta, el violín y el laúd, en el que se acompañaba las baladas que ella misma improvisaba. Pero en lo que estaba inimitable, encantadora, era en la danza, bailando con tanta gracia y donosura, que solo tuvo que verla una vez Enrique VIII para quedar prendado de tantos encantos.

La caída de Wolsley sirvió de encubrimiento á la ambiciosa Ana. Este sagaz ministro parecía haber previsto los grandes males de que sería causa la que anhelaba sentarse en el trono de Inglaterra y de los que ella misma sería víctima espiatoria. El amor de Enrique, mal decimos, su apasionado deseo, no se vio satisfecho hasta hacer su esposa de la que ya era su querida. Despues de haberla creado marquesa de Pembroke, para tranquilizar su conciencia se desposó con ella el 14 de Noviembre de 1532, siendo testigos de esta unión, que se celebraba fuera del gremio de la Iglesia católica, Narris y Honage, gentiles-hombres de cámara, y Ana de Sauvage, da a de la nueva reina.

Toavía quedaban en Inglaterra partidarios del antiguo régimen, aun eran los ingleses católicos de corazón, á pesar de haberse declarado su rey jefe supremo de la iglesia anglicana, rebelándose con este acto contra el poder del romano Pontífice, del que antes había sido principal defensor. Cranmer, promovido al arzobispado de Cantorberry, y por consiguiente, al primado de Inglaterra, se arrogó la facultad de declarar nulo el matrimonio de Enrique con Catalina de Aragón, consolidando el que había contraído con Ana Boleyn. Graves cuestiones se suscitaron con la Santa Sede, que obraba impulsada por Carlos V, que quería ver á su tia repuesta en el trono. Enrique, despreciando la intervención que Francisco I le había ofrecido para con el Papa, arrojó á éste el guante, declarando á su hija Isabel que Ana había dado á luz el 7 de Setiembre de 1533, princesa de Gales y heredera del trono en perjuicio de su hija María, en quien residía mayor y mas legítimo derecho. Todo esto, como era de esperar, causó grandes trastornos en el reino. Inglaterra es definitivamente protestante, y ¿por qué? Por la belleza de una mujer que, desprovista de todo sentimiento tierno y generoso, solo abrigaba en su corazón ambición y sed de placeres. Aquí principian las arbitrariedades de un rey que, menos dominado por la sensualidad, hubiera sido la gloria de su nación; ahora solo vemos en él un déspota digno de que se abomine, de que se execre su memoria.

Las Cámaras habían promulgado un bill, declarando heredera del trono á Isabel, hija de Ana, por reputar á María, hija de Catalina de Aragón, incestuosa é indigna de reinar. Los grandes dignatarios del reino, hombres de conciencia y religion, se opusieron á prestar el juramento de reconocimiento que de ellos se exigía. Entonces Enrique llevó su pasión hasta el crimen, atropelló todo derecho, falseó las leyes del país, y prostituyendo los tribunales, dió al pueblo, como espectáculo de su suprema voluntad, infinitas víctimas, que, cargados de servicios mal recompensados, iban á concluir su vida á Tyburn (1), como reos acusados de alta traición, cuando solo se les podía reputar de fidelidad y nobleza. Una de las primeras víctimas de tan sanguinario despotismo, fué el venerable anciano Fisker, obispo de Rochester, al que no pudo salvar, ni la púrpura cardenalicia de que había sido investido poco antes por Paulo III. El hombre mas eminente que había en Inglaterra en aquel tiempo, el célebre canciller Tomás More, siguió en breve al prelado al ignominioso patíbulo. Relevado de su cargo por petición propia, le reemplazó lord Andley, se retiró á su modesta casa de campo á terminar sus dias con la tranquilidad de su conciencia en compañía de su amada familia. Allí fué á buscarle Enrique, convencido de que el asentimiento de tan grande hombre sería la mejor salvaguardia que podría desear para defender su arbitrariedad política. More no era hombre que vendiese su conciencia, por mas que fuese un poderoso monarca el que se la comprase, así fué que se negó á prestar el juramento que de él se exigía. Esta conducta, que en otra ocasión hubiera apreciado Enrique en lo que valía, le condujo al patíbulo, al que subió con grande alegría y tranquilidad de alma. Su fin, comparado al de Sócrates por el historiador Hallam, llenó de vergüenza á los que antes habían sido sus enemigos, que tributaron al virtuoso More los elogios que su lealtad merecía.

Otro hecho de vandálico poder resaltó en el reinado de Enrique VIII. Nos referimos al despojo de los conventos y monasterios, cuyos bienes, declarados por un bill de 4 de Marzo de 1536

(1) Tyburn era el sitio donde se ejecutaban los criminales en Londres; Allí murieron More y otros célebres personajes confundidos con los verdaderos malhechores.

como propiedad real, producían al Tesoro, á pesar de sus grandes desmembraciones, la exorbitante suma de doscientos millones de francos de renta anual. Los historiadores que han defendido el reinado de Enrique VIII, excusan á este rey con una bula que recibió del Papa autorizándole para ello. Pero si semejante bula ha existido, solo fué la que consiguió el cardenal Wolsey concediendo la secularización de cierto número de monasterios, para consagrar sus rentas á la creación de nuevos colegios en Oxford é Ipswich. Así sucede siempre, los fines laudables se convierten en dilapidaciones de avares monarcas ó viles ministros.

La virtuosa Catalina de Aragón terminó sus sufrimientos á los cincuenta años de edad en el palacio de Kimbolton, en el condado de Huntingdon. Su última carta, dirigida al rey, principia con las cariñosas frases de «su querido rey, señor y esposo» y termina su último adiós con palabras que ponen una vez mas en relieve la belleza de su alma.—«Os protesto, dice, que en el momento en que mis ojos van á cerrarse para siempre, mi único deseo sería fijarlos en los vuestros.» Su cuerpo fué sepultado en la abadía de Peterborough, y ni aun despues de su muerte la implacable Ana perdonó á su inocente víctima, presentándose vestida de amarillo á sus damas, á pesar de la orden que habia dado el rey de que la corte vistiese de luto, y diciéndoles con altanería.—«Al fin soy reina:»—expresion que pagó bien cara, pues tres meses despues el rey encargó á una comision, compuesta del lord gran canceller Andley, del duque de Soffolk cuñado del rey; del conde de Wiltshire, padre de Ana; del duque de Norfolk, su tio; y de otros grandes personajes, para que se reuniesen en Westmeister á examinar los cargos dirigidos contra la reina, secretamente acusada de adulterio con Brereton, Narris y Weston, gentiles-hombres de cámara, y con Smeaton, nuncio del rey, y de incesto con su hermano el vizconde de Rochford. Tan villana acusacion partia de su propia cuñada lady Rochford, de cuyo fin tendremos ocasion de hablar al tratar de la quinta esposa de Enrique VIII. El amor de éste se habia trocado en indiferencia. Para él Ana Boleyn no era mas que una mujer acusada de un delito que exigia de los jueces de su reino se castigase siempre con severidad. El 2 de Mayo de 1536 fué conducida á la Torre de Londres, y el 15 del mismo mes compareció ante un tribunal compuesto de 27 miembros de la alta cámara, entre los que se contaba á mas de su padre y de su tio, que ya habian sido nombrados para para el examen de cargos, lord Percy, conde de Northumberland, único hombre que la habia amado de veras, quizá tambien el único por el que ella sintió una verdadera pasion. Este noble caballero no pudo resistir la presenca de la mujer de su exclusivo amor, acusada de tan grave delito, y no encontrándose con fuerzas para condenarla, se levantó de su asiento y abandonó el tribunal tan luego como Ana compareció en el salon. Vivamente afectado se retiró á su casa, falleciendo algunos meses despues á causa del gran pesar que le ocasionara aquel acontecimiento.

Declarada Ana culpable, fué condenada por mayoría del tribunal á la última pena, siendo elegida la clase de muerte entre la decapitacion y la hoguera, por el mismo rey que tenia que confirmar la sentenencia. Sus pretendidos cómplices Narris, Weston, Brereton y su hermano el vizconde de Rochford, fueron condenados á ser desuartizados vivos, Smeaton ahorcado por su calidad de plebeyo.

Algunos historiadores afirman, que el propio padre de Ana votó su muerte; esto no ha podido justificarse, y es además repugnante á la naturaleza el creer semejante accion en un padre. Pero en lo que no cabe la menor duda, y está testificado por los anales de Melonchton y por el historiador Fleury, es que el conde de Wiltshire continuó formando parte del tribunal que presidia su cuñado el duque de Norfolk que no tuvo inconveniente en ser el primero que dió el voto de muerte contra sus sobrinos. En 19 de Mayo, cuatro dias despues que Ana compareció ante sus jueces, su hermosa cabeza rodaba sobre el cadalso. Sus postreras palabras casi vienen á ser una declaracion de culpabilidad, ó á lo menos de justicia.—«Buen pueblo cristiano, dijo á los asistentes, voy á morir para cumplir la ley: á nadie acuso, ni aun á mis jueces. Salve Dios al rey y concedádele un largo reinado, pues es un noble príncipe y el mas generoso de los hombres: siempre fué para mí dulce y tierno. ¡Qué Dios me perdone!»—Sus cómplices habian sido ejecutados el dia antes, llenando al pueblo de horror con los atroces tormentos que los hicieron sufrir para darles muerte. Dos siglos despues el pueblo de París tenia que presenciar igual espectáculo con la muerte del regicida Damiens.

La culpabilidad de Ana Boleyn, puesta en duda por algunos, concedida por otros, y aegada por la mayor parte, solo sirvió para que por su triste fin se tuviese un ejemplo mas de las consecuencias que suele tener la desordenada ambicion.

Catalina de Aragón ya no vivia, pero con la deshonra y la muerte de su rival quedaba en demasia vengada. Enrique VIII vengó tambien en parte los ultrajes que aquella buena y santa reina habia sufrido de la orgullosa Ana Boleyn, afectando el mayor desprecio por su muerte, vistiendo de blanco el dia de su ejecucion, y partiendo á caza tan luego el cañon de la Torre le anunció que aquella cabeza, poco antes tan querida, habia sido separada de su tronco.

SALVADOR M. DE FABREGUES.

(Se continuará.)

## INFORME

DADO A LA JUNTA DE ESTADÍSTICA SOBRE EL MODO DE FORMAR LA ESTADÍSTICA PECUARIA, Y REDACTADO POR EL VOCAL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON AGUSTIN PASCUAL.

Hasta el dia 7 del mes de Enero próximo pasado no remitió á esta Junta el ministerio de Estado los datos relativos á la estadística pecuaria de Suiza, y cuando se trata de establecer en España un punto de partida en tan importante ramo, hubiera sido ligereza imperdonable sacrificar el acierto á la brevedad, no consultando la historia del país por excelencia ganadero.

Ya se habia confesado la necesidad de tal estudio en la ilustrada nota que precede al presente informe, que con perseverante actividad la direccion de trabajos de oficina en su dia y V. E. á su vez, habian insistido en que nuestros agentes diplomáticos reunieran los reglamentos, instrucciones, bandos y cédulas expedidos desde el siglo pasado en los diferentes cantones de la Confederacion helvética, á fin de conocer por ellos el estado y porvenir de la ganaderia. Los resultados han correspondido á tan previsoras intenciones, porque la variedad administrativa, que, bajo la unidad política, impera en aquella parte de Europa, ha creado un arsenal de ensayos y experimentos muy superior, como guia y enseñanza, á cuanto se ha hecho en los demás pueblos civilizados. Los problemas de la estadística pecuaria pueden ya resolverse en sentido científico y utilizar España tambien bajo este aspecto las ventajas, que proporcionan los renamientos, tras largos años de desgracias é infortunios.

Dos partes comprenden los antecedentes que debe examinar el vocal que suscribe, en cumplimiento de lo dispuesto por V. E.; contiene la primera lo que es la estadística pecuaria en España, y se refiere la segunda á lo que debe ser, atendidas las exigencias del siglo.

Nutrida de hechos la primera parte, siempre crítica, jamás dogmática, representa el pasado de la estadística pecuaria y merece, en mi humilde concepto, que se la honre con la publicidad oficial. Que desentrañar marmotretos propios y extraños, establecer comparaciones y llegar á fijar cómputos, es tarea digna de aprecio y estima. Fragmento de la estadística adivinatoria, anuncia el período positivo en que la Junta debe y desea entrar, y á cuyo fin se encamina la direccion de trabajos de oficina. Y para conseguirlo propone que se circule á los ayuntamientos el siguiente interrogatorio: se han de incluir todas las cabezas de ganado que existan en l.º de Setiembre de este año, sea cual fuere su edad y el uso á que se destinen.

Distrito municipal de...—Partido judicial de...—Provincia de...—¿Cuántas cabezas de ganado vacuno hay en este pueblo? ¿A cómo se vende un buey, precio alto con bajo? ¿A cómo se vende una vaca, precio alto con bajo? ¿Cuántas cabezas de ganado caballar hay en este pueblo? ¿A cómo se vende un caballo, precio alto con bajo? ¿A cómo se vende una yegua, precio alto con bajo? ¿Cuántas cabezas de ganado mular hay en este pueblo? ¿A cómo se vende una mula ó macho, precio alto con bajo? ¿Cuántas cabezas de ganado asnal hay en este pueblo? ¿A cómo se vende cada asno, precio alto con bajo? ¿Cuántas cabezas de ganado lanar hay en este pueblo? ¿Cuántas cabezas tiene de ganado trashumante? ¿Cuántas cabezas de ganado trashumante? ¿A cómo se vende un carnero, precio alto con bajo? ¿A cómo se vende una oveja, precio alto con bajo? ¿Cuántas cabezas de ganado cabrío hay en este pueblo? ¿A cómo se vende cada macho cabrío, precio alto con bajo? ¿A cómo se vende cada cabra, precio alto con bajo? ¿Cuántas cabezas de ganado de cerda hay en este pueblo? ¿A cómo se vende cada cerdo, precio alto con bajo? ¿Cuántos camellos hay en el pueblo? ¿A cómo se vende cada camello, precio alto con bajo?

Pero como V. E. al dignarse pasar á mi informe el adjunto expediente, tuvo, sin duda, el objeto de saber mi humilde opinion sobre el asunto, yo la expondré con lisura, que nunca es mas grato decir lo que se piensa, como cuando se expone una idea largamente estudiada á personas que son capaces de rectificarla y hallar todo el contenido que comprende.

Dos métodos se han seguido para tener la estadística pecuaria: el registro y el recuento, y á mí, francamente, no me ocurren otros, á pesar de haber pensado mucho sobre el particular.

El establecimiento de libros talonarios con las reseñas del ganado, con la toma de razon de las ventas y permutas, con la cancelacion por muerte, solo prospera en los Estados pequeños y casi exclusivamente ganaderos. Donde el aprovechamiento de pastos es comun, donde la sanidad exige un régimen severísimo, donde existe el crédito patriarcal, donde la sociedad, confundiendo casi con la familia, consigue de un golpe lo que cuesta muchos años alcanzar á los Estados numerosos, ha sido fácil el establecimiento del registro; pero en España seria quizás una quimera, porque, desconociendo la opinion su importancia, se sufragarian de mala gana los cuantiosos gastos que exige. El país se va poco á poco educando, y cuando las comunicaciones equilibran los precios, cuando el capital auxilia al labrador, cuando se extienden las máquinas, cuando el riego fomenta el establecimiento de prados, cuando el aumento de la poblacion facilita las alternativas, cuando, en fin, la propiedad territorial tome todos ó al menos algunos de los caracteres de la propiedad mueble, el establecimiento de los registros pecuarios será la consecuencia de aquellas premisas.

Para que el país vaya aprendiendo á conocer las ventajas de la estadística pecuaria, y para que con el conocimiento auxilie la obra de la ciencia, porque sabido es que lo que no se conoce no se aprecia, el establecimiento de los recuentos periódicos puede ser tarea real, y, por tanto, gloriosa. A emprenderla nos debe animar el ejemplo de varios países cultos, y mas que esto la costumbre propia; que el hábito cuando es bueno es un complemento de la naturaleza. España ha recotado dos veces su poblacion y se prepara á volver á recotarla; conoce ya el método, se ha familiarizado con los medios; lejos de poner resistencia auxilió con las fuerzas que puede prestar un país largo tiempo adormecido; se probó su espontaneidad y no es quimérico esperar que la que dió señales de vida en el recuento de los hombres no las dé tambien tratándose de averiguar el número, especie, sexo, uso y aprecio de los animales domésticos.

El deseo puede cegar, pero con semejantes antecedentes la esperanza no es utópica. El espíritu verdaderamente paternal que despiertan las instituciones modernas, la tendencia á la unidad, el afán de aprender y enseñar serán auxiliares poderosos de una obra, encaminada mas á saber que á inquirir. Si la estadística pecuaria toma carácter científico, si se reviste de la sencillez de su objeto, si se acomoda á una verificacion que se sienta y no comprima, cooperará el país con eficacia, porque hoy la cultura es universal por lo mismo que es humana. Desde luego comprenderá V. E. que el sistema del recuento inmediato, recorriendo cuadra por cuadra, establo por establo y majada por majada, me parece alarmante aunque la conducta de los agentes administrativos desvaneciera hasta la sombra de vejacion.

Hay que confiar en la bondad del hombre, hay que asociarle á la obra del bien, hay que combinar el esfuerzo de todos. No acostumbremos el país á ser suspicaz y contemos con él para las tareas encamiadas á manifestar lo que es y lo que debe ser. El recelo que engendraron los desengaños, debe calmarse con la santidad del fin. Si la estadística pecuaria se propone exponer lo que tenemos y lo que nos falta, si se dirige á recoger datos para dar á conocer las castas útiles confinadas en algunas comarcas, si se encamina á agrupar caracteres, si se ilustra al criador con expresiones numéricas, esto es, verdaderamente estadísticas, el temor al fisco se disminuirá, y con el éxito el recuento irá alcanzando la debida perfeccion.

Preguntar por ahora poco y estudiar exactamente los datos recogidos, es, en mi concepto, la primera regla de conducta. La ganaderia, sujeta á las leyes fatales de la materia, puede estudiarse estadísticamente con mayor facilidad y con mas probabilidades de acierto que aquellos ramos donde impera la espontaneidad del espíritu. Del examen de algunos individuos se abstraen tipos; del

número de hembras y del sistema empleado en la cria se deducen las relaciones de los sementales y productos del precio individual, el corriente en vastas comarcas; del sistema de cultivo el número de pares de labor; del sistema de transportes, el número de parejas de tiro; de los usos, en fin, del gasto, hasta de la moda se sacan medios de comprobacion, tan aproximados como piden las apreciaciones estadísticas, de cuyo variables é incapaces por tanto de aquella estima científica que caracteriza á las verdades eternas y sin tiempo. Pero acomodándose á la forma del mudar, conviene ante todo investigar lo que en el momento puede ser permanente, siquiera cual regla de pauta y conducta.

Ante la variedad de ganados que se crían en España, ante la trashumacion y por consiguiente, ante el hecho, ¿cuál será la época oportuna para hacer el recuento? Las estadísticas extranjeras varían con el clima y con la extension del trabajo. Muchas han resuelto fácilmente el problema tomando el sistema de estadísticas particulares: ganado caballar, vacuno, mular, asnal, cabrío, lanar, etc., etcétera. La época la determina el momento en que la hembra tiene rastra. Pero el sistema de las estadísticas particulares no es propio sino de los países donde domina la ganaderia sobre los demás empleos de la actividad. Los pueblos que poseen extensos perímetros, únicamente accesibles á las cabras, los que tienen numerosas colinas solo utilizables por el ganado lanar, que cuentan con vastas llanuras donde no se crían sino caballos, los que cultivan valles frescos y frondosos, acomodados al vacuno, se limitan á expresar sus respectivas fuerzas productoras; pero las grandes naciones, donde la unidad agrícola permite y aun exige la variedad de ganados para completar la produccion, ni puede prescindir de conocer todo lo que tiene ni puede dividir el trabajo de recoger los datos, atareando hoy al propietario con un pedido y mañana con otro. La experiencia ha demostrado estos inconvenientes, probando además que la estadística debe distinguir, pero no separar. Convinendo, pues, recotar todas las especies á un tiempo, ¿qué época será la que presente mas animales vivos? Sirviendo la mayor parte para el alimento del hombre, contándose la vida de muchos por meses y circunscribiéndose al hecho, ó hay que hacer varios recuentos dentro del año, ó hay que fijar un promedio.

Desde principio de Marzo y hasta fines de Junio y aun de Julio, da la naturaleza el deseo de propagarse á las yeguas, y como la preñez dura en ellas por lo comun once meses y diez dias, resulta que de Agosto á Febrero inclusive puede emprenderse el recuento de los caballos padres, yeguas y potros. Nueve meses dura la preñez en las vacas y tornándose por Mayo, Junio y Julio vienen á parir por Marzo, Abril y Mayo y pueden recotarse en cualquiera de los meses del año. Trescientos ochenta dias, término medio, esta preñada la burra, á los siete dias del parto en celo y puede, como la yegua, estar preñada y criar; pare de Marzo á Mayo y al recuento hecho en Setiembre, puede acudir con el producto del año. El buen parir de las cabras es de mediados de Setiembre hasta mediados de Octubre y si se toman en el mes de Noviembre viene á parir á Marzo.

Si respecto al ganado mayor no hay inconveniente en escojer el mes de Setiembre para hacer su recuento, no sucede lo mismo con el menor. Yerbizos llamados á los lechones nacidos en primavera, agostones á los que nacen en verano y montaneros á los de invierno. Que tres meses, tres semanas y tres dias, dura la preñez de la guarra. El recuento del ganado moreno en otoño podrá comprender á los yerbizos y agostones, y habrá que deducir por cálculo el número de los montaneros. Lo mismo acontece respecto al ganado lanar. Los pastores amorean las ovejas con relacion al clima, y por esta razon se observa que en unas localidades echan los muruecos á las ovejas desde Abril hasta últimos de Julio, en otras durante el mes de Agosto y en otras desde este tiempo hasta fines de Setiembre, Octubre y Noviembre; con tales combinaciones se proporciona la mejor estacion al nacimiento de los cordeiros á fin de que se críen con ventajas y se vendan con provecho. La oveja está

preñada cinco meses con corta diferencia, y la paridera principia algunos días antes ó después de la fiesta de San Miguel. En el recuento hecho á principios de Setiembre, época la mas acomodada para el resto del ganado, no se observarán sino los corderos nacidos en los primeros meses del año y habrá que calcular los que nacerán en Setiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre. Para recontar los nacidos en otoño, podría emprenderse la operación en el último mes del año, pero en esta época han desaparecido por la cuchilla muchas cabezas de ganado de cerda, y aunque la matanza no principia hasta mediados de Octubre ó principios de Noviembre, no puede tampoco elegirse tal término porque el ganado merino trashumante principia desde fines de Setiembre hasta mediados ó fines á mas tardar de Octubre, la marcha para el extremo y como por este tiempo las ovejas están preñadas, las jornadas son cortas, y gastan de cuarenta á cincuenta días. Mucho acortarán la marcha los caminos de hierro, pero en el primer recuento es mas seguro emprender la operación en la montaña, que buscar de acá para allá á los pastores trashumantes.

Combinando estas circunstancias y recordando que en el mes de Setiembre se han acabado las tareas de la cosecha en la mayor parte de España, que hay cierta vacación entre el Agosto y la vendimia, que desde la Virgen de Setiembre (día 8) hasta San Miguel se celebran las fiestas á los patronos y que el año pecuario principia realmente el 1.º de Setiembre, considero que este día es el que tiene menos inconveniente para practicar la operación.

Fija ya la operación del recuento, falta examinar los datos que deben reunirse. Es tal la anarquía que presentan las estadísticas pecuarias sobre este particular, que triste, pero forzoso es decirlo, sus expresiones no son comparables y no salen, por consiguiente, de la esfera del hecho. Para que tomen carácter de término medio y por tanto científico, deben simplificarse las preguntas, sino completamente al menos hasta el punto que permite la cultura de nuestras clases rurales. Pedir á estas lo que buenamente puedan dar; esto es, lo individual, concreto y reservar para la comprobación provincial y general lo comun y abstracto, me parece que será el camino del acierto.

¿Quién desconoce la especie del ganado que cria? No basta este dato, responden, y con razon, los doctos; pero puede determinar el ganadero los tipos en que se divide la especie? Cuando los sabios no están conformes en la misma definición de la especie, cuando se disputa tanto sobre la permanencia de los caracteres, cuando no hay conjuntos de atributos bien definidos, cuando el espíritu progresivo no descansa, cuando cada día se ven nuevas combinaciones, cuando estas se bautizan con nombres tan caprichosos como la moda y tan peregrinos como la vanidad, ¿quién formará la pauta de una estadística científica? Y aun formada, ¿quién conseguirá su aceptación?

Hay que desengañarse, la estadística pecuaria no puede hacerse *a priori*, es una tarea de asidua observación. Las juntas de partido y de provincia, al hacer la comprobación, pueden abstraer con mayor facilidad que los labradores. No pedimos que aquellas se compongan de naturalistas y veterinarios, no queremos definiciones, bastan descripciones que con ellas se generalizará á su tiempo. Donde quiera que se distinga una diferencia, donde quiera que se vea lo constante, basta una mera fotografía, tan fácil hoy de adquirir, con algunas ligeras indicaciones sobre el color, dimensiones y proporcion para que en la misma provincia se rectifique ó se explique, y para que entrando después en comparaciones con lo que presenten otras localidades, se llegue á seguras abstracciones. Se obtendrán por este medio, no hay que dudarlo, grupos de caracteres, y si con relacion al número de ganados no se podrán quizá distribuir con rigor, se podrán establecer al menos relaciones numéricas, lo cual para un primer ensayo estadístico, siempre es algo, y para un estudio zootécnico es sin disputa base sólida de progreso y adelantamiento. Que es químico y aprender mejores cuando falta el conocimiento del objeto sobre que han de recaer. Otro

de los datos que debe abrazar la estadística pecuaria es la edad de los ganados, y en esta parte de los trabajos llevados á feliz término por las naciones que han entrado en la infancia de la cultura, presentan la imagen del caos. El error estriba en no haber elegido una unidad natural de tiempo. ¡Parece increíble tanta confusión! En la estadística del caballo se encuentran las voces potro, potra, potrancia; en la del vacuno, terneras, becerros, becerillos, añejos, novales, novillos y toros; en la del mular, muleto, muleta; en la del asnal, buche, pollino, pollina; en la del ovejuno, rocucines, caloyos, corderos, borregos y carneros; en la del moreno, cochinillos, lechones y lechoncillos; en la del cabrio, cabritillo, cabrito, chivo y choto; voces todas variables con el clima y las costumbres. La unidad del tiempo mas aceptable es, sin duda, el año, pero como hay que poner una casilla de menos de un año, lo cual, multiplicando los datos, complica y no dá precision y la vida de la mayor parte del ganado es corta, podría substituirse con unidad menor, ó sea con el mes. Apreciando así el dato en la edad se tendrían tambien indicaciones seguras sobre la paridera.

Si vagos son los términos usados para expresar la edad, no lo son menos los que se emplean para manifestar la sexualidad. Su presencia ó su ausencia se indican en los nombres: entero, capon ó castrado y aun por nombres comunes, buey y renil. Su diferencia se expresa con otra infinidad de nombres, origen de dudas y confusion. Las denominaciones de macho y hembra y entero y castrado, son clarísimas y están, de consiguiente, al alcance de todos.

En la mayor parte de las estadísticas pecuarias se observan datos sobre los usos de los ganados; y aunque el ganadero, como todo productor, debe proponerse siempre un fin, como este depende de circunstancias fatales, varía con gran facilidad. El carácter y la labranza son usos casi alternos; la carne y la leche lo son secundarios con relacion á la lana en algunas localidades, y este último artículo lo suele ser principal en otras, y en varias la cria se consigue al par que otros productos. Ligado el uso de los ganados con los caracteres de las razas y vista la conveniencia de que éstos se estudien por las juntas de partido y de provincia, no debe pedirse directamente tal dato á los ganaderos.

Igual conducta conviene seguir respecto de los precios. Nada alarmará mas á los pueblos que la petición de este dato, porque en su desconfianza creieran que se trataba de engrosar el tributo. Y aunque el mal debe combatirse con el bien y la desconfianza con la confianza, no hay necesidad de molestar bajo este aspecto á los ganaderos, porque el precio se obtiene fácilmente por cálculo, conocida la especie, edad y sexo del ganado.

1.º Recontar el ganado caballar, mular, asnal, vacuno, lanar, cabrio y moreno por quinquenios y el 1.º de Setiembre.

2.º Incluir en la cédula el nombre del propietario y la especie, número, sexo y edad de los ganados.

3.º Y comprobar el recuento, determinando los precios y allegando materiales para fijar las razas y sus sistemas de cria, son, en mi concepto, las bases de la formación de la estadística pecuaria.

Examinadas éstas por la seccion de Estadística y por la Junta, tan ilustrada tarea decidirá lo mejor y pedirá entonces procederse con el debido fundamento á redactar la instruccion y los modelos de las cédulas y del movimiento pecuario.

AGUSTIN PASCUAL.

#### CAPRICHOS DEL SENTIMIENTO.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

(Conclusion.)

Al concluir la sinfonia que inauguró el concierto, entraban en el salon Mauricio y el conde del Romero. Rojas presentó aquel á D. Eusebio, que al saber que era título, desarrugó el entrecejo, dió á su rostro toda la afabilidad de que era capaz, y haciéndole sentar á su lado empezó á relatarle circunstanciadamente la historia de sus atepasados. El conde con paciencia se resignaba á oírle, tenia talento para conducirse en sociedad y le escuchó hasta sonrien-

do, ó por mejor decir aparentaba escucharle, porque su imaginacion vagaba por otros espacios. Sus ojos habian buscado á Amparo, y furtivamente no se sacaban de mirarla. El conde la amaba con todo su corazon; con ese cariño que solo sentimos una vez en la vida.

Mauricio, al separarse de D. Eusebio y del conde, sentóse al lado de Elvira de Peralta y continuó enamoradola; ella continuaba dándole esperanzas. Amparo ignoraba los amores de Mauricio, y al verle hablando al oído de Elvira se sorprendió dolorosamente. Pocos momentos después Pascual Ortega le dió el brazo y la condujo hasta el piano. En seguida se dejó oír la hermosísima voz de Amparo que cantaba el aria apasionada de *Il Trovatore*. D. Eusebio suspendió la conversacion que mantenía con el conde, diciéndole:

—Mi hija es la que canta; la presentaré á Vd. cuando concluya.

—Tendré en ello un vivísimo placer, dijo el conde, que no deseaba otra cosa, y que no sabia cómo cortar el impertinente monólogo con que le abrumaba D. Eusebio.

La clara voz y el sentimiento con que cantaba Amparo herian las fibras mas delicadas del corazon del conde; cuando oímos cantar á la mujer que amamos, creemos verla trasformada en querubín, y el amor que sentimos hacia ella crece y se purifica, parece que al sonido de su pura voz la materialidad se anonada y se confunde ante la grandeza sublime del idealismo de la música que canta el amor.

Una lluvia de aplausos espontáneos coronó el final del aria que con tanta expresion acababa de cantar Amparo. El conde y D. Eusebio se acercaron á ella, y el padre hizo la mútua presentacion. Amparo brindó al conde á que tomara asiento en una silla inmediata á la suya, éste lo hizo en seguida, y D. Eusebio, dando un pretexto, se separó de ellos y fué á juntarse con doña Clara. El conde, como sucede siempre que hablamos con personas desconocidas, empezó su conversacion por una de esas muchas vulgaridades convertidas ya en lugares comunes, pero que nos sirven perfectamente para introducirnos en diálogos mas fatigosos, diálogos á los que queria llegar el conde, y á los que llegó sin grandes esfuerzos, porque tenia talento y trato, y Amparo imaginacion y amabilidad.

Elvira de Peralta, al mismo tiempo que daba oídos y contestaba á las galanterías apasionadas de Mauricio, observaba continuamente al conde y á Amparo con disgusto y con rabia, pues conoció que esta le habia robado el amor de aquel, y su orgullo no podia resignarse á perder el dominio sobre el corazon del conde. Amparo tambien espiaba á Elvira, y con ese certero golpe de vista que tienen las mujeres en materia de amor, adivinó que Mauricio amaba á Elvira.

Antonia, con su habitual calma, escuchaba á Basilio Lope; este era un hombre de cuarenta años, matemático hasta en sus pasiones. Era viudo y tenia dos niños de corta edad; sus muchas ocupaciones impedían que les diera una educacion como él deseaba, y habia formado el firme propósito de casarse para tener una esposa que cuidara de sus hijos y de su casa: miraba el casamiento bajo el punto de vista económico y útil, y era para él un negocio en el que debia ganar, segun su propia expresion, «el ciento por ciento.» Estaba, pues, en el caso de elegir esposa de ciertas cualidades: sondeando á Antonia creyó ver en ella la persona que le era necesaria, y satisfecho de su encuentro dijo, como Arquímides, ¡Eureka! Ya la he encontrado! En efecto, podia decirse que Antonia era la media naranja de Basilio; difícilmente se podrian encontrar dos caracteres mas homogéneos, eran dos cantidades que se podrian sumar perfectamente.

Pascual Ortega mariposeaba por el salon creyéndose la persona mas interesante de él, cuando todas las muchachas le hablaban con burla y estaban hartas de su fatuidad. Pascual Ortega era una de esas notabilidades ridiculas, que por desgracia abundan en nuestras reuniones.

En resumen; salieron del concierto, Amparo con la dolorosa conviccion de que Mauricio amaba á Elvira, Mauricio, á quien ella queria locamente; Elvira, con el disgusto de cerciorarse de que el conde ya no se acordaba de ella; Antonia, con la misma sangre fria con que entró; Mauricio, feliz creyéndose correspondido por Elvira; el conde, dichoso, figurándose que iba por el camino recto al corazon de Amparo; Basilio, contento, pensando en el negocio que iba á efectuar; Pascual, muy hueco, imaginándose las conquistas que pudo hacer y que no quiso; don Eusebio, soñando en que el conde era un excelente partido para Amparo; doña Clara, gustosa, viendo tan unidos á su hija y al hijo de su mejor amiga. ¡Cuántos intereses encontrados! ¡Cuántos errores! ¡Cuántas peripecias de sentimiento en el reducido escenario de un salon, y entre tan corto número de personajes!

#### VIII.

Elvira.

Algunos días después del concierto, Elvira tenia la siguiente conversacion con su camarera Inés, muchacha algun tanto deservuelta y ligera de cascos y de palabras.

—¿Qué me dice Vd. del conde?

—No me le vuelvas á nombrar. Te lo prohibo... ya no le hago caso.

—Bien hecho. A Vd. le sobran pretendientes... y, á propósito: ¿qué me cuenta Vd. de Mauricio?

—Nada; es un pobre chico que está enamorado de mí hasta la médula de los huesos.

—¡A buena parte va á hacer leñal... ¡Cómo se divertirá Vd.!

—Sí, me entretiene bastante!

—¿Por supuesto, se habrá declarado?

—A la raya de doscientas veces.

—¿Y creerá que Vd. le corresponde, por supuesto?...

—Por supuesto... como todos... bien que yo se lo hago creer. No me gusta desesperar á nadie.

—Buen sistema. Así nunca está la plaza vacante... y hasta tanto que caiga un pájaro mas gordo...

—Eso es: hasta tanto me divertiré con él... ó hasta que me canse.

—Todavía es pronto. Ann el cántaro es nuevo y hace el agua fresca.

—Tienes razon; pero, sin embargo... vi ayer al hijo del cónsul en el teatro, y... no me disgustó. Me estuvo flechando los gemelos, y...

—¡Otro moro tenemos en campaña!...

—Así lo parece, aunque no me ha dicho aun una palabra...

—Por algo se empieza.

—Cierto... Si vieras Mauricio qué enamorado está de mí, te reirías... ¡Tiene un amor tan lúgubre!

—¿Cómo le hará Vd. padecer!

—No, ahora no, hasta que se desengañe: cree de buena fe que yo tambien estoy enamorada, pero... al freir será el reír...

—¡Pobre chico cuando caiga de su burro!

—Me parece que entra... oigo su voz.

—En efecto, él es.

—Déjame.

Elvira se miró al espejo, sonriendo con satisfaccion de sí misma: se compuso el cabello y el traje, y se tendió en una butaca adoptando una postura voluptuosa para esperar á Mauricio.

#### IX.

Antonia.

Bordándose un cuello estaba Antonia, cuando le subió la portera un billete.

—Esta carta han traído para la señorita.

—¿Para mí? no espero ninguna; ¿quién te la ha entregado?

—Un caballero que no conozco.

—Dame y vete.

Antonia abrió la epístola y leyó lo siguiente:

«Apreciabilísima Antonia: No es propio de mi edad ni de mi carácter, buscar por compañera á una muchacha bulliciosa; sé que semejantes mujeres no prestan ninguna garantía para el contrato del matrimonio, y deseando contraerle, después de reflexionar con madurez he convenido conmigo mismo en que Vd. reune todas las circunstancias que yo necesito que adorne á la que haya de ser mi costilla, y á Vd. me dirijo, por si no tiene compromiso y quiere aceptar el mio: Tengo un capital decente, experiencia y una casa palacio: sé que estas pequeñeces en nada han de influir para su resolucion, pero las he citado para que Vd. sepa que no soy un elegante pobre, ni un marqués con deudas, ni un comerciante quebrado.

Esperando su fallo queda de Vd. su afectísimo S. S. Q. S. P. B.

Basilio Lope.»

Así que concluyó la carta, Antonia gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Papá! ¡papá!

D. Eusebio entró al instante preguntando:

—¿Qué es eso?...

—Mire Vd. el billete que acabo de recibir.

D. Eusebio le leyó.

—Y bien, ¿qué piensas contestar?

—o ignoro. Le he llamado á Vd. para que lo decida. A mí me es indiferente.

—¡Vot! ¡si tú quieres, cástate!

—¡Vot!... pchs....

—Si no quieres....

—Pchs... yo....

—De tí depende.

—A mí me es igual.

—No es noble, pero es rico.

—Eso no importa, yo no soy pobre ni aspiro á ningún título.

—El ya tiene cuarenta años.

—¡Bien!... yo no me he de casar con un pollo.

—Si te parece bien, dile que sí.

—No, si yo no estoy decidida.

—Pues decítele; ya tienes veintitres años y no debes despreciar un hombre de semejantes circunstancias.

—Voy á contestarle.

Antonia se sentó al velador á escribir á Basilio Lope lo que luego veremos.

#### X.

Amparo.

Amparo á su amiga Aurilia.

¡Cuántos infortunios me asaltan, mi querida Aurilia! La noche del concierto adquirí la dolorosísima certeza de que Mauricio ama á Elvira y el corazon se me desgarró... aquella noche la pasé llorando. Como te dije, Elvira me era antipática antes de conocerla: sin duda mi alma presentia que habia de ser la rival dichosa que conquistara el cariño del hombre que amo... Me he procurado noticias de ella con la intencion de saber si es capaz de dar la felicidad á Mauricio, y con amargura he sabido que no tan solo no le ama sino que se rie de él; que siendo coqueta por orgullo, ningun hombre le parece digno de su hermosura, y no obstante dá esperanzas á cuantos se le dirigen con el objeto de que la sociedad vea que hace muchas víctimas, y que las escarnece. ¡Ruin corazon el de esa mujer! Me causa repugnancia tal villanía de sentimiento en una joven.... Mauricio aumentará el catálogo de sus conquistas.... ¡Yo que le habiera dado un amor purísimo é inextinguible!... Los hombres son ciegos: muchas veces toman l-

desventura por la felicidad. Desde que sé que tiene relaciones con Elvira parece que yo le quiero con mas intensidad... Bien dicen que el amor es una locura... Para colmar mis padecimientos, mi papá, sin mi anuencia, ha concedido mi mano á un hombre que me ama y que me ha pedido por esposa. Este hombre es el conde del Romero. Talento, hermosura, corazon y nobleza reúne, pero yo no le puedo querer, y sé que idolatras en mí, y que labraré la desgracia de su vida si le rechazo, y... sin embargo le rechazaré con disgusto, sí; pero yo amo á Mauricio y no quiero engañar al conde fingiéndole un amor que estoy muy lejos de sentir: el conde no es digno de ser engañado, sino de ser querido. ¡Qué fatalidad! ¡No poder ahogar mi corazon! ¡No ser insensible! Quisiera parecerme á Antonia. Mi papá ha jurado que he de ser irremisiblemente del conde, y me he opuesto con todas mis fuerzas: quiere desheredarme si no me caso; poco me importa, prefiero quedar en la miseria á engañar al conde: la pobreza no deshonra, pero la infamia sí.

Tu infortunada amiga,

Amparo.

### XI.

#### Tres cartas.

Basilio Lope, el conde del Romero y Mauricio Rojas, al mismo tiempo y cada uno en su casa, están leyendo tres epístolas.

La de Basilio, dice así:

«Muy señor mío: Si bien es verdad que no pensaba en contraer matrimonio, tambien lo es que no debo permanecer soltera toda mi vida. Vd. se ha dirigido á mí con el objeto de saber si le correspondo: voy á contestarle; sí. Le daré á Vd. la razon de mi asentimiento. Vd., como hombre ya entrado en años, no debe sentir esas pasiones frenéticas ni esos deseos vehementes que constituyen la locura de mi hermana, y por lo tanto, tendrá Vd. calma, reflexión, lo mismo que yo: por eso le correspondo, pues ha de saber Vd. que las pasiones vehementes me fastidian y los afectos extremados me hacen reír.

De Vd. afectísima, etc.

Antonia de la Riba.

Basilio se sonrió, y dijo con satisfacción al pleger la carta:

«No me he equivocado: es mi negocio, ganaré el ciento por ciento.»

La carta que el conde leía, estaba concebida en estos términos:

«Apreciabilísimo amigo: He sabido que Vd. acaba de pedir mi mano: tendrá Vd. inconveniente en venir esta noche, mientras el papá está en el teatro, á hablar conmigo?

Tengo la certidumbre de que no dejará Vd. desairada á su amiga

Amparo.

¡Me amé exclamó el conde besando la carta con frenesí.

La carta que Mauricio leía era un anónimo. Este era su contenido:

«Mauricio, huid de Elvira: no os profesa amor y os engaña y os pone en ridículo. Si ignorais su pasado, os diré que se le ha conocido un sin número de amantes, y que de todos se ha aburrido: si no me creéis, preguntádselo al conde del Romero, que está bien enterado. Vos sois digno de ser querido con un amor vehemente y sin límites, y no debéis doblegaros á servir de juguete de los caprichos de una coqueta caprichosa.

Quien bien os quiere.»

—¡Esto es una impostura! ¡Esto es una infamia! ¿Quién habrá escrito este anónimo?... Quizá lo sepa el conde. Diciendo esto, Mauricio salió de su casa con la celeridad del rayo.

### XII.

#### Los dos amigos.

—Conde, dijo Mauricio entrando en casa del primero; necesito que me hables con sinceridad.

—Sabes que es el único lenguaje que uso contigo desde que te conocí.

—Acabo de recibir este infame anónimo.

Mauricio se lo entregó al conde; este exclamó:

—¡Sí, su letra!...

—¿Su letra? ¿Qué significa?...

—Lee este otro billete que yo acabo de recibir.

El conde entregó su carta á Mauricio. Ambas estaban escritas por la misma mano.

—Es la misma, dijo Rojas cotejando las letras. Este anónimo será producto de la envidia...

—Amparo es incapaz de sentir pasión tan baja; la estás ultrajando.

—Entonces explícame la vida de Elvira: tú no la ignoras segun aquí se me hace saber.

—La vida de Elvira está dicha en cuatro palabras. Es una mujer sin corazon, coqueta por orgullo, variable por capricho, que se rie de los hombres por ostentacion.

—¿Es decir que se rie de mí?

—Sí, Mauricio; si no me lo hubieras exigido nunca te hiciera semejante confesion; pero sabe que al mismo tiempo que á tí, corresponde al hijo del conde; tardarás poco en cansarla, y te dirá que ya no te ama con la mayor sangre fria el día que le ocurra. Así acostumbra á proceder.

—Ella me dice que el hijo del conde le fastidia... y se rie de él conmigo.

—A él le dirá que tú le fastidias, y se reirá de tí con él.

—No puedo convencerme de lo que me estás diciendo: no obstante la vigilaré, vivirá sobre aviso... si es verdad lo que me dices, ¡desgraciado de mí!... ¡qué desengaño recibiría!...

Hablemos de otra cosa, esta conversacion me hace padecer. ¿Te ama Amparo?

—Positivamente no lo sé, creo que sí; esta carta así parece que lo indica.

—¿No has pedido esta mañana su mano á D. Eusebio?

—Sí, me trata con tal cariño, con tal deferencia, que he conocido que deseaba que le pidiera la mano de su hija; yo sé que ésta no tiene otra voluntad que la de su padre, y como la amo con delirio me he dirigido antes á D. Eusebio para tener así un auxiliar poderoso para vencer á Amparo: he creído que era el primer paso que debía dar....

—En efecto, has obrado con diplomacia; ¿te habrá dicho que sí?

—Desde luego que le insinué mi pretension, no solo ha accedido, sino que ha accedido con gusto, estoy convencido de ello. Recuerdo aun sus palabras: «Mi mayor placer será que mi hija sea esposa de tan distinguido jóven, y desde ahora prometo á Vd. que será suya, aunque ella no le ame. Le doy á Vd. á mi hija bajo mi palabra, á la que nunca he faltado ni faltaré.»

—De modo, que aunque Amparo no te corresponda verás satisfecho tu amor.

—Eso nunca; si no me corresponde me asegurará, pero la dejaré libre. Tendría remordimiento de unirme á una mujer á la que no pudiera hacer feliz.

—Y ella es digna de serlo. Es un ángel, añadió Mauricio.

—Tanto peor para obligarla á un casamiento que no acepte.

### XIII.

#### La noble franqueza de Amparo.

—Estrañará Vd., señor conde, que me haya tomado la libertad de citarle: ruego á Vd. que me dispense.

—Amparo, de Vd. es mi vida; puede Vd. tomarse conmigo cuantas libertades desee, y si todas son como esta, tendré el gusto de darle las mas cordiales gracias por cada una de las que se tome. ¿Usted desea hablarme?

—Sí, le debo á Vd. una explicacion y quiero pagársela.

—¿Una explicacion?...

—Sí, oiga Vd.

—Escucho.

—Vd. ha pedido mi mano á mi papá y él se la ha otorgado. Usted me ama...

—Con frenética pasion: es la única vez que he amado.

—Así lo he comprendido...

—¿Y corresponde Vd. á mi amor sin límites?

—Seré su esposa si Vd. quiere...

—¿Si yo quiero! Ese es mi sueño de oro, esa es la única esperanza de mi vida.

—Ogame Vd. antes. Aunque le trato poco tiempo, me vanaglorio de conocerle: Vd. posee cualidades inmejorables, y sobre todas una que es para mí la de mas precio; un corazon sensible y generoso... Vd. ama con un amor poco comun en nuestros días, y merece ver recompensado su cariño por una persona capaz de amarle con igual frenesí... Yo, por doloroso que me sea confesarlo, debo decirle, que no puedo darle el amor que Vd. necesita, porque mi corazon indócil, no escuchando la voz de la razon, y contra mi voluntad, se ha desbordado en el torrente de otro amor que ahogará mi vida.

—¿Usted ama, y ama á otro!...

—No crea Vd. que es una pobre excusa para decirle que no le correspondo, no; seré su esposa si Vd. quiere, ya lo he dicho, pero si mañana no encuentra Vd. en mí el amor que Vd. tiene derecho á exigir; si me vé Vd. triste y esposa, fiel, pero desamorada, no dirá Vd. que le he engañado, sino que Vd. comprenderá que no mando en mi corazon, que mi voluntad es impotente, que mi corazon carece de fuerza. ¡Téngame Vd. lástima, señor conde, porque no le amo, que yo á mí misma me la tengo!

—Amparo, su noble franqueza me destroza el alma, y en vez de apagar engrandece la hoguera de mi amor.

—He nacido muy desgraciada: he conocido á Vd. muy tarde... cuando, á mi pesar, ya todos mis pensamientos revoloteaban sobre otro sér como las mariposas sobre una flor.

—Dichoso una y mil veces el feliz mortal cuyo amor se ha confundido con el de Vd., como dos perfumes que se juntan.

—No, no... yo amo á quien no conoce mi amor, á quien no me ama.

—Igual es nuestro infortunio.

—Amo á un hombre que está sirviendo de juguete á una mujer sin corazon, á un hombre que ignora mi amor, un hombre al que nunca me uniré, y... he preferido dar á Vd. esta funestísima noticia, á engañarle; porque el que engaña es un infame, y la infamia en la mujer aun me parece mas repugnante que en el hombre. No sé fingir; no sé tener miradas amorosas en los ojos, sonrisas apasionadas en los labios, é indiferencia en el corazon... no sé traficar con los sentimientos. Señor conde, no puedo ofrecerle el arrebatado cariño de la esposa, pero puedo ofrecerle la ternura apacible de la hermana; no puedo hacerle feliz, pero no le haré derramar ni una sola lágrima: si así acepta Vd. mi mano, será suya... pero si lloro algunas veces, si otras me vé Vd. distraida ó en éxtasis prolongados, no me pregunte Vd. el motivo; será que estaré rezando la oracion fúnebre sobre el sepulcro de mi malogrado amor.

Después de una larga pausa, el conde, haciendo un penoso esfuerzo sobre sí mismo, exclamó con voz sollozante y entrecortada:

—Amparo... renuncio al amor de Vd... á mi sueño de oro... á la única esperanza de mi vida...

Y dos lágrimas saltaron de sus ojos rodando por sus mejillas pálidas.

Amparo lloraba tambien.

El conde cogió el sombrero, dirigió á Amparo una mirada melancólica, suprema, indefinible, y dándole un «adios eterno» huyó precipitadamente de la habitacion.

Ese «adios» era la despedida que daba á su felicidad.

Al oír el «adios» del conde, Amparo lloró por él.

Era un desgraciado.

Amparo sentia una especie de remordimiento de haberle dicho la verdad.

Era un ángel.

### XIV.

#### La desvergonzada franqueza de Elvira.

—Me han dicho que tienes relaciones con el hijo del conde.

—Mauricio, es verdad.

—¿Y no me lo niegas!...

—¿Por qué, si es cierto? La verdad siempre se debe decir. Conozco que ya no siento por tí el amor que antes sentia y...

—¿Es decir que me has engañado!

—Eso no; y la prueba es, que desde que no te amo, te lo confieso; no puedo ser mas explícita ni mas franca.

—Elvira, eres una infame...

—No me insultes...

—No te insulto; la verdad siempre se debe decir. Tú nunca me has querido: sé que estás acostumbrada á jugar con los corazones de los hombres, como los niños con sus juguetes, y te diviertes en romperlos, lo mismo que los niños. Has destrozado el mio, que te amaba, y con vergüenza lo confieso, aun te ama...

—¿Te avergüenzas de haberme querido!

—Sí; si te hubiera visto sin máscara, en vez de amor me hubieras causado repugnancia; pero eres maestra en fingir, tienes hermoso físico y feo moral, buen rostro y mal corazon; eres, en fin, un magnífico prospecto de una obra detestable.

—¡Mauricio!! Lo mejor es tomarlo á risa: ¡já, já, já, já.

—Ríete de mi candidez, de mi amor... Ríete, lo merezco... Ríete. Te he servido de bufon, he sido un imbécil.

—¡Já, já, já, já.

La risa violenta de Elvira aumentaba la cólera creciente de Mauricio, el que exclamó:

—Ríete, que no tardarás mucho en llorar. Las mujeres como tú, en el pecado llevan la penitencia... Tu coquetismo te perderá. Ha de llegar un día en que ascieras al pínaculo del descrédito, y los hombres se reirán de tí como tú te has reido de ellos: llegará un día en que seas la fábula de la ciudad, y no encontrarás un hombre que te quiera, porque tu coquetismo habrá llegado á ser vulgar proverbio, y te condenará el mas inflexible de los tribunales que juzga á las mujeres: el de la opinion pública. Este me vengará de tí. Elvira, hasta nunca.

Diciendo esto, Mauricio salió furioso de la habitacion.

Era un amante incautamente engañado.

Elvira quedó riendo de la cólera tan justificada de Mauricio.

Era una infame.

### XV.

#### La abnegacion del conde.

—¿Qué tienes, Mauricio?... Vienes pálido desencajado....

—Elvira es una infame; tiene razon el anónimo, se reia de mí....

—¿Y tú que tienes, conde, estás líbido, próximo á llorar!...

—No me quiere Amparo.

—Ni á mí Elvira.

—Tú nada pierdes, yo sí.

—Tienes razon, nada pierdo, nada mas que la felicidad.

—¡Estas ciego!... esa mujer no podía dártela: yo te la proporcionaré.

—¿Estás loco!

—Sé de una mujer, de un ángel que está enamorado de tí; esa mujer calla y padece, esa mujer es tu destino... esa mujer ha de ser tu esposa.

—¿Conde, imposible! ¿Y quién es esa mujer?

—Amparo.

—¿Amparo enamorada de mí! ¿Por dónde lo sabes?

—Me ha confesado que ama á un hombre que no piensa en ella, á un hombre que es juguete de una mujer sin corazon, te ha escrito este anónimo que crees hijo de la envidia cuando es hijo del amor y...

—¿Estúpido de mí! Ahora lo comprendo todo... ahora que me abres los ojos veo con claridad. Sus delicadas deferencias conmigo, ciertas miradas, el afan continuo de satisfacer mis mas insignificantes gustos que yo traducia por amistad, eran amor: tienes razon, eran amor. He sido ciego y he pagado mi ceguedad.

—Sí, sí. He adivinado que te amaba y.... yo que la quiero tanto, no puedo consentir que sea desgraciada cuando puedo hacerla venturosa. Amala, Mauricio, cástate con ella y déjame morir.

—¿Tú me lo aconsejas? ¡Y tú la amas!...

—Sí no la amara consentiria que fuera feliz á costa de mi desgracia.

—Pues yo no puedo consentir en tu desgracia. No la enamoraré.

—Te lo suplico, Mauricio.

—No, no; yo no podré amarla.

—Tú la amarás; es un ángel, ¿y quién no ama á los ángeles? Le diré á su padre que me dispense del compromiso, que ella no me quiere y por consiguiente es de ningún valor la palabra empeñada. Yo parto para el extranjero,

pero he de partir con la seguridad de que os amais. Si eres mi amigo compláceme.

—Esta tarde principio á enamorar á Amparo.

### XVI.

#### Un hombre obstinado.

—¡Querido conde!

—D. Eusebio, tengo que hablar con Vd. dos palabras.

—Hable mi futuro yerno.

—El otro día dejándome llevar de mi apasionado amor, pedí á Vd. la mano de Amparo; he sabido luego que no me ama, y por razones de delicadeza debo renunciar al deseo mas vehemente de mi vida; á ser esposo de Amparo.

D. Eusebio palideció densamente y dijo con tono rudo:

—¡Imposible! Ella no puede haberse negado; es mi hija y no tiene otra voluntad que la mia.

—Ella acepta, pero sin amor; no cede á los impulsos de su corazon, sino al mandato de su padre.

—Pero cede y acepta.

—A la fuerza, sin libertad. Lo he conocido y no debo violentarla.

—Pues es indispensable que sea esposa de Vd.; Vd. me la ha pedido y yo he empeñado con Vd. mi formal palabra: saben todas mis relaciones este tratado matrimonio, y mi honor está comprometido en que se verifique.

—No puede verificarse, D. Eusebio. Tendria yo remordimiento de hacer desventurada á Amparo y casándose conmigo lo fuera, porque se uniria á un hombre que no ama. Créame Vd., D. Eusebio, ese matrimonio es imposible.

—Lo imposible es que no se realice.

—No se realizará porque yo renuncio á su mano.

—¡Es decir, que Vd. la desprecia!... exclamó D. Eusebio dando rienda suelta á su cólera.

—¿Que yo la desprecie?...

—¿Es decir, que Vd. considera que Amparo es indigna de ser su esposa? Mi hija es digna de un monarca. Vd. me ha pedido su mano y ahora se arrepiente, esto no es un juego: advierto á Vd. que D. Eusebio de la Riba ni ha servido ni servirá de objeto de diversion á nadie.

—Cálmese Vd.

—Confiado en su palabra y como este matrimonio satisface mis deseos, lo he comunicado á todos mis amigos; todos lo saben y si no se verifica, me cubriré de ridículo á sus ojos, creerán la verdad; que Vd. ha despreciado á mi hija, y eso no lo puedo consentir ni de Vd., ni de nadie... antes arrostraré la muerte que el ridículo. Este matrimonio se verificará.

El carácter áspero de D. Eusebio se desarrollaba con toda la fuerza de que era capaz á impulsos de su cólera.

D. Eusebio, está Vd. obcecado: yo idolatro á Amparo; si no la quisiera hasta el delirio, le entregara mi mano que sé que la conduciría hasta la desesperacion, pero mi amor es generoso por su grandeza, y prefiero ser infeliz toda mi vida á hacer derramar una sola lágrima á la mujer que adoro. No atribuya Vd. desprecio un doloroso sacrificio: no tache Vd. de arrepentimiento mi delicadeza.

—Conde, no quiera Vd. dorar con el oropel de las palabras el insulto que me ha inferido: Vd. no ama á mi hija, cuando repugna unirse á ella, cuando quebranta Vd. la palabra que me dió, cuando procura y consiente que el padre de Amparo arrostre el ridículo de la sociedad, el mas infamante de los *sambenitos* del mundo. Vd. no tiene amor, ni palabra, ni dignidad: Vd. ni es amante, ni caballero, ni hombre.

—¡D. Eusebio! barbotó el conde, poniéndose lívido hasta el blanco de los ojos.

—No transijo: ó se une Vd. á mi hija ó me da Vd. una satisfacción.

—Ya dije que renunciaba su mano, y el por qué es la satisfacción que Vd. me exige.

—¿A su proceder ruin una Vd. la cobardía?

—D. Eusebio, de ningún hombre he sufrido los insultos que Vd. me está prodigando: contiene únicamente mi cólera la consideracion de que es Vd. el padre de Amparo.

—Así habia el miedo, esos son los efigios del cobarde.

—¡Cobarde! nunca. Acepto el duelo.

—¿Armas?

—Fistolas, en el bosque de... mañana á las seis.

—A muerte.

—A muerte.

—Hasta las seis.

—Hasta las seis.

El conde salió, D. Eusebio quejaba rugiendo como un leon al que arrebatan su presa.

El conde salió llorando, repasaba en su imaginacion el cúmulo de circunstancias fatales que contra él se habian agrupado y exclamó:

—¡Dios mio! ¿Me sucederá la última desgracia? ¿No me matará D. Eusebio?

### Desafío.

En medio del bosque de... distante tres leguas de Barcelona, paró un carruaje y bajaron de él dos hombres. D. Eusebio de la Riba y un coronel amigo suyo que iba á servirle de padrino. D. Eusebio estaba mortalmente pálido, en sus ojos chispeantes y distraidos se marcaba su impaciencia, y en sus dientes apretados y labios contraídos su rabia. De vez en cuando dirigia sus miradas hácia el camino de Barcelona, y viéndole solitario, volvíase hácia su padrino haciendo un gesto que denotaba su impaciencia, su falta de costumbre en esperar.

Pocos momentos después otro carruaje penetró hasta el corazon del bosque. Apeáronse de él el conde del Romero y Pascual Ortega.

—No perdamos tiempo, dijo D. Eusebio, elija V. una pistola.

—Esta, contestó el conde, asiendo fuertemente una de ellas, y contemplándola con una mirada extraña, siniestra.

—Tirémosla á boca de jarro, apuntando sobre el corazón.

—¡Seal exclamó el conde cuyas miradas se extraviaban.

Apartáronse los padrinos, reinó un instante un silencio solemne, pusieron las pistolas los desafiados junto al corazón de su rival, miráronse de un modo siniestro y soltaron el gatillo con firmeza. Se oyó una detonación y un cadáver rodó al suelo bañado con su sangre.

XVIII.

Un imprudente.

En un gabinete de casa D. Eusebio estaban reunidos dos hombres y dos mujeres, formando dos parejas, y al parecer bastante ocupada cada una de ellas en su conversación. Eran Mauricio y Amparo, y Basilio y Antonia: los primeros hablaban de amor, los segundos de matrimonio; éstos ya pensaban en señalar el día de la boda, aquellos en lo que vamos á oír:

—Vd. ama á Elvira...

—No, la aborrezco desde que la conozco. Desde que he comprendido el corazón de usted, ¿cómo pensar en otra mujer? ¿Cómo no querer á Vd. hasta la adoración? ¿Amparo será tan infeliz que implóre inútilmente su afecto amor?

—No, Mauricio, quiero ser esplicita. Le amo á Vd. hace tres años.

—¡Inbécil de mí que no lo he conocido! Yo insensato he gastado el tesoro de mi ternura con quien no lo merecía, he sido ciego; he tomado por oro el oropel, he buscado aroma en una flor marchita y la felicidad donde no existe; pero Dios ha querido que lo conozca á tiempo y me arrepienta y me enmiende, abriéndome los ojos á la luz, haciéndome tomar oro por oro, buscar aroma en una flor recién abierta y la felicidad en donde está, en tu amor constante y purísimo. Perdona que haya sido miopie tanto tiempo; perdona que no te haya prodigado el cariño y la ternura que te mereces.

—¡Gracias, Dios mío, por este primer momento venturoso de mi vida! ¡Soy muy feliz!

—¡Muy desgraciada! dijo una voz ronca. Era la de Pascual Ortega, que penetraba precipitado en la habitación.

Todos se levantaron asustándose: Amparo fué á hablar, y se le heló la voz en la garganta: Mauricio preguntó á Pascual.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que D. Eusebio ha muerto.

Amparo lanzó un ¡ay! histérico, desgarrador y cayó desmayada sobre una butaca: Antonia, acudiendo á su hermana, se atrevió á preguntar:

—¿Ha muerto?

—O le han matado, es lo mismo.

Antonia, aunque poco sensible, lloró: al fin era hija.

—Imprudente, dijo Mauricio, ¿no podías haber dado esa noticia de otro modo?

—¿Qué mas tiene!

—¿Dice Vd. que le han matado? preguntó Basilio.

—Sí, ha tenido un desafío con el conde del Romero y ha sido la víctima.

—¡Pobre D. Eusebio! exclamó Basilio.

—¡Pobre conde! exclamó Rojas.

—Tienen Vds. razón; los dos son dignos de lástima, D. Eusebio porque perdió la vida, y el conde porque ha perdido la razón.

—¡Ha perdido la razón! ¡Desventurado!... murmuró Mauricio.

—Así fué, al sonar el tiro, D. Eusebio cayó en tierra sin poder pronunciar un vocablo, el conde en seguida arrojó la pistola, arrojándose ante el cadáver, lo besó por tres veces consecutivas, y levantándose, permaneció unos tres segundos mirándolo de una manera estúpida; por fin lanzó una sonora carcajada y hubo en escapada carrera por entre los árboles del bosque.

XIX.

Un año despues.

(EPILOGO.)

Un año despues Elvira de Peralta había reñido, no solo con el hijo del cónsul, sino tambien con otros tres amantes; se había desacreditado hasta tal punto, que se la miraba por encima del hombro, como vulgarmente se dice, y le sucedía todo cuanto Mauricio le había profetizado. Ningun partido regular se le presentaba, los jóvenes huían de ella, pues sus novios representaban á los ojos de la sociedad el papel de víctimas, y nadie quiere representar á sabiendas este triste papel. Aburrída y despechada dió oídos al fátuo de Pascual Ortega y casi por necesidad tuvo que casarse con él. Este casamiento es una lección elocuentísima que no debe olvidar ninguna Elvira.

Antonia, pasado el año de luto, contrajo matrimonio con su media naranja, con Basilio Lope. No fué desgraciada ni feliz, porque caracteres como el suyo no se han formado para la felicidad ni para la desgracia. Las Antonias tienen la existencia de los vegetales y pasan su vida en una especie de limbo. Basilio Lope era un marido ad. Antoniam, hombre que consideraba el amor como un negocio y de consiguiente era tan frío, tan apático como su mujer. Si se le permitiera parodiar el refrán «Dios los cria y ellos se juntan», diría haciendo una aplicación á este caso: «Dios los cria y ellos se casan.»

Amparo, tambien despues del año, casó con Mauricio Rojas. Amparo era feliz; con su generoso carácter y su sensibilidad exquisita había

nacido para ser dichosa ó desventurada: para ella no podían existir términos medios, ni medias tintas; era preciso que pintase el lienzo de su vida el claro diáfano de la felicidad ó el oscuro nebuloso de la desgracia: amaba cariñosamente á Mauricio, y había concentrado en él todas sus aspiraciones. Rojas tambien era feliz. Cuando el conde le advinió que Amparo le amaba en secreto, principió Mauricio á enamorarla porque halagaba su amor propio esta conquista silenciosa que hizo sin él saberlo; despues con el trato conoció las excelentes cualidades de Amparo, y vió con un regocijo indescriptible que aun guardaba la perla de su amor incólume en la concha de su corazón, y al verse querido con frenesí y al mismo tiempo con esa tierna delicadeza, cualidad exclusiva de ciertos caracteres, fué olvidando poco á poco á Elvira y amando poco á poco á Amparo hasta el extremo que la amaba. Si hubiera vivido D. Eusebio, su hija y Rojas nunca se hubieran unido: su obstinación en el casamiento de Amparo con el conde, ó había de costarle á su padre la vida ó á Amparo la felicidad. La obstinación nos arrastra muchas veces á los mayores absurdos y á los mas profundos dolores.

El conde del Romero recobró la razón, pero quedó sumido en una continua melancolía; nada le alegraba, el fuego había muerto en sus ojos, la sonrisa en sus labios, la felicidad en su corazón: quedó insensible como todos los hombres trabajados por el infortunio. Para olvidar sus dolorosos recuerdos viajaba sin trégua, y como acometido por un vértigo de variar de climas, de objetos y de paisajes, tan pronto estaba en Portugal, como en Inglaterra, como en Roma. Como el Judío Errante, parece que siempre tenia sonando en sus oídos la poderosa voz de ¡anda! ¡anda! y la melancolía no le abandonaba ni en Roma, ni en Inglaterra, ni en Portugal. ¡Inútiles viajes! En el mundo, como en la mitología, no existe un Leteo con cuyas aguas podamos borrar nuestro pasado.

Abril, 1837.

LA PEREGRINA DEL RHIN,

POR LA BARONEZA DE WILSON.

Prefacio.

He recorrido desde muy niña la mayor parte de las naciones civilizadas de Europa, y en cada una de ellas he encontrado restos grandiosos de la Edad Media; recuerdos de una época de caballería y de heroísmo, de glorias y combates, de honor y de conquistas.

Aun se encuentran en Francia, Inglaterra y Bélgica las huellas de aquellos caballeros que, con una cruz roja en el pecho, abandonaban sus hogares para ir como pobres peregrinos á combatir contra los infieles y conquistar el sepulcro del Redentor del mundo.

Quince años tenia yo cuando pensé en realizar uno de los sueños que me acariciaba, el pensamiento que desde niña me preocupaba, ilusión grata y encantadora como una mañana de primavera. Visitar la poética Alemania, recorrer las orillas del Rin y respirar el perfume de antigüedad que arroja cada pueblecito, cada piedra, los arroyuelos y los torreones arruinados, que se levantan como muchos centinelas de las glorias pasadas, tal era mi bello ideal.

Cuando á las ilusiones de la niñez se unen las de la juventud, cuando á una imaginación puramente española, es decir, viva, impresionable y apasionada, amando todo lo bello, todo lo grandioso y noble, se une el deseo de formar un tesoro en nuestra memoria para transmitirlo, entonces ya no es una ilusión de niña, ni la curiosidad de una jóven, sino una idea fija que poco á poco se apodera de nuestro sér, y hácia la cual tienden todos nuestros pensamientos.

Durante el invierno que precedió á mi viaje, estudié la literatura alemana, leyendo por primera vez á Goethe, el génio mas notable de la Alemania, como poeta, el primero de su patria, como prosista, modelo en su lenguaje de originalidad y pureza, y aun cuando el autor de Fausto le falta ese entusiasmo hijo de la verdadera convicción y de la unidad de ideas, á pesar de adivinar en él un corazón frío y egoísta, sin embargo, mi admiración fué profunda y decidida. ¿Quién no ha leído sus novelas románticas, escritas con un estilo original y nuevo, que se adapta á todas las épocas y á todos los tipos?

La lectura de las obras de Schiller, el regenerador del teatro alemán, cuya alma grande y melancólica solo vivió para la gloria, despreciando las riquezas, acrecentó aun mas mi deseo de recorrer los sitios que habían inspirado á tantos hombres ilustres.

Célebres viajeros han publicado sus excursiones por Alemania; por eso yo no me propongo trazar ni un itinerario completo, ni una descripción general del país, sino escribir mi viaje tal y como yo lo efectué, deteniéndome en las aldeas, en las villas, en las ciudades populosas, buscando entre las ruinas los hechos que puedan presentar con su verdadero color local á la antigua Alemania de las Cruzadas, de Carlo-Magno, de Godofredo, de la Edad Media.

Tal es mi obra; no encierra las peripecias de la sociedad moderna; no es una novela, pero si la historia y las mil tradiciones de esos pueblos, cuyo pasado es muy poco conocido.

Al recorrer sus páginas, desaparece el siglo xix y el amor caballeresco, la fe, los hechos heroicos y las costumbres, y las luchas de los siglos pasados forman una serie no interrumpida de episodios que tal vez interesarán al lector.

Acontecimientos tristes y repetidos me impidieron publicar lo que recojí en la memoria cuando tenia 15 años.

Entonces mis ideas hubieran tenido mas entusiasmo, mas juvenil estilo que trece años despues.

Hoy, que la atención pública está fija en Alemania, empeñada en una lucha gigantesca con la nación mas civilizada de Europa, tendrá mi obra el único mérito de ser de actualidad.

Los antiguos germanos, batiéndose con los francos, presentan un cuadro sangriento, desconsolador y funesto para ambos países, el que se presta para las mas amargas reflexiones.

Verdadera peregrina, me pierdo en el vasto campo de las ideas, y como el corazón jamás envejece, siento al escribir estos renglones despertarse el vigor, la lozanía y el entusiasmo que se necesita para sentir y admirar.

De Paris á Colonia.

I.

El día 19 de Mayo de 1837 salimos de Paris para Bélgica, porque había determinado entrar en Alemania por Verrier.

El tren, rápido como el relámpago, apenas me permitía contemplar las pintorescas campiñas de la Francia, y pronto me encontré en la antigua de los reyes merovingios.

Lo que mas llamó mi atención en Perona, llamada la *La doncella*, porque situada muchas veces jamás ha sido tomada, fué la torre del castillo, en la que murió Carlos el Simple, prisionero del conde de Vermandois, y en donde, despues de la batalla de Bovines, se albergó el conde de Boloña, por órden de Felipe Augusto.

Las columnas de humo de la locomotora y el ruido de los coches que se cerraban, me hizo comprender que caminábamos de nuevo, y poco despues apareció ante mi vista Cambrai, la metrópoli de los Galias.

Pasamos velozmente por Valenciennes, y al poco rato admiré en Mors una torre construida por los españoles, recuerdo de las glorias de la España del siglo xv y xvi.

Al día siguiente, al encontrarme en la capital de Bélgica, no podía menos de consagrarle algunas horas, porque en ella se ven las huellas de nuestros antepasados.

El estilo gótico del palacio del ayuntamiento es notable, y el interior no lo es menos, sobre todo cuando se penetra con mucho respeto en la sala llamada de Concierdos, en la que, trasportándome al siglo xvi, me parecía contemplar la brillante comitiva de Carlos V en el momento de su solemne abdicación.

Bruselas es una población un poco triste, pero que encierra un encanto algo misterioso é indefinible.

Al mirar á las mujeres de la clase artesana con la mantilla de paño y la borla sobre la frente, como las usan las aldeanas de Castilla, me olvidé de todo, y por un momento me creí en una población de mi querida España.

Visité la celebrada iglesia de Santa Gudula, y aquella misma tarde salí para Lieja.

Ya desde allí, mi viaje tomaba diferente aspecto, porque los pueblecitos, las aldeas y las poblaciones que atravesaba me acercaban á las orillas del Rin, es decir, á la realización de mi deseo, el mas vivo, el mas ardiente.

II.

La primavera, con su séquito de flores y perfumes, se ostentaba tan bella y tan esplendente como la aurora de la juventud.

Un carruaje nos condujo hasta el pueblecito de Chenée, y con infantil alegría admiraba el efecto que producían los brillantes rayos del sol al reflejarse en el río Mosa.

El paisaje era cada vez mas risueño y poético.

Mis miradas vagaban por un lindísimo valle, cuando llamó mi atención una modesta capilla, construida sobre una escarpada roca.

Hice algunas preguntas y el cochero me dijo que, segun referían en el país, en aquel sitio había existido hacia algunos siglos un castillo fundado por los reyes de Francia, de la primera raza, y cuya livisa era: *Enemigo de todos, amigo de Dios solo*.

El carruaje caminaba lentamente y el panorama que se extendía delante de nosotros era encantador.

Los caballos se detuvieron y poco despues caminaba por un sendero pendiente y tortuoso, el que me condujo hasta la puerta del santuario.

¡El paisaje era espléndido! Los ríos Vesdre y Urt, jugueteaban fertilizando una campiña verde y lozana, esmaltada por multitud de silvestres florecillas.

En el fondo del valle se veían algunas casitas rústicas iluminadas por los rayos del sol, formando el todo un cuadro sorprendente de luz y poesía.

Corpulentos y frondosos nogales cercaban y medio ocultaban la capilla, como si fueran los celosos guardas de la casa de Dios.

La puerta estaba entreabierta y penetré en el interior.

Era una pequeña ermita, con un altar frente á la entrada, adornado con numerosos votos de las almas piadosas: de rodillas ante él vi á un venerable sacerdote, anciano, quien al sentir nuestros pasos, se levantó y nos devolvió el saludo con bondadosa expresión.

Una especie de sayal cubría su cuerpo y un gran rosario de ébano pendía de su cintura.

El santo ermitaño me causó el mas profundo

respeto; pero sobreponiéndome á tan dulcísima impresión, le dirigí la palabra.

—Padre mío, le dije, ¿sin duda habitais este retiro hace muchos años?

—Casi toda mi vida, hija mía, me contestó; la pérdida de mis padres, que sucumbieron uno en pos de otro, me causó un pesar tan vivo, que determiné buscar un consuelo en la religión.

—¿Y esta capilla es muy antigua?

—Sí: fué edificada para purificar este sitio, en donde en un tiempo se elevó altanero el castillo de Chievremont. Aquí se cometieron las mayores impiedades, y toda la comarca miraba con terror profundo la bandera que flotaba en el mas elevado de sus torreones.

—¿Sois extranjera? me preguntó despues de un momento de silencio.

—Sí, padre mío. Soy española, y viajó con mi esposo, deseosa de investigar y estudiar el pasado de los pueblos.

—Española, descendiente de aquellos esforzados paladines que combatieron durante siete siglos contra la media luna y no hace muchos años vencieron á los veteranos de Marengo; noble nación, noble país el que se levanta como un solo hombre para rechazar á los invasores, y que fuerte con su derecho pelea por su independencia... ¿Pero deseais conocer la tradicion de Chievremont?

Mi curiosidad estaba vivamente excitada, y rogué al buen sacerdote me refiriera lo que de generación en generación había llegado hasta él.

Accedió gustoso, y acompañándome hasta el pie de un copudo y centenario árbol, coetáneo tal vez de los señores de Chievremont, nos hizo sentar sobre un rústico banco, y empezó su narración.

III.

La Rosa del Valle.

—Vamos, mis valientes compañeros, vamos; ya llegó la hora de bajar á la llanura; vamos, y que esos miserables aldeanos rindan el debido tributo á su señor! Que lleve mi negro estandarte el terror y la destruccion, y que tiemblen delante del *hombre de hierro*, pues así me nombran.

Y un guerrero de estatura gigantesca, completamente vestido de negro y con una especie de esclavina color de fuego, pendiente de los hombros, se lanzó sobre un caballo que rivalizaba en su color con el azabache y en su velocidad con el relámpago, y seguido por su cuadrilla bajó á la llanura salvando rocas y saltando precipicios.

Los pálidos rayos del sol poniente iluminaban las almenas del castillo, asentado magestosamente sobre una enhiesta roca, y rodeado por nogales corpulentos.

Rápidos como el huracán volaban los ginetes ondeando un negro estandarte, asemejándose á una bandada de cuervos que se cernían sobre su presa, gozándose de antemano con sus sangrientos triunfos.

¿A dónde se dirigan? ¿A dónde iban á cebar su ferocidad?

¡Ay! tal vez en la modesta casita blanca, que, sola y sin amparo, se hallaba situada en el extremo del valle.

¡Ya llegan! ¡Ya se adelantan; la ma! segura puerta cede á sus esfuerzos, y los infelices habitantes, agrupados y confundidos, aguardan la sentencia de muerte!

(Se continuará.)

LA NAVEGACION AÉREA.

El *Aerostático* no es mas que un aparato compuesto: primero, de un globo que contiene un gas que por su peso específico es mas ligero que el aire, y por lo tanto le permite elevarse en la atmósfera con una fuerza de ascensional mas ó menos considerable; y segundo, de una especie de barquilla sostenida por medio de una red que rodea al globo, en cuya barca ó canastilla va el aereonauta, el cual, por medio de una cuerda que se sujeta á una válvula colocada en la parte superior del globo, puede dejar escapar el gas que llena el aparato y descender cuando le agrada.

El principio científico en que se funda la navegación aérea, no puede ser mas sencillo.

Todo el mundo sabe que un cuerpo sumergido en el agua pierde de su peso tanto cuanto pesa el volumen de agua que desaloja. Este principio, cuyo descubrimiento se debe á Arquímedes, lo mismo puede aplicarse, como ya se ha dicho, al agua, que valiéndose de los fluidos gaseosos.

Esto senta lo, el principio de los aerostáticos se funda en la resolución del problema del célebre matemático ateniense. Un globo se eleva porque el peso del volumen de aire que desaloja en el espacio es mayor que el suyo propio. En cuanto al peso específico del aire, fué descubierta en la segun la mitad del siglo último, y desde entonces solo se conoce que los diversos fluidos aeriformes tienen pesos específicos diferentes. Así, pues, todo gas en el que este sea menor que el del aire, podrá ser empleado con éxito para henchir un aerostático.

Una vez conocidos los pesos específicos del aire y del gas que ha de emplearse, así como el peso de la tela en la que este último ha de encerrarse, es facilísimo calcular las dimensiones

que debe tener el globo para elevarse y arrastrar consigo un peso dado.

Un metro cúbico de aire al nivel del mar, y bajo la presión atmosférica ordinaria, pesa 1.299 gramos, y en las mismas condiciones una esfera de aire de un metro de diámetro, 683. Si se admite que el hidrógeno empleado en henchir el globo sea solamente diez veces más ligero que el aire, en cuyo caso es muy impuro, pues en toda su pureza su peso respecto del aire es de 69 á 1.000, resultará que la fuerza necesaria para elevar una esfera de hidrógeno en los aires será de 615 gramos.

Para las esferas de diferentes magnitudes, la fuerza ascensional será proporcionada á sus volúmenes, es decir, á sus diámetros elevados al cubo. Así, pues, una esfera de seis metros se elevará con una fuerza igual á 216 la primera, esto es, de 133 kilogramos, y una de 12 metros con una fuerza de 1.062. Pero se hace preciso deducir de estas cifras el peso del globo.

La mayor altura á que puede elevarse un globo está determinada por la ley que regula la densidad en las zonas atmosféricas, á medida que están más separadas de la tierra. La fuerza elástica disminuye con la densidad, y cuando se encuentra reducida á una cantidad perfectamente igual al peso del globo y sus accesorios, es imposible que se eleve más. Otra circunstancia viene á dificultar que el globo pase de cierta altura, y es que á medida que la presión del aire exterior disminuye, la fuerza expansiva del gas encerrado, va en aumento y acabaría por último de vencer la resistencia. De aquí se deduce que un globo completamente lleno de hidrógeno, no se haría mil pedazos al suspenderse en el espacio, si el aeronauta no tuviese la precaución de abrir la válvula y dejar escapar una parte de fluido; pero es preferible no llenarle, porque á cierta altura al dilatarse le ocupa por completo.

En todas épocas, según lo justifica la fábula de Icaro, la idea de sostenerse en el aire y de cruzar los espacios á imitación del ave, ha seducido todas las imaginaciones. Archyto de Tarento que vivió en el siglo IV antes de J. C., dióse que construyó una paloma de madera que volaba, «sosteniéndose sin duda, según Aulo-Gelío, por medio del equilibrio, recibiendo la impulsión por el aire que recogía.» Durante la Edad Media, fué la navegación aérea objeto de profundo estudio para muchos sabios, entre los cuales debemos citar á Roger Bacon en el siglo XIII y en el XVII y principios del XVIII, estuvo el problema muy cerca de ser resuelto por los jesuitas Lana en el año 1670 y Gusmano, en 1709. Por último, cuando en 1783 Cavendish descubrió el hidrógeno, cuyo peso específico, como ya hemos dicho, es tan inferior al del aire, el doctor Black concibió en seguida la idea de que un espacio cualquiera lleno de este gas debía elevarse, pero no hizo la experiencia, fracasando las realizadas por Cavallo en 1782. Sin embargo, el mismo año un fabricante de papel de Annonay, José Mongolfier, hallándose en Avignon hizo subir á la altura de 12 metros un globo de seda construido en Lyon, inflamándole con humo de papel quemado.

Después de otros ensayos preparatorios, resolvió hacer el 5 de Junio de 1783 una prueba pública. Para esto construyó un globo de papel de 12 metros, 30 centímetros de diámetro, que pesaba 215 kilogramos, al que se le dió el nombre de *Mongolfier* por ser el de su autor, llenándole de humo de paja húmeda, porque su inventor atribuía la ascension del globo al humo y no á su causa real, que es el enrarecimiento del aire. El globo se elevó á una altura de 1.500 metros, permaneció suspendido diez minutos en el espacio y fué á caer á 2.500 metros del sitio de partida.

Cuando esta noticia llegó á París, llamó vivamente la atención del público y de los hombres de ciencia, pensándose en repetirla; pero como la fuerza ascensional que se obtenía por el enrarecimiento del aire no era muy considerable, y como por otra parte corría el aparato el riesgo de incendiarse, un físico célebre de la época, llamado Charles, propuso que se sustituyera el aire enrarecido por hidrógeno. Todos los preparativos terminados, el 26 de Agosto de 1783 fué conducido el globo con gran pompa al Campo de Marte, y al siguiente día, á las cinco de la tarde, un cañonazo anunciaba á la muchedumbre que todo estaba dispuesto.

En seguida el aerostático, rota la amarra, se lanzó al espacio con tal velocidad, que en dos minutos subió 1.000 metros, atravesando sucesivamente muchas nubes sin detener su marcha ascensional una lluvia violenta, cayendo á los cuarenta y cinco minutos á 24 kilómetros del punto de salida. Al registrarle se notó que en la parte superior tenía una rotura por donde el gas se había escapado. Mongolfier fué á París, y ante la corte reunida en Versalles repitió el 20 de Setiembre la prueba hecha en Annonay con un globo construido por el mismo modelo y lanzado de la misma manera.

Los primeros que tuvieron la audacia de emprender un viaje aéreo, fueron el marqués de Arlandes y un joven físico llamado Pilatre des Rosieres, teniendo lugar este acontecimiento memorable entonces, el 21 de Octubre de 1783. Sirviéronse los aeronautas de un mongolfier provisto de un hornillo, con el fin de mantener el fuego, y se elevaron en el castillo de la Metette, situado en el bosque de Boloña. Llegados á una altura de 1.000 metros, descendieron con toda felicidad á mas de 8.000 del sitio de partida.

La segunda tentativa de navegación aérea se efectuó el 1.º de Diciembre siguiente por Charles y Roberto, empleando el gas hidrógeno. El

aparato construido por el primero, era un globo de seda impermeable cubierto de una red, de la que pendía la canastilla, yendo provisto de una válvula para dar salida al gas en caso necesario. Después de una ascension de hora y media, descendieron los aeronautas sin ningun accidente en la pradera de Nesle á 40 kilómetros de París. Roberto desembarcó, y como el globo tenía aun una fuerza ascensional considerable, su compañero se resolvió subir otra vez en el acto, y dos minutos después se encontraba á 3.000 metros de altura, pudiendo ver otra vez reaparecer el sol en el horizonte. Permaneció en el aire treinta y cinco minutos, y descendió sano y salvo á 13.000 metros del sitio en que se había elevado.

El éxito feliz de los primeros viajes aéreos, fué un estímulo para otros, y el 7 de Enero de 1785, Blanchard y el americano Jefferie partieron de Doubs en un globo y atravesaron el canal de la Mancha.

El 16 de Junio del mismo año, el aventurero Pilatre des Rosieres y su compañero Romain, se elevaron en Bolonia para descender en Inglaterra. Con este objeto, bajo el globo henchido de gas hidrógeno, con el deseo de aumentar ó disminuir la fuerza ascensional, colocaron un hornillo que fué causa de su desastre. Llegados á una altura de 400 á 600 metros, se comunicó el fuego con el gas, y ambos aeronautas fueron precipitados en el abismo.

Bajo la Convención Gayton-Morveau, propuso al comité de salud pública emplear aerostáticos como medio de observar las operaciones de los ejércitos enemigos, y acogida con aplauso la idea, Cousteau fué el encargado de organizar una compañía de aeronautas, nombrándose capitán. Para esto hizo construir un globo de 30 metros de circunferencia amarrado con cuerdas que manejaban los aeronautas.

Esta singular máquina de guerra se empleó en 1794 en la defensa de Charleroi y en el sitio de Maubeuge, y durante la batalla de Fleurus ganada por Jourdan en 26 de Junio de 1794, Cousteau permaneció mas de nueve horas en observación, y á pesar de las continuas oscilaciones de la barquilla pudo distinguir perfectamente todos los movimientos del enemigo. «Ciertamente que no es el aerostático, decía, el que nos ha hecho ganar la batalla, pero sin embargo, ha ayudado poderosamente á su éxito, porque desconcertaba á los austriacos que creían no poder practicar ninguna evolucion sin ser vistos, y porque nuestro ejército veía con placer este arma desconocida que les llenaba de confianza.»

Tal medio de observacion, sin embargo, fué bien pronto olvidado por los mismos franceses, y el arte aerostático quedó solocomo un espectáculo público.

¡Ah! ¡Qué el tiempo no detiene su planta de diamante, y el destino de las naciones, como el de los individuos, podrá romperse, pero torcerse jamás!

Francia era há poco grande, próspera, los aeronautas servían de espectáculo á la muchedumbre, que los aplaudía al lanzarse en el espacio, y, cuán lejos estaban de creer que hasta los ministros, para comunicarse entre sí, para trasladarse de un punto á otro tendrían que recurrir al invento del modesto fabricante de papel de Annonay!

En dos meses de lucha y de exterminio, París se ha visto amenazado, bloqueado, y hoy un círculo de hierro le oprime despiadadamente. Ya no es posible salir del salón de Europa, como llamaban los franceses á su capital, y el ministro Gambetta, el prefecto Keratry y tantos otros para ir á Tours, donde creen que su presencia es necesaria, tienen que valerse de los *mongolfiers*, pues las líneas prusianas les estrechan dentro los muros de su ciudad predilecta, como la culebra oprime el cuerpo del confiado viajero amenazando ahogarle.

Peró los parisienses, para elevarse hoy en el espacio, tienen que tomar muchas mas precauciones que los aeronautas de otras épocas anteriores. En primer lugar, para librarse de los cañones enemigos se ven obligados á remontar los globos cuando está en calma la atmósfera, y en segundo, esperar á una altura, por lo menos de 2.000 metros, una corriente de aire que los lleve al N. ó al O., y á las partes de Francia no invadidas por los alemanes.

Cuando falta alguna de estas circunstancias, el aerostático cae irremediablemente en poder de los prusianos, como ha sucedido ya con siete. Un aparato indispensable á todo aeronauta es el *paracaidas*, tan conocidos de todos, que creemos inútil su descripción.

X.

## A MI HERMANA.

ELEGIA.

Dadme la soledad, dadme la calma  
De la noche pacífica, y en tanto  
Que espira triste el sol, dejad que el alma  
Ahogada en olas del mortal quebranto,  
Anude á su martirio nueva palma,  
Fuentes vertiendo de salobre llanto;  
¡Dejad que vague en los desiertos campos  
Del sol poniente á los postreros lampos!

El mundo viste su beldad primera:  
La misma ley de ayer, á invierno frío  
Días de Abril que esmalten la pradera,  
Y por do quier que la mirada envío,

Brama el mar, brilla el sol, gira la esfera,  
Todo ostenta su inmenso poderío,  
Toda la creación canta su nombre....  
Y mientras tanto es infeliz el hombre....

¡Es infeliz! La virginal aurora  
Su gran ventura en el Eden un día  
Alumbró con su luz encantadora;  
Augusto y bello, un Dios le sonreía,  
Augusto y bello, un manto que le adora,  
Y el arroyo y la fuente que fingía  
Terso miraje en la distancia duna  
Hijos de plata al rayo de la luna.

Mas ¡ah! rugiente el huracan desploma  
Sus iras mil con ímpetu terrible,  
Y ahora, si el placer la frente asoma,  
Es para hacer el alma mas sensible  
Al golpe del dolor, fugaz aroma,  
Huyó la dicha, en porvenir visible....  
¡Perdon, señor! te ofende el labio mio,  
Había el dolor.... tal vez el desvario....

¡Ayer, ayer! Cuando el albor se alzaba,  
Todo briadaba eterna la alegría:  
Una niña inocente jugueteaba,  
Una madre amorosa sonreía;  
La palma y flor que el viento acariciaba  
Voz del cielo cantando parecía;  
Y ni el eco perdido de un lamento  
Llegó á turbar las auras del contento!

Y todo ya pasó; ¡que niebla triste  
El astro sepulcro de la alegría!  
La madre ante el dolor ya no resiste  
Roto el hazel, perdida la bonanza,  
¡Y la niña!... La niña ya no existe...  
Solo en recuerdo el corazón lo alcanza:  
Tal es del hombre la jefe icte historia,  
Juguete vil, del hado es la victoria.

Rosario, ¿en dónde estás?... Nuestra alegría  
Naciera de la tuya; con tu acento  
Venía el placer, y todos, alma mia,  
Vivíamos de tí, de tu contento...  
Yo te llamo en la selva y pradera,  
Te llamo al murmurar del manso viento  
Y al eco burlador que en torno calla  
Pedazos hecho el corazón estalla...

¡Sí! Qué eras tú la gota de rocío,  
La fugitiva lágrima del cielo,  
La perla de la aurora, que vil suelo  
Iba á esperar; mas ¡ah! que el ángel pio,  
Cruzó el espacio y te acogió en su vuelo  
A la altura llevándote, bien mio,  
Do brillas del Señor en la diadema  
Con viva luz de tu inocencia emblema.

Alma del cielo, del Señor nacida,  
Quiso ver este suelo de amargura,  
Y apenas en los aires suspendida  
Miró la tierra... se volvió á la altura;  
Y así eras tú, Rosario, virgen pura,  
Ultima flor de la estacion florida,  
Ultimo fruto al espirar Otoño,  
De un conyugal amor postrer retoño...

Mariposa gentil de la mañana,  
Que apenas inclina el tallo de las flores,  
Que con vistosas tintas se engalana,  
Rica en la sencillez de sus colores...  
Y alegre y bella en su inocencia ufana,  
Sube hacia el sol, se oculta en sus fulgores...  
Y en fin, como la tierna mariposa  
Con el sol nace, y muere con la rosa.

Ave nacida ayer, y ya en el viento  
Su vuelo ensaya y su cantar levanta,  
Nos hablaba del cielo su concito...  
¡Y morir ¡ay! entre amargura tautal  
Morir en el mas hondo sufrimiento,  
Anudada entre llagas la garganta,  
Morir como en el mar... lozana, fuerte,  
Cuerpo á cuerpo luchando con la muerte.

Ella era aun mas; allí en la patria mia,  
Otra hermana perdí; ¿quísola el cielo  
Cuando á gozar la juventud crecía:  
Oyó el Señor la voz de nuestro duelo  
Y en esta que floramos, la alegría  
Tornó veloz en alas del consuelo;  
Y mi madre acallando su querella,  
Miraba en esta la beldad de aquella.

Madre del corazón, madre del alma,  
¿Cómo mi labio calmará tu llanto?  
Dios te ha briadado del dolor la palma,  
Acójala en tu sien, y ruega en tanto,  
Que el huracan de tus desgracias calma,  
Gira en torno la vista en tu quebranto:  
No tiene el mundo para tí consuelo...  
¿Adónde ya mirar?... ¡Mira hacia el cielo!

Y tú, Señor, que alientas en el río,  
En el aura, en el sol como en los mares,  
Libra mi pecho del dolor ímpio,  
Vuélveme la paz á mis queridos lares;  
Mas si place, Señor, á tu albedrío,  
Que me alijan del mártir los pesares,  
¡Seal! Si así tu voluntad lo quiere,  
Yo besaré la mano que me hiere.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

Puerto-Rico, Agosto 29 de 1868.

## AMOR DE MADRE.

(TRADUCCION DEL CATALAN.)

## A mi buen amigo Antonio.

Lo cor es de ls fils que vinhen  
y del fills que han mort es l'ánima.

I.

Junto á una cuna de junco,  
recientemente vacía,  
lloraba una pobre madre  
la mayor de sus desdichas.  
Entre sábanas de Holanda  
vió hace poco la sonrisa  
del hijo de sus entrañas,  
tesoro de sus delicias.  
La madre, de amor demente,  
en sus brazos lo mecía,  
y sobre el pecho apretándolo  
de besos, lo enrojecía,  
diciendo: rey de mi alma,  
corazon que me das vida,  
jamás conocí el placer  
sin conocer tus caricias.  
¡Ay luz de mis esperanzas!  
¡Fuente de mis alegrías!  
¡Pobre madre, pobre madre!  
que el pesar tiene marchita,  
de llanto riega la cuna,  
su vida es triste agonía.  
El sol no alumbrá su cámara,  
tampoco su alma afligida;  
ya para ella no hay fiestas,  
que el mundo enlutado mira.  
Y vendrán frías y tristes  
de Navidad las vigiliás,  
y volverá el día de Reyes  
sin juguetes, ni alegrías,  
hasta el domingo de Ramos  
vendrá sin palma bendita.  
Llorosa está cabillando  
si darle vida podría  
el Dios que por tantas veces  
oyó su oracion sencilla.  
Tiene ofrecida á la Virgen  
de sus joyas la mas rica,  
y al buen Jesús le promete  
corona de plata fina.  
¡Mas ay! su hijo no vuelve  
y pa-an días... y dias...  
¡Ay luz de sus esperanzas!  
¡Fuente de mis alegrías!

II.

Detrás del día, la noche...  
Tras la noche viene el alba...  
Después de la lluvia el sol...  
Que en el mundo, todo pasa.  
Y el tiempo veloz corría  
desde que sola en su estancia  
llorando, la pobre madre  
su gran pesar desahogaba.  
Poco á poco la partida  
la vida á la muerte gana,  
y sus pesares mitiga,  
y sus desdichas aplaca.  
Un niño duerme en la cuna,  
otro reposa en su falda,  
al compás de sus alegres  
cantinelas catalanas.  
Cantando oída... y sonríe,  
sonriendo le caen lágrimas,  
sonríe por sus hijos vivos,  
llora el que la tierra guarda.  
Ella los mira dos ángeles,  
estrella de dulce calma,  
de sus penas arco fris,  
pedazos de sus entrañas.  
Y embelesada los besa  
cual luz de sus esperanzas,  
mas sus rosadas mejillas  
con tristes lágrimas baña.  
¡De cariño son sus besos!  
¡De trist za son sus lágrimas!  
Prepáralos sus juguetes,  
y cuando vé que les cansan  
tambien les saca sus joyas  
juntando perlas con lágrimas.  
Las unas en tierra quedan,  
las otras al cielo se alzan.  
Tempranito se despierta,  
tempranito ya trabaja,  
activa cuando anochece,  
activa al salir el alba;  
mas al tirar de la aguja  
tambien la ropita baña;  
se afana por los que vela  
llora por el que le falta.  
A la iglesia se los lleva  
y allí reza arrodillada,  
que en el cielo tiene un ángel  
y á sus hermanitos guarda.  
Y cuando alguno los mira  
sus ojos brotando lágrimas  
al cielo fija, pensando  
que el mas querido le falta.  
Mientras su corazon goza  
muere de tristeza su alma,  
que el corazon de una madre  
en sus hijos se traspasa:  
de los que viven, es vida,  
de los que mueren, es alma.

CARLOS RENATO.

Setiembre de 1870.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA,  
á cargo de José Cayetano Conde.  
Florida Blanca, 5.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el periodo adinámico de las calenturas tifoideas, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depósitos en La Habana: SARRA y C.; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — Descúfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar enfermedades de ojos ni Jaquecas.

## TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN

QUÍMICO, FARMACÉUTICO DE 1ª CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS 12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C.

## IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estampilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

## BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de caucho maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.



Medalla á la Sociedad de las Ciencias Industriales de Paris.  
**NO MAS CANAS MELANOGENA**  
TINTURA SOBRE ALIENIE de DICQUEMARE aine DE RUAN  
Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.  
Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.  
Fábrica en Ruau, rue Saint-Nicolas, 59.  
Depósito en casa de las principales pelandores y perfumadoras del mand.  
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

## VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

### CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PEARMACIE COTTIN  
PURGATIF LE ROY  
SECON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET  
Avis Es: des individus renouillant une ou deux soplus liques, on est

Signoret  
DOCTEUR-MÉDECIN  
ET PHARMACIEN

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo se emplea en la marins real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades crónicas.

nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, abscesos, goma, marasma, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna dejenarado, reumatismo, hipocandrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto.

Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Descúfiese de la falsificación, y exija la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

## PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III

la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixirs, Vinos, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las Gastritis, Gastralgias, Agruras, Nauseas, Eructos, Opresion, Pluittas, Gases, Jaqueca, Diarreas y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA de HOTTOT, SUCC<sup>o</sup>. 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

## JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1ª clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, esputos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>o</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Leliverend; Reyes; Fernandez y C<sup>o</sup>; Sara y C<sup>o</sup>; — en Méjico, E. van Wingaert y C<sup>o</sup>; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C<sup>o</sup>; Braun y C<sup>o</sup>; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garaycochea; Lascazes; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>o</sup>; — en Guayaquil, Gault; Calve y C<sup>o</sup>; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

## GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.

## NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

Admiten toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remittente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerro, Valparaiso (Chile.)



PILDORAS DEHAUT
—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos...

problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París...

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos...

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.

EXPRESO ISLA DE CUBA. EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. . . . . 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . . 30 »

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.

TENEDURÍA DE LIBROS. POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América.

CORS CALLOS

Jaunetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desbaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos...

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS ANEMIA OPILACION. Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

KENNISIA. Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas. — Conservación de la dentadura y las encías.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LÍNEA TRASATLANTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

Table with columns: Primera cámara, Segunda cámara, Tercera ó entre-puente. Rows: Puerto-Rico, Habana, Cádiz.

Camarote reservado de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesetas; á la Habana, 200 cada litera.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO. Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz.

Table with columns: Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz. Sub-columns: 1.º, 2.º, Cubta. Rows: De Barcelona a Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz.

OBRA DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SAN SALVADOR, NICARAGUA, HONDURAS, NUEVA GRANADA, PERÚ, PIURA, BOLIVIA, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero...